Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Libro Octavo Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

Visual Library

LIBRO OCTAVO

Del Ingenioſo Hidalgo

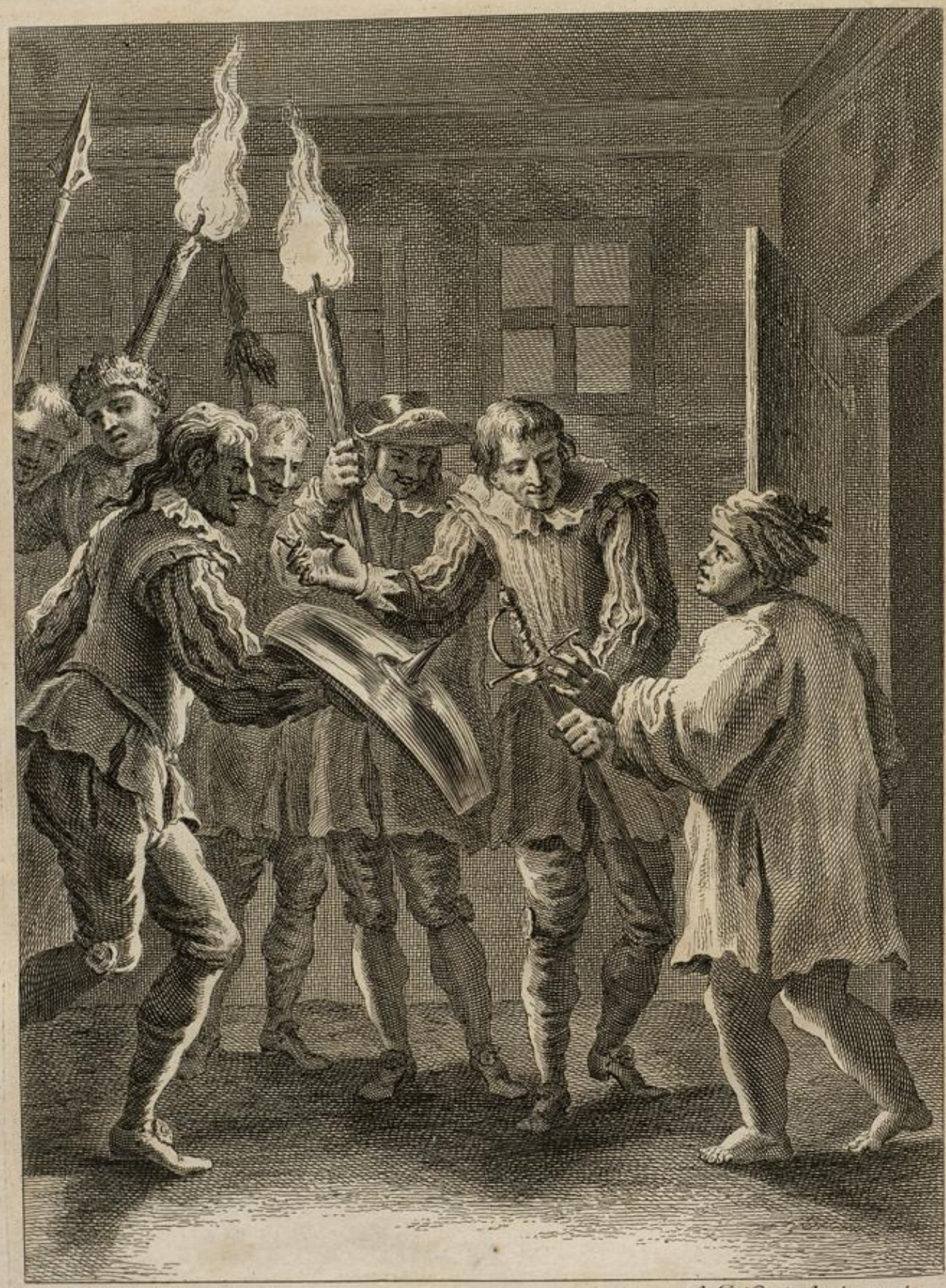
DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO LIII.

Del fatigàdo fin y remàte que tùvo el Govierno de Sancho Pança.

PENSÀR que en eſta vida las coſas della han de duràr ſiempre en un eſtàdo, es pensàr en lo eſcuſado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo, à la redonda. La primavèra ſigue al veràno, el veràno al eſtìo, el eſtìo al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno à la primavèra; y aſſi torna à andàrſe el tiempo con eſta rueda continua: Sola la vida humana corre à ſu fin ligèra mas que el tiempo, ſin eſperàr renovàrſe ſino es en la otra, que no tiene terminos que la limiten. Eſto dize Cide Hamete, Filoſofo Mahometico; porque eſto de entendèr la ligerèza, è inſtabilidàd de la vida preſente, y de la duracion de

Landesbibliothek Oldenburg



Jn.t Vanderbank invx et delin:
Vol: 4 · p: 183

Ger.d Vandergucht sculp:

Landesbibliothek Oldenburg

de la eterna que ſe eſpèra, muchos ſin lumbre de fè, ſino con la luz natural lo han entendido; pero aquì nueſtro Autor lo dize por la preſteza con que ſe acabò, ſe conſumiò, ſe deſhizo, ſe fuè como en ſombra, y hùmo el Govierno de Sancho.

El qual, eſtàndo la ſeptima noche de los dias de ſu Govierno en ſu cama, no harto de pan, ni de vino, ſino de juzgàr, y dàr parecères, y de hazèr eſtatùtos, y pragmaticas; y quando el ſueño à deſpecho, y pesàr de la hambre le començàva à cerràr los pàrpados, oyò tan gran ruydo de campanas, y de vozes, que no parecìa ſino que toda la inſula ſe hundìa. Sentòſe en la cama, y eſtùvo atento, y eſcuchàndo por vèr ſi dava en la cuenta de lo que podìa ſer la cauſa de tan grande alboroto; pero no ſolo no lo sùpo, ſino que añadièndoſe al ruydo de vozes, y campanas el de infinitas trompetas, y atambores, quedò mas confùſo, y lleno de temor, y eſpanto; y levantàndoſe en pie, ſe pùſo unas Chinelas por la humedàd del ſuelo, y ſin ponèrſe ſobreropa de levantàr, ni coſa que ſe parecièſſe, ſaliò à la puerta de ſu aposènto à tiempo, quando viò venir por unos corredores mas de veynte perſonas con hachas encendidas en las manos, y con las eſpadas deſenvaynàdas, gritando todos à grandes vozes: Arma, Arma, Señor Governador, arma; que han entràdo infinitos enemigos en la inſula, y ſomos perdidos ſi vueſtra induſtria, y valor no nos ſocòrre. Con eſte ruydo, fùria, y alboroto llegàron donde Sancho eſtàva atònito, y embelesàdo de lo que oỳa, y veỳa; y quando llegàron à el, uno le dixo: Armeſe luego vueſſa Señoria, ſino quière perdèrſe, y que toda eſta inſula ſe pierda. Que me tengo de armar? reſpondiò Sancho, ni que sè yo de armas, ni de ſocorros? eſtas

eſtas coſas mejor ſerà dexàrlas para mi amo Don Quixote, que en dos paletas las deſpacharà, y pondrà en cobro; que yo pecador fuy à Dios, no ſe me entiende nada deſtas prieſſas. Ha Señor Governador, dixo otro, que relente es eſſe? Armèſe vueſſa mercèd, que aquì le traèmos armas ofensìvas, y defensìvas; y ſalga à eſſa plaça, y sèa nueſtra guia, y nueſtro capitan, pues de derecho le toca el sèrlo, fièndo nueſtro Governador. Armenme norabuena, replicò Sancho; y al momènto le truxèron dos pavèſes, que venìan provèydos dellos; y le puſièron encima de la camiſa (ſin dexàrle tomàr otro veſtido) un pavès delante y otro detràs, y por unas concavidàdes que traìan hechas, le facàron los braços, y le liàron muy bien con unos cordeles de modo, que quedò emparedàdo, y entablàdo, derecho como un huſo, ſin podèr doblàr las rodillas, ni meneàrſe un ſolo paſſo. Puſièronle en las manos una lança, à la qual ſe arrimò para podèrſe tenèr en pie. Quando aſſi le tuvièron, le dixèron que caminàſſe, y los guiàſſe, y animàſſe à todos; que ſièndo el ſu norte, ſu lanterna, y ſu luzèro, tendrìan buen fin ſus negocios. Como tengo de caminàr, deſventuràdo yo, reſpondiò Sancho, que no puedo jugàr las choquezuèlas de las rodillas, porque me lo impiden eſtas tablas, que tan coſidas tengo con mis carnes? Lo que han de hazèr es, llevàrme en braços, y ponèrme atraveſsàdo, ô en pie en algun poſtìgo, que yo le guardarè, ô con eſta lança, ô con mi cuerpo. Ande, Señor Governador, dixo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paſſo: acabe, y meneèſe, que es tarde, y los enemigos crecen, y las vozes ſe aumèntan, y el peligro carga: Por cuyas

cuyas perſuaſiònes, y vitupèrios probò el pobre Governador à movèrſe, y fuè dàr conſigo en el ſuèlo tan gran golpe, que pensò, que ſe avìa hecho pedaços. Quedò como Galàpago encerràdo, y cubièrto con ſus conchas, ô como medio tozino metido entre dos artèſas, ô bien aſſi como barca, que dà al travès en la arena; y no por vèrle caỳdo aquella gente burladora, le tuvièron compaſſion alguna; antes apagàndo las antorchas, tornàron à reforçàr las vozes, y à reyteràr el arma con tan gran prièſſa, paſsàndo por encima del pobre Sancho, y dandole infinitas cuchillàdas ſobre los pavèſes, que ſi el no ſe recogièra, y encogièra, metièndo la cabeça entre los pavèſes, lo paſsàra muy mal el pobre Governador; el qual en aquella eſtrecheza recogido, ſudàva, y traſſudàva, y de todo coraçon ſe encomendàva à Dios, que de aquel peligro le ſacàſſe. Unos tropeçàvan en el, otros caỳan, y tal hùvo, que ſe pùſo encima un buen eſpacio, y deſde alli como deſde atalàya, governàva los exercitos, y à grandes vozes dezìa: Aquì de los nueſtros, que por eſta parte cargan mas los enemigos: Aquel portillo ſe guarde; aquella puerta ſe cierre; aquellas eſcalas ſe tranquen; vengan alcancìas, pez, y reſina en caldèras de azeyte ardièndo: trinchèenſe las calles con colchones. En fin el nombràva con todo ahinco todas las varatijas, inſtrumèntos, y pertrechos de guerra, con que ſuèle defendèrſe el aſſalto de una ciudad: Y el molido Sancho, que lo eſcuchàva, y lo ſufria todo, dezìa entre ſi: O ſi mi Señor fuèſſe ſervido, que ſe acabàſſe yà de perdèr eſta inſula, y me vièſſe yo, ô muerto, ô fuera deſta grande anguſtia! Oyò el cielo ſu peticion, y quando menos lo eſperàva

peràva, oyò vozes que dezìan: vitoria, vitoria: Los enemigos van de vencida: Ea Señor Governador, levànteſe vueſſa mercèd, y venga à gozàr del vencimièntо, y à repartìr los deſpojos, que ſe han tomàdo à los enemigos por el valor deſſe invincible braço. Levàntenme, dixo con voz doliènte el dolorido Sancho. Ayudàronle à levantàr, y pueſto en pie, dixo: El enemigo que yo huvière vencido, quièro que me le claven en la frente. Yo no quièro repartìr deſpojos de enemigos, ſino pedir, y ſuplicàr à algun amigo (ſi es que le tengo) que me dè un trago de vino, que me ſeco; y me enjugue eſte ſudor, que me hago agua. Limpiàronle, truxèronle el vino, deſliàronle los pavèſes, ſentòſe ſobre ſu lecho, y deſmayòſe del temor, del ſobreſalto, y del trabajo.

Y A les pesàva à los de la burla, de avèrſela hecho tan peſada; pero el avèr buelto en ſi Sancho, les templò la pena que les avìa dado ſu deſmàyo. Preguntò, que hora era? Reſpondièronle, que yà amanecia. Callò, y ſin dezir otra coſa, començò à veſtìrſe, todo ſepultàdo en ſilencio; y todos le miràvan, y eſperàvan en que avìa de paràr la prièſſa con que ſe veſtìa. Viſtiòſe en fin, y poco à poco (porque eſtàva molido, y no podìa ir mucho à mucho) ſe fuè à la cavalleriza, figuièndole todos los que allì ſe hallàvan; y llegàndoſe al ruzio, le abraçò, y le diò un beſo de paz en la frente, y no ſin lagrimas en los ojos le dixo: Venid vos acà, compañero mio, y amigo mio, y conllevador de mis trabajos, y miſerias; quando yo me avenìa con vos, y no tenìa otros penſamièntos, que los que me davan los cuydados de remendàr vueſtros aparejos, y

de

de ſuſtentàr vueſtro corpezuelo, dichòſas eran mis horas, mis dias, y mis años ; pero deſpues que os dexè, y me ſubi ſobre las torres de la ambicion, y de la ſobervia, ſe me han entràdo por el alma adentro mil miſerias, mil trabajos, y quatro mil deſaſſoſſiègos. Y en tanto que eſtas razones iva dizièndo, iva aſſimiſmo enalbardando el aſno, ſin que nadie, nada le dixèſſe. Enalbardado, pues, el ruzio, con gran pena, y pesàr ſubiò ſobre èl, y encaminàndo ſus palabras, y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maeſtreſala, y à Pedro Rezio el Dotor, y à otros muchos que alli preſentes eſtàvan, dixo: Abrid camino, Señores mios, y dexàdme bolvèr à mi antigua libertàd: Dexàdme que vaya à buſcàr la vida paſsàda, para que me reſucite deſta muerte preſente. Yo no nacì para ſer Governador, ni para defendèr inſulas, ni ciudades de los enemigos que quiſièren acometèrlas. Mejor ſe me entiende à mi aràr, y cabàr, podàr, y enſarmentàr las viñas, que de dar leyes, ni defendèr Provincias, ni Reynos. Bien ſe eſtà San Pedro en Roma (quiero dezir) que bien ſe eſtà cada uno usàndo el oficio para que fuè nacido. Mejor me eſtà à mi una hoz en la mano, que un cetro de Governador: Mas quièro hartàrme de gazpachos, que eſtàr ſugeto à la miſeria de un medico impertinènte, que me mate de hambre: Y mas quièro recoſtàrme à la ſombra de una encina en el verano, y arropàrme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertàd, que acoſtàrme con la ſugecion del Govierno entre sàbanas de olanda, y veſtirme de martas cebollinas. Vueſſas mercèdes ſe queden con Dios, y digan al Duque mi Señor, que deſnùdo nacì, deſnùdo me hallo, ni

pierdo, ni gano (quiero dezir;) que ſin blanca entrè en eſte Govierno, y ſin ella ſalgo, bien al revès de como ſuelen ſalir los Governadores de otras inſulas: Y apàrtenſe, dèxenme ir, que me vòy à bizmàr, que crèo que tengo brumàdas las coſtillas: Mercèd à los enemigos que eſta noche ſe han paſseàdo ſobre mi. No ha de ſer aſſi, Señor Governador, dixo el Dotor Rezio, que yo le darè à vueſſa mercèd una bebida contra caydas, y molimièntos, que luego le buelva en ſu priſtina entereza, y vigor, y en lo de la comida, yo prometo à vueſſa mercèd de enmendàrme, dexàndole comèr abundantemènte de todo aquello que quiſière. Tarde piache, reſpondiò Sancho; ſaſſi dexarè de irme, como bolvèrme Turco. No ſon eſtas burlas para dos vezes. Por Dios, que aſſi me quede en eſte, ni admita otro Govierno aunque me lo dièſſen entre dos platos, como bolàr al Cielo ſin alas. Yo ſoy del linage de los Panças, que todos ſon teſtarrùdos; y ſi una vez dizen *nones*, *nones* han de sèr, aunque sèan pares à pesàr de todo el mundo. Quèdenſe en eſta Cavalleriza las alas de la hormiga, que me levantàron en el ayre, para que me comièſſen vencejos, y otros pàxaros; y bolvàmonos à andàr por el ſuelo con pie llano, que ſino le adornàren zapatos picados de cordovan, no le faltaràn alpargatas toſcas de cuerda. *Cada oveja con ſu pareja*; *y nadie tienda mas la pierna, de quanto fuère larga la sàbana*; y dèxenme paſsàr, que ſe me haze tarde. A lo que el Mayordomo dixo: Señor Governador, de muy buena gana dexàramos ir à vueſſa mercèd, pueſto que nos peſarà mucho de perderle; que ſu ingenio, y ſu Chriſtiano procedèr obligan à de-

deſsèarle: Pero yà ſe ſabe que todo Governador eſtà obligado, antes que ſe auſente de la parte donde hà governàdo, dar primero reſidencia: Dèla vueſſa mercèd de los diez dias que hà, que tiene el Govierno, y vàyaſe à la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, reſpondiò Sancho, ſino es quien ordenàre el Duque mi Señor: Yo voy à vèrme con el, y à el ſe la darè de molde; quanto mas, que ſalièndo yo deſnùdo, como ſalgo, no es meneſtèr otra ſeñal, para dar à entendèr, que he governàdo como un Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dixo el Dotor Rezio, y que sòy de parecèr, que le dexèmos ir; porque el Duque hà de guſtàr infinito de vèrle. Todos vinièron en ello, y le dexàron ir, ofrecièndole primero compañia, y todo aquello que quiſièſſe para el regalo de ſu perſona, y para la comodidàd de ſu viage. Sancho dixo, que no queria mas de un poco de cebada para el ruzio, y medio queſo, y medio pan para el; que pues el camino era tan corto, no avia meneſtèr mayor ni mejor repoſterìa. Abraçàronle todos, y el lloràndo abraçò à todos, y los dexò admirados aſſi de ſus razones, como de ſu determinacion tan reſoluta, y tan diſcreta.

CAPITULO LIV.

Que trata de coſas tocantes à eſta hiſtòria, y no à otra alguna.

RESOLVIÈRONSE el Duque, y la Duqueſſa de que el deſafio que Don Quixote hizo à ſu vaſſallo por la cauſa yà referida, paſſaſſe adelante; y pueſto que el moço eſtàva

eſtàva en Flandes, adonde avia ido huyèndo por no tenèr por ſuegra à Doña Rodriguez, ordenàron de ponèr en ſu lugar à un lacayo Gaſcon, que ſe llamava Toſilos, induſtriàndole primero muy bien de todo lo que avia de hazèr. De allì à dos dias, dixo el Duque à Don Quixote, como deſde allì à quatro vendrìa ſu contrario, y ſe preſentarìa en el campo armàdo como Cavallero; y ſuſtentarìa como la donzella mentia por mitàd de la barba, y aun por toda la barba entèra, ſi ſe afirmàva que el le huvièſſe dado palabra de caſamiènto. Don Quixote recibiò mucho guſto con las tales nuevas, y ſe prometiò aſſimiſmo de hazèr maravillas en el caſo, y tùvo à gran ventùra avèrſele ofrecido ocaſion donde aquellos Señores pudièſſen vèr haſta donde ſe eſtendia el valor de ſu poderòſo braço; y aſſi con alboroço, y contento eſperàva los quatro dias, que ſe le ivan hazièndo, à la cuenta de ſu deſsèo, quatrocièntos ſiglos.

Dexèmoslos paſſar noſotros, (como dexàmos paſsàr otras coſas) y vàmos à acompañàr à Sancho, que entre alegre, y triſte venia caminàndo ſobre el ruzio à buſcàr à ſu amo, cuya compañia le agradava mas, que sèr Governador de todas las inſulas del mundo. Sucediò, pues, que no avièndoſe alongàdo mucho de la inſula de ſu Govierno (que el nunca ſe puſo à averiguàr, ſi era inſula, ciudad, villa, ô lugar la que governava) viò que por el camino por donde el iva, venian ſeys peregrinos, con ſus bordones, de eſtos eſtrangèros que piden la limoſna cantàndo, los quales en llegàndo à el, ſe puſièron en àla, y levantàndo las vozes, todos juntos començàron à cantàr en ſu lengua lo que Sancho no pudo entendèr, ſino fuè una palabra, que claramènte pronunciava

pronunciava *Limoſna*, por donde entendiò, que era Limoſna lo que en ſu canto pedian; y como el, ſegun dize Cide Hamete, era caritativo ademàs, ſacò de ſus alforjas medio pan, y medio queſo, de que venia proveỳdo, y diòſelo, diziendoles por ſeñas, que no tenia otra coſa que dàrles: Ellos lo recibièron de muy buena gana, y dixèron: *Guelte, guelte.* No entiendo, reſpondiò Sancho, que es lo que pedis, buena gente? Entonces uno dellos ſacò una bolſa del ſeno, y moſtròſela à Sancho, por donde entendiò, que le pedian dineros; y el ponièndoſe el dedo pulgar en la garganta, y eſtendiendo la mano arriba, les diò à entendèr, que no tenia oſtùgo de moneda; y picando al ruzio, rompiò por ellos, y al paſsàr, avièndole eſtàdo miràndo uno dellos con mucha atencion, arremetiò à el, echàndole los braços por la cintura, y en voz alta, y muy caſtellana dixo: Vàlame Dios, que es lo que veo? Es poſſible que tengo en mis braços al mi caro amigo, al mi buen vezino Sancho Pança! Si tengo ſin duda, porque yo no duèrmo, ni eſtòy aora borracho. Admiròſe Sancho de vèrſe nombràr por ſu nombre, y de vèrſe abraçàr del eſtrangèro peregrino, y deſpuès de avèrle eſtàdo miràndo, ſin hablàr palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocèrle; pero vièndole ſu ſuſpenſion el peregrino, le dixo: Como, y es poſſible Sancho Pança hermano, que no conoces à tu vezino Ricote el Moriſco tendero de tu lugar? Entonces Sancho lè mirò con mas atencion, y començò à refiguràrle, y finalmènte le vino à conocèr de todo punto; y ſin apeàrſe del jumento, le echò los braços al cuello, y le dixo: Quien diablos te avia de conocèr Ricote en eſſe trage de Moharracho que tràes? Dime quien

te

te ha hecho franchote? Y como tienes atrevimiènto de bolvèr à Eſpaña, donde ſi te cogen, y conocen, tendràs harta mala ventùra? Si tu no me deſcubres, Sancho, reſpondiò el peregrino, ſeguro eſtòy, que en eſte trage no avrà nadie que me conozca; y apartèmonos del camino à aquella alameda que alli parece, donde quieren comèr, y reposàr mis compañeros, y alli comeràs con ellos, que ſon muy apacible gente, è yo tendrè lugar de contàrte lo que me ha ſucedido deſpues que me parti de nueſtro lugar, por obedecèr el vando de ſu Mageſtàd, que con tanto rigor à los deſdichàdos de mi nacion amenaçàva, ſegun oỳſte. Hizolo aſſi Sancho, y hablando Ricote à los demas peregrinos, ſe apartàron à la alameda que ſe parecia, bien deſviada del camino real. Arrojàron los bordones, quitàronſe las muzetas, ô eſclavinas, y quedàron en pelota, y todos ellos eran moços, y muy gentiles-hombres, excepto Ricote que yà era hombre entràdo en años. Todos traỳan alforjas, y todas ſegun pareciò, venian bien proveydas, alomènos de coſas incitativas, y que llaman à la ſed de dos leguas. Tendièronſe en el ſuelo, y hazièndo manteles de las yervas, puſièron ſobre ellas pan, ſal, cuchillos, nuezes, rajas de queſo, hueſſos mondos de xamon, que ſino ſe dexàvan maſcàr, no defendian el sèr chupàdos. Puſièron aſſimeſmo un manjar negro, que dizen, que ſe llama *Cabial*, y es hecho de huèvos de peſcàdo, gran deſpertadòr de la colambre. No faltàron azeytunas aunque ſecas y ſin adovo alguno, pero ſabròſas, y entretenidas: Pero lo que mas campeò en el campo de aquel banquete fuèron ſeys botas de vino, que cada uno ſacò la ſuya de ſu alforja; haſta el buen Ricote (que

(que ſe avia transformàdo de Moriſco en Aleman, ô en Tudeſco) ſacò la ſuya, que en grandeza podia competìr con las cinco. Començàron à comèr con grandiſſimo guſto, y muy de eſpacio, ſaboreàndoſe con cada bocado, que le tomàvan con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada coſa; y luego al punto todos à una, levantàndo los braços, y las botas en el ayre, pueſtas las bocas en ſu boca, y clavàdos los ojos en el cielo, no parecia ſino que ponian en èl la punterìa, y deſta manera meneàndo las cabeças à un lado, y à otro (Señales que acreditavan el guſto que recibian) ſe eſtuvièron un buen eſpacio traſſegàndo en ſus eſtòmagos las entrañas de las vaſijas. Todo lo miràva Sancho, y de ninguna coſa ſe dolia; antes por cumplir con el Refran, que el muy bien ſabia, de, *Quando à Roma fuères, haz como vières*, pidiò à Ricote la bota, y tomò ſu punterìa como los demàs, y no con menos guſto que ellos. Quatro vezes dièron lugàr à las botas para ſer empinadas, pero la quinta no fuè poſſible, porque yà eſtàvan mas enjutas, y ſecas que un eſparto: Coſa que pùſo mùſtia la alegria que haſta allì avìan moſtràdo. De quando en quando juntava alguno ſu mano derecha con la de Sancho, y dezia: Eſpañol y Tudeſqui, Tuto uno, bon Compaño; y Sancho reſpondia: Bon Compaño, jura Di; y diſparàva con una riſa, que le duràva una hora ſin acordàrſe entonces de nada, de lo que le avìa ſucedido en ſu Govierno; porque ſobre el rato, y tìempo quando ſe come y bebe, poca juriſdicion ſuelen tenèr los cuydàdos. Finalmènte el acabàrſeles el vino fuè principio de un ſueño que diò à todos, quedàndoſe dormìdos ſobre las miſmas meſas, y manteles: Solos

Ricote y Sancho quedàron alèrta, porque avian comido mas, y bebido menos; y apartàndo Ricote à Sancho, ſe ſentàron al pie de una haya, dexàndo à los peregrinos ſepultàdos en dulce ſueño; y Ricote ſin tropeçàr nada en ſu lengua Moriſca, en la pura Caſtellana le dixo las ſiguientes razones.

Bien ſabes, ô Sancho Pança, vezino, y amigo mio, como el pregon, y vando que ſu Mageſtàd mandò publicàr contra los de mi nacion, pùſo terror y eſpànto en todos noſotros, alomènos en mi le pùſo de ſuèrte, que me parece que antes del tiempo que ſe nos concedia, para que hizièſſemos auſencia de Eſpaña, yà tenia el rigor de la pena executàdo en mi perſona, y en la de mis hijos. Ordenè, pues, (à mi parecer como prudente, bien aſſi como el que ſabe, que para tal tiempo le han de quitàr la caſa donde vive, y ſe provèe de otra donde mudàrſe.) Ordenè, digo, de ſalir yo ſolo ſin mi familia de mi pueblo, y ir à buſcàr donde llevàrla con comodidàd, y ſin la prièſſa con que las demàs ſalièron; porque bien vì, y vièron todos nueſtros ancianos, que aquellos pregones no eran ſolo amenàças, como algunos dezian, ſino verdadèras leyes que ſe avian de ponèr en execucion à ſu determinàdo tiempo; y forçàvame à creèr eſta verdàd, ſaber yo los ruynes y diſparatàdos intentos, que los nueſtros tenian; y tales, que me parece, que fuè inſpiracion divina la que moviò à ſu Mageſtàd à ponèr en efecto tan gallarda reſolucion, no porque todos fueſsèmos culpàdos; que algunos avia Chriſtianos firmes, y verdadèros, pero eran tan pocos, que no ſe podian oponèr à los que no lo eran; y no era bien criàr la ſierpe en el ſeno, tenièndo los enemigos dentro de caſa. Finalmènte

mènte con juſta razon fuỳmos caſtigàdos con la pena del deſtierro (blanda y ſuave al parecèr de algunos, pero al nueſtro la mas terrible que ſe nos podia dar.) Do quièra que eſtàmos, lloràmos por Eſpaña; que en fin nacìmos en ella, y es nueſtra patrìa natural. En ninguna parte hallàmos el acogimièntо que nueſtra deſventùra deſsèa; y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde eſperàvamos ſer recibìdos, acogìdos, y regalàdos, alli es donde mas nos ofenden, y maltratan. No hèmos conocido el bien haſta que lo hèmos perdìdo; y es el deſsèo tan grande, que caſi todos tenèmos de bolvèr à Eſpaña, que los mas de aquellos (y ſon muchos) que ſaben la lengua como yo, ſe buelven à ella, y dexan allà ſus mugeres, y ſus hijos deſamparàdos (tanto es el amor que la tienen:) Y aora conozco, y experimènto lo que ſuele dezìrſe, que, *Es dulce el amor de la patria.* Sali, como digo, de nueſtro pueblo; entrè en Francia; y aunque allì nos hazian buen acogimièntо, quìſe vèrlo todo. Paſsè à Italia, y lleguè à Alemania, y alli me pareciò que ſe podia vivir con mas libertàd, porque ſus habitadores no miran en muchas delicadeças: Cada uno vive como quière, porque en la mayor parte della ſe vive con libertad de conciencia. Dexè tomàda caſa en un pueblo junto à Auguſta; juntème con eſtos peregrìnos, que tienen por coſtumbre de venir à Eſpaña muchos dellos cada año à viſitàr los ſantuarios della, que los tienen por ſus Indias, y por certiſſima grangerìa, y conocida ganancia; Andanla caſi toda, y no ày pueblo ninguno de donde no ſalgan comidos, y bebidos (como ſuele dezirſe) y con un real porlomènos en dinero; y al cabo de ſu viage ſalen con mas

de cien eſcùdos de ſobra, que trocados en oro, ô yà en el hueco de los bordones, ô entre los remiendos de las eſclavinas, ô con la induſtria que ellos pueden, los ſacan del Reyno, y los paſſan à ſus tierras à pesàr de las guardas de los pueſtos, y puertos donde ſe regìſtran. Aora es mi intencion, Sancho, ſacàr el teſoro que dexè enterràdo, que por eſtàr fuera del pueblo, lo podrè hazèr ſin peligro; y eſcrivir, ô paſsàr deſde Valencia à mi hija, y à mi muger, que sè que eſtàn en Argel; y dar traça como traèrlas à algun puerto de Francia, y deſde alli llevàrlas à Alemania, donde eſperarèmos lo que Dios quiſière hazèr de noſotros: Que en reſolucion, Sancho, yo sè cierto, que la Ricota mi hija, y Franciſca Ricote mi muger ſon Catholicas Chriſtianas; y aunque yo no lo sòy tanto, todavia tengo mas de Chriſtiano, que de Moro; y ruego ſiempre à Dios, me abra los ojos del entendimièntо, y me dè à conocèr como le tengo de ſervìr: Y lo que me tiene admiràdo es, no ſaber porque ſe fuè mi muger, y mi hija antes à Berberia que à Francia, adonde podian vivir como Chriſtianas. A lo que reſpondiò Sancho: Mira Ricote, eſſo no deviò de eſtàr en ſu mano, porque las llevò Juan Tiopeyo el hermano de tu muger; y como deve de ſer fino Moro, fuèſſe à lo mas bien parado; y sète dezir otra coſa, que creo, que vas en valde à buſcàr lo que dexàſte enterràdo; porque tuvimos nuevas, que avian quitàdo à tu cuñado, y à tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro, que llevavan por regiſtràr. Bien puede ſer eſſo, replicò Ricote; pero yo sè, Sancho, que no tocàron al entierro, porque yo no les deſcubrì donde eſtàva, temeròſo de algun deſmàn:

Landesbibliothek Oldenburg

Y aſſi, ſi tu, Sancho, quières venir conmigo, y ayudàrme à ſacàrlo, y à encubrìrlo, yo te darè dozientos eſcùdos, con que podràs remediàr tus neceſſidàdes, que yà ſabes, que sè yo, que las tienes muchas. Yo lo hizièra, reſpondiò Sancho, pero no sòy nada codiciòſo; que à sèrlo, un oficio dexè yo eſta mañana de las manos, donde pudièra hazèr las paredes de mi caſa de oro, y comèr antes de ſeys meſes en platos de plata; y aſſi por eſto como por parecèrme, harìa traycion à mi Rey en dar favor à ſus enemigos, no fuèra contigo, ſi como me prometes dozientos eſcùdos, me dièras aquì de contàdo quatrocientos. Y que oficio es el que has dexàdo, Sancho? preguntò Ricote. He dexàdo de sèr Governador de una inſula, reſpondiò Sancho, y tal que a buena feè, que no hallen otra como ella à tres tirones. Y donde eſtà eſſa inſula, preguntò Ricote: adonde reſpondiò Sancho dos leguas de aquì, y ſe llama la inſula Barataria. Calla Sancho, dixo Ricote, que las inſulas eſtàn allà dentro de la mar, que no ày inſulas en la tierra firme. Como no? replicò Sancho. Digote, Ricote amigo, que eſta mañana me partì della, y ayèr eſtùve en ella governàndo à mi placer como un Sagitario; pero con todo eſſo la he dexàdo por parecèrme oficio peligròſo el de los Governadores. Y que has ganàdo en el Govierno? preguntò Ricote. He ganàdo, reſpondiò Sancho, el avèr conocido; que no sòy bueno para governàr ſino es un hato de ganado; y que las riquezas, que ſe ganan en los tales Goviernos, ſon à coſta de perdèr el deſcanſo, y el ſueño, y aun el ſuſtento; porque en las inſulas deven de comèr poco los Governadores, eſpecialmènte ſi tienen medicos, que miren por ſu ſalùd. Yo no te entièndo, Sancho, dixo Ricote;

pero

pero parèceme que todo lo que dizes es diſparate; que quien te avìa de dar à ti inſulas que governàſſes? Faltavan por ventùra hombres en el mundo mas hàbiles para Governadores, que tu eres? Calla Sancho, y buelve en ti, y mira ſi quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudàrme à ſacàr el teſoro que dexè eſcondido; que en verdàd que es tanto, que ſe puede llamàr teſoro, y te darè con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho Ricote, replicò Sancho, que no quièro: Contèntate, que por mi no ſeràs deſcubièrtò, y proſìgue en buena hora tu camino, y dèxame ſeguir el mio, que yo sè, que *lo bien ganado ſe pierde, y lo malo, ello y ſu dueño.* No quiero porfiàr, Sancho, dixo Ricote; pero dime: Hallàſtete en nueſtro lugar quando ſe partiò dèl mi muger, mi hija y mi cuñado? Si me hallè, reſpondiò Sancho, y sète dezir, que ſaliò tu hija tan hermòſa, que ſalièron à vèrla quantos avìa en el pueblo, y todos dezian, que era la mas bella criatura del mundo. Iva lloràndo, y abraçàva à todas ſus amigas, y conocidas, y a quantos llegàvan à vèrla, y à todos pedia la encomendàſſen à Dios, y à nuèſtra Señora ſu madre; y eſto con tanto ſentimièntо, que à mi me hizo lloràr, que no ſuelo ſer muy lloron; y à feè, que muchos tuvièron deſsèo de eſcondèrla, y ſalir à quitàrſela en el camino, pero el miedo de ir contra el mandado del Rey, los detùvo; principalmènte ſe moſtrò mas apaſſionàdo Don Pedro Gregorio, aquel mancebo Mayorazgo rico, que tu conòces, que dizen, que la queria mucho; y deſpues que ella ſe partiò, nunca mas el ha parecido en nueſtro lugar; y todos pensàmos, que iva tras ella para robàrla, pero haſta aora no ſe ha ſabido nada. Siempre tùve yo mala ſoſpecha,

dixo

dixo Ricote, de que eſſe Cavallero adamava à mi hija; pero fiàdo en el valor de mi Ricota, nunca me diò peſadumbre el ſaber, que la queria bien; que yà avràs oydo dezir, Sancho, que las Moriſcas, pocas ô ninguna vez ſe mezclaron por amores con Chriſtianos viejos; y mi hija, que (à lo que yo creo) atendia à ſer màs Chriſtiana, que enamorada, no ſe curarìa de las ſolicitudes de eſſe Señor Mayorazgo. Diòs lo haga, replicò Sancho, que à entrambos les eſtarìa mal: Y dèxame partir de aqui, Ricote amigo, que quièro llegàr eſta noche adonde eſtà mi Señor Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, dixo Ricote, que yà mis compañeros ſe rebullen; y tambien es hora, que proſigàmos nueſtro camino; y luego ſe abraçàron los dos, y Sancho ſubiò en ſu ruzio, y Ricote ſe arrimò à ſu bordon, y ſe apartàron.

CAPITULO LV.

De coſas ſucedidas à Sancho en el camino, y otras que no ày mas que vèr.

EL avèrſe detenìdo Sancho con Ricote no le diò lugàr à que aquel dia llegàſſe al caſtillo del Duque, pueſto que llegò media legua dèl, donde le tomò la noche algo eſcùra, y cerràda; pero como era verano, no le diò mucha peſadumbre, y aſſi ſe apartò del camino con intencion de eſperàr la mañana; y quiſo ſu corta, y deſventuràda ſuerte, que buſcàndo lugar donde mejor acomodàrſe, cayèron el y el ruzio en una honda, y eſcuriſſima ſima, que entre unos edificios muy antiguos eſtàva; y al tiempo del caer ſe encomendò à Dios de todo coraçon, pensàndo que no avia

avìa de paràr haſta el profundo de los abiſmos; y no fuè aſſi, porque à poco mas de tres eſtados diô fondo el ruzio, y el ſe hallô encima dèl, ſin avèr recibido liſion, ni daño alguno. Tentòſe todo el cuerpo, y recogiò el aliènto por vèr ſi eſtàva ſano, ô agujeràdo por alguna parte; y vièndoſe bueno, entèro, y catolico de ſalùd, no ſe hartàva de dar gracias à Dios nueſtro Señor de la mercèd que le avìa hecho, porque ſin duda pensò, que eſtàva hecho mil pedaços. Tentò aſſimeſmo con las manos por las paredes de la ſima por vèr, ſi ſerìa poſſible ſalìr della ſin ayùda de nadie; pero todas las hallò raſas, y ſin aſſidèro alguno, de lo que Sancho ſe congojò mucho, eſpecialmènte quando oyò, que el ruzio ſe quexàva tierna y doloroſamènte; y no era mucho, ni ſe lamentàva de vicio, que à la verdàd no eſtàva muy bien paràdo. Ay! dixo entonces Sancho Pança, y quan no pensàdos ſuceſſos ſuelen ſucedèr à cada paſſo à los que viven en eſte miſerable mundo! Quien dixèra, que el que ayèr ſe viò entronizàdo Governador de una inſula, mandando à ſus ſirvientes, y à ſus vaſſallos, oy ſe avìa de vèr ſepultàdo en una ſima, ſin avèr perſona alguna, que le remedie, ni criado, ni vaſſallo, que acùda à ſu ſocorro! Aqui avrèmos de perecèr de hambre yo, y mi jumento, ſi yà no nos morimos antes, èl de molido, y quebrantàdo, è yo de peſaròſo: Alomènos no ſerè yo tan venturòſo como lo fuè mi Señor Don Quixote de la Mancha, quando deſcendiò, y baxò à la cueva de aquel encantado Monteſinos, donde hallò quien le regalàſſe mejor que en ſu caſa; que no parèce, ſino que ſe fuè à meſa pueſta, y à cama hecha. Alli viò el viſiones hermòſas, y apazìbles;

bles: è yo verè aquì (à lo que crèo) ſapos, y culebras. Deſdichàdo de mi, y en que han parado mis locuras, y fantaſias! De aqui ſacaràn mis hueſſos (quando el Cielo ſea ſervido que me deſcubran) mondos, blancos, y rayàdos, y los de mi buen ruzio con ellos, por donde quiçà ſe echarà de vèr, quien ſomos, alomènos de los que tuvièron noticia, que nunca Sancho Pança ſe apartò de ſu aſno, ni ſu aſno de Sancho Pança. Otra vez digo, miſerables de noſotros! que no ha querìdo nueſtra corta ſuerte, que murièſſemos en nueſtra patria, y entre los nueſtros, donde yà que no hallàra remedio nueſtra deſgracia, no faltàra quien della ſe dolièra, y en la hora ultima de nueſtro paſſamiènto nos cerràra los ojos. O compañero, y amigo mio, que mal pago te he dado de tus buenos ſervicios! Perdòname y pide à la fortùna en el mejor modo que ſupières, que nos ſaque deſte miſerable trabajo en que eſtàmos pueſtos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeça, que no parezcas ſino un laureàdo Poëta, y de darte los pienſos doblàdos. Deſta manera ſe lamentàva Sancho Pança, y ſu jumento le eſcuchàva ſin reſpondèrle palabra alguna (tal era el aprieto, y angùſtia en que el pobre ſe hallàva.) Finalmènte avièndo paſsàdo toda aquella noche en miſerables quexas, y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridàd y reſplandor viò Sancho, que era impoſſible de toda impoſſibilidàd ſalir de aquel pozo ſin ſer ayudàdo; y començò à lamentàrſe, y dar vozes por vèr ſi alguno le oỳa; pero todas ſus vozes eran dadas en deſièrto, pues por todos aquellos contòrnos no avìa perſona que pudièſſe eſcuchàrle,

cuchàrle, y entonces ſe acabò de dàr por muerto. Eſtàva el ruzio boca arriba, y Sancho Pança le acomodò de modo, que le puſo en pie, que apenas ſe podia tenèr; y ſacando de las alforjas (que tambien avìan corrido la meſma fortuna de la cayda) un pedaço de pan, lo diò à ſu jumento, que no le ſupo mal; y dixòle Sancho, como ſi lo entendièra: *Todos los duelos con pan ſon buenos.* En eſto deſcubriò à un lado de la ſima un agujèro, capaz de cabèr por èl una perſona ſi ſe agoviava y encogia: acudiò à èl Sancho Pança, y agaçapàndoſe, ſe entrò por èl, y viò que por de dentro era eſpaciòſo, y largo; y pùdolo vèr, porque por lo que ſe podia llamàr techo, entràva un rayo del ſol, que lo deſcubria todo. Viò tambien, que ſe dilatava, y alargàva por otra concavidàd eſpaciòſa: Vièndo lo qual, bolviò à ſalir donde eſtàva el jumento, y con una piedra començò à deſmoronàr la tierra del agujero de modo, que en poco eſpacio hizo lugar, donde con facilidàd pudièſſe entràr el aſno, como lo hizo; y cogièndole del cabeſtro, començò à caminàr por aquella gruta adelante, por ver ſi hallava alguna ſalida por otra parte. A vezes iva à eſcùras, y à vezes ſin luz, pero ninguna vez ſin miedo. Vàlame Dios todo poderòſo, dezia entre ſi, eſta, que para mi es deſventura, mejor fuèra para aventùra de mi amo Don Quixote. El ſi, que tuvièra eſtas profundidades, y mazmorras por jardines floridos, y por palacios de Galiana, y eſperàra ſalir deſta eſcuridàd, y eſtrechèza à algun florido prado: Pero yo ſin ventura, falto de conſejo, y menoſcabàdo de animo, à cada paſſo pienſo, que debaxo de los pies de improviſo ſe ha de abrir otra ſima mas profunda que eſta, que acabe de tragàrme.

Bien

Landesbibliothek Oldenburg

Bien vengas mal ſi viènes ſolo. Deſta manera, y con eſtos penſamièntos le pareciò, que avrìa caminàdo poco mas de media legua, al cabo de la qual deſcubriò una confùſa claridad, que pareciò ſer yà de dia, y que por alguna parte entràva, que dava indicio de tenèr fin abièrto aquel, para el, camino de la otra vida. Aqui le dexa Cide Hamete Benengeli, y buelve à tratàr de Don Quixote, que alboroçàdo, y contènto eſperàva el plaço de la batalla, que avìa de hazèr con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, à quien pensàva endereçàr el tuerto, y deſaguisàdo, que malamènte le tenìan fecho.

SUCEDIÒ, pues, que falièndoſe una mañana à imponèrſe, y enſayàrſe en lo que avìa de hazèr en el trance, en que otro dia pensàva vèrſe, dando un repelon, ô Arremetida à Rozinante, llegò à ponèr los pies tan junto à una cueva, que à no tiràrle fuertemènte las riendas, fuera impoſſible no caer en ella. En fin le detùvo, y no cayò, y llegàndoſe algo mas cerca, ſin apeàrſe mirò aquella hondura, y eſtàndola miràndo, oyò grandes vozes dentro; y eſcuchàndo atentamènte, pùdo percebir y entendèr, que el que las dava, dezìa: Ha de arriba; ày algun Chriſtiano que me eſcùche? O algun Cavallero caritatìvo, que ſe duela de un pecador enterràdo en vida, ô de un deſdichàdo deſgovernàdo Governador? Pareciòle à Don Quixote, que oỳa la voz de Sancho Pança, de que quedò ſuſpenſo, y aſſombrado; y levantàndo la voz todo lo que pùdo, dixo: Quien eſtà allà baxo? Quien ſe quexa? Quien puede eſtàr aqui, ô quien ſe ha de quexàr, reſpondieron, ſino el aſſendereàdo de Sancho Pança, Governador por ſus pecados y por ſu mala

andança de la inſula Barataria, eſcudero que fuè del famoſo Cavallero Don Quixote de la Mancha. Oyèndo lo qual Don Quixote, ſe le doblò la admiracion, y ſe le acrecentò el paſmo, vinièndoſele al penſamiènto, que Sancho Pança devìa de ſer muerto, y que eſtàva alli penàndo ſu alma; y llevàdo deſta imaginacion dixo: conjùrote por todo aquello que puedo conjuràrte como Catolico Chriſtiano, que me digas quien eres? Y ſi eres alma en pena, dime, que quières que haga por ti? Que pues es mi profeſion favorecèr, y acorrèr à los neceſſitados deſte mundo, tambien lo ferè para acorrèr, y ayudàr à los meneſteroſos del otro mundo, que no pueden ayudàrſe por ſi propios. Deſſa manera, reſpondièron, vueſſa mercèd que me habla, deve de ſer mi Señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro ſin duda. Don Quixote ſoy, dixo Don Quixote, el que profeſſo ſocorrèr, y ayudàr en ſus neceſſidàdes à los vivos, y à los muertos: Por eſſo dime quien eres, que me tienes atònito; porque ſi eres mi eſcudèro Sancho Pança, y te has muerto, como no te ayan llevàdo los diablos, y por la miſericordia de Dios eſtès en el purgatorio, ſufragios tiene nueſtra Santa Madre Igleſia Catolica Romana baſtantes à ſacàrte de las penas en que eſtàs, y yo que lo ſolicitarè con ella por mi parte con quanto mi hazienda alcançàre: Por eſſo acaba de declaràrte, y dime quien eres? Voto à tal reſpondièron, y por el nacimiènto de quien vueſſa mercèd quiſière, juro Señor Don Quixote de la Mancha, que yo ſoy ſu eſcudèro Sancho Pança, y que nunca me he muèrto en todos los dìas de mi vida; ſino que avièndo dexàdo mi Govierno por coſas, y cauſas,

que

Landesbibliothek Oldenburg

Jnr. Vanderbank invt et delin:
Vol: 4 · p: 205

Ger.dus Vandergucht sculp:
52

Landesbibliothek Oldenburg

que es menestèr mas espacio para dezìrlas, à noche cayò en esta sima, donde yago, y el ruzio conmigo, que no me dexarà mentir, pues por mas señas està aquì conmigo: Y ay mas, que no parece sino que el jumento entendiò lo que Sancho dixo, porque al momènto començò à rebuznàr tan rezio, que toda la cueva retumbàva. Famòso testigo, dixo Don Quixote; el rebuzno conòzco, como si le parièra, y tu voz oygo Sancho mio. Espèrame, irè al castillo del Duque, que està aquì cerca, y traerè quien te saque desta sima, donde tus pecados te deven de avèr puesto. Vaya vuessìa mercèd, dixo Sancho, y buelva presto por un solo Dios, que yà no lo puedo llevàr el estàr aquì sepultado en vida, y me estòy murièndo de miedo.

Dexòle Don Quixote, y fuè al Castillo à contàr à los Duques el suceso de Sancho Pança, de que no poco se maravillàron, aunque bien entendièron, que devìa de avèr caydo por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoràbles estàva alli hecha; pero no podìan pensàr como avìa dexadò el govierno, sin tenèr ellos aviso de su venida. Finalmènte, como dizen, llevàron sogas, y maromas, y à costa de mucha gente, y de mucho trabajo sacàron al ruzio, y à Sancho Pança de aquellas tinieblas à la luz del Sol. Viòle un estudiante, y dixo: Desta manera avìan de salir de sus Goviernos todos los malos Governadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca à lo que yo crèo. Oyòlo Sancho, y dixo: Ocho dias, ô diez hà, hermano murmurador, que entrè à governàr la insula que me dièron, en los quales no me vì harto de pan si-

ſiquiera una hora: En ellos me han perſeguìdo medicos; y enemigos me han brumàdo los hueſſos: Ni he tenido lugar de hazèr cohechos, ni de cobràr derechos; y ſièndo eſto aſſi como lo es, no merecia yo, à mi parecèr, ſalir deſta manera: Pero el hombre propone, y Dios diſpone; y Dios ſabe lo mejor, y lo que le eſtà bien à cada uno; y *qual el tiempo, tal el tiento*; *y nadie diga, deſta agua no beberè*; que *adonde ſe pienſa que ay tozinos, no ay eſtacas*; y Dios me entiende, y baſta; y no digo mas, aunque pudièra. No te enojes, Sancho, ni recibas peſadumbre de lo que oyères, dixo Don Quixote, que ſerà nunca acabàr. Ven tu con ſegura conciencia, y digan lo que dixèren; y es, querèr atàr las lenguas de los maldizientes lo meſmo que querèr ponèr puertas al campo. Si el Governador ſale rico de ſu Govierno, dizen dèl, que ha ſido un ladron; y ſi ſale pobre, que hà ſido un para poco, y mentecato. A buen ſegùro, reſpondiò Sancho, que por eſta vez antes me han de tenèr por tonto, que por ladron.

En eſtas platicas llegàron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al caſtillo, adonde en unos corredores eſtàvan yà el Duque, y la Duqueſſa eſperàndo à Don Quixote, y à Sancho, el qual no quiſo ſubir à vèr al Duque, ſin que primero no huvièſſe acomodado al ruzio en la cavalleriza; porque dezìa que avìa paſſado muy mala noche en la posàda; y luego ſubiò à vèr à ſus Señores, ante los quales, pueſto de rodillas, dixo: Yo, Señores, porque lo quiſièron aſſi vueſtras grandezas, ſin ningun merecimièntо mio fuỳ à governàr vueſtra inſula Barataria, en la qual entrè deſnudo, y deſnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Si he governàdo bien,

bien, ô mal, teſtigos he tenido delante, que diràn lo que quiſièren. He declaràdo dudas, ſentenciàdo pleytos, y ſiempre muerto de hambre, por avèrlo querido aſſi el Dotor Pedro Rezio, natural de Tirteafuera, Medico inſulano, y Governadorèſco. Acometièronnos enemigos de noche, y avièndonos pueſto en grande aprieto, dizen los de la inſula, que ſalièron libres, y con vitoria por el valor de mi braço (que tal ſalùd les dè Dios como ellos dizen verdàd.) En reſolucion en eſte tiempo yo he tanteàdo las cargas que tràe conſigo, y las obligaciones el governàr, y he hallàdo por mi cuenta, que no las podràn llevàr mis ombros, ni ſon peſo de mis coſtillas, ni flechas de mi aljava; y aſſi antes que dièſſe conmigo al travès el Govierno, he querido yo dàr con el Govierno al travès; y ayèr de mañana dexè la inſula como la hallè, con las miſmas calles, caſas, y texàdos que tenìa quando entrè en ella. No he pedido preſtado à nadie, ni metìdome en grangerìas; y aunque pensàva hazèr algunas ordenanças provechòſas, no hize ninguna, temeròſo que no ſe avìan de guardàr, que es lo miſmo hazèrlas, que no hazèrlas. Salì, como digo, de la inſula ſin otro acompañamièntо que el de mi ruzio; caì en una ſima; vìneme por ella adelante, haſta que eſta mañana con la luz del Sol vì la ſalida, pero no tan facil, que à no deparàrme el Cielo à mi Señor Don Quixote, allì me quedàra haſta la fin del mundo: Aſſi que, mis Señores Dùque y Duqueſſa, aquì eſtà vueſtro Governador Sancho Pança, que hà grangeàdo en ſolos diez dias que hà tenido el Govierno, à conocèr que no ſe le ha de dàr nada por sèr Governador, no que de una inſula, ſino de todo el

mundo:

mundo: Y con eſte preſupuèſto besàndo à vueſſas mercèdes los pies, imitàndo al juego de los muchachos, que dizen, ſalta tu, y dàmela tu, doy un ſalto del Govierno, y me paſſo al ſervicio de mi Señor Don Quixote, que en fin en èl, aunque como el pan con ſobreſalto, hàrtome alomènos, y para mi, como yo eſtè harto, eſſo me haze que ſea de zahanòrias, que de perdizes. Con eſto diò fin à ſù larga platica Sancho, temièndo ſiempre Don Quixote, que avìa de dezir en ella millares de diſparàtes, y quando le viò acabàr con tan pocos, diò en ſu coraçon gracias al Cielo; y el Duque abraçò à Sancho, y le dixo, que le pesàva en el alma de que huvièſſe dexàdo tan preſto el Govièrno; pero que el harìa de ſuerte, que le dièſſe en ſu eſtado otro oficio de menos cargo, y de mas provècho. Abraçòle la Duqueſſa aſſimiſmo, y mandò que le regalàſſen, porque dava ſeñales de venir mal molido, y peor paràdo.

CAPITULO LVI.

De la deſcomunàl, y nunca viſta batalla, que paſsò entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Toſilos en la defenſa de la hija de la dueña doña Rodriguez.

NO quedàron arrepentìdos los Duques de la burla hecha à Sancho Pança del Govièrno que le dièron; y mas que aquel miſmo dia vino ſu Mayordomo, y les contò punto por punto todas caſi las palabras, y acciones, que Sancho avìa dicho, y hecho en aquellos dias; y finalmènte les encareciò el aſſalto de la inſula, y el miedo de Sancho, y ſu ſalida, de que no pequeño guſto recibièron.

DES-

DESPUES deſto cuenta la hiſtòria, que ſe llegò el dia de la batalla aplaçàda; y avièndo el Duque una, y muchas vezes advertido à ſu lacayo Toſilos como ſe avìa de avenìr con Don Quixote, para vencèrle ſin matàrle, ni herìrle, ordenò que ſe quitàſſen los hierros à las lanças, dizièndo à Don Quixote, que no permitìa la Chriſtiandàd (de que el ſe preciava) que aquella batalla fuèſſe con tanto rièſgo, y peligro de las vidas; y que ſe contentàſſe con que le dava campo franco en ſu tierra, pueſto que iva contra el decreto del Santo Concilio, que prohibe los tales deſafios; y no quiſièſſe llevàr por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo, que ſu Excelencia diſpuſièſſe las coſas de aquel negocio como mas fuèſſe ſervido, que el le obedecerìa en todo. Llegàdo, pues, el temeròſo dia, avièndo primero mandado el Duque, que delante de la plaça del Caſtillo ſe hizièſſe un eſpacièſo cadahalſo, donde eſtuvièſſen los juezes del campo, y las dueñas madre, y hija demandantes. Avìa acudido de todos los lugares, y aldeas circunvezinas infinita gente à vèr la novedàd de aquella batalla, que nunca otra tal avìan viſto, ni oỳdo dezir en aquella tierra los que vivìan, ni los que avìan muerto.

EL primero que entrò en el campo, y eſtacada fuè el maeſtro de las ceremonias, que tanteò el campo, y le paſſeò todo, porque en èl no huvièſſe algun engaño, ni coſa encubièrta donde ſe tropeçàſſe, y cayèſſe. Luego entràron las dueñas, y ſe ſentàron en ſus aſſièntos, cubiertas con los mantos haſta los ojos, y aun haſta los pechos con mueſtras de no pequeño ſentimièntо. Preſentòſe Don Quixote

en la eſtacàda. De alli à poco acompañàdo de muchas trompetas aſſomò por una parte de la plaça ſobre un poderòſo Cavallo, hundièndola toda, el grande lacayo Toſilos, calada la viſera, y todo encambronàdo con unas fuertes, y luzientes armas. El Cavallo moſtràva ſer friſon, ancho, y de color tordillo; de cada mano y pie le pendìa una arroba de lana. Venìa el valeròſo combatiente bien informàdo del Duque ſu Señor de como ſe avìa de portàr con el valeròſo Don Quixote de la Mancha, advertìdo, que en ninguna manera le matàſſe, ſino que procuràſſe huỳr el primer encuentro por eſcusàr el peligro de ſu muerte, que eſtàva cierto, ſi de lleno en lleno le encontràſſe. Paſsèo la plaça, y llegàndo donde las dueñas eſtàvan, ſe pùſo algun tanto à miràr à la que por eſpoſo le pedìa. Llamò el Maeſſe de campo à Don Quixote, que yà ſe avìa preſentado en la plaça, y junto con Toſilos hablò à las dueñas preguntàndoles, ſi conſentìan, que bolvièſſe por ſu derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixèron que ſi, y que todo lo que en aquel caſo hizièſſe, lo dàvan por bien hecho, por firme, y por valedèro. Yà en eſte tiempo eſtàvan el Duque, y la Duquèſſa pueſtos en una galeria que caìa ſobre la eſtacàda, toda la qual eſtàva coronada de infinita gente, que eſperàva vèr el riguròſo trance nunca viſto. Fuè condicion de los combatièntes, que ſi Don Quixote vencia ſu contrario, ſe avìa de casàr con la hija de Doña Rodriguez; y ſi el fuèſſe vèncido, quedàva libre ſu contendor de la palabra que ſe le pedìa, ſin dàr otra ſatisfacion alguna. Partiòles el Maeſtro de las ceremonias el Sol, y pùſo à los dos, cada uno en el pueſto donde

avìan

avìan de eſtàr. Sonàron los atambores; llenò el ayre el ſon de las trompetas; temblàva debaxo de los pies la tierra; eſtàvan ſuſpenſos los coraçones de la mirante turba, temièndo unos, y eſperàndo otros el buen, ô mal ſuceſſo de aquel caſo. Finalmènte Don Quixote encomendàndoſe de todo ſu coraçon à Dios nueſtro Señor, y à la Señora Dulcinèa del Tobòſo, eſtàva aguardàndo, que ſe le dièſſe ſeñal preciſa de la arremetìda: Empero nueſtro lacayo tenìa diferentes penſamièntos, pues no pensàva el, ſino en lo que aora dirè.

PARECE ſer, que quando eſtùvo miràndo à ſu enemiga, le pareciò la mas hermòſa muger, que avìa viſto en toda ſu vida; y el niño ciegueçuelo, à quien ſuelen llamàr de ordinario *Amor* por eſſas calles, no quiſo perdèr la ocaſion que ſe le ofreciò de triunfàr de una alma lacayuna, y ponèrla en la liſta de ſus trofeos; y aſſi llegàndoſe à el bonitamènte, y ſin que nadie le vièſſe, le embasò al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado yzquierdo, y le paſsò el coraçon de parte à parte: Y pùdolo hazèr bien al ſegùro, porque el amor es inviſible; y entra, y ſale por dò quiere ſin que nadie le pida cuenta de ſus hechos.

DIGO pues, que quando dièron la ſeñal de la arremetìda, eſtàva nueſtro lacayo tranſportàdo, pensàndo en la hermosùra de la que yà avìa hecho Señora de ſu libertàd; y aſſi no atendiò al ſon de la trompeta, como hizo Don Quixote, que apenas la hùvo oydo, quando arremetiò, y à todo el corrèr que permitìa rozinante, partiò contra ſu enemigo, y vièndole partir ſu buen eſcudero Sancho, dixo à grandes vozes: Dios te guie, nata, y flor de los andantes

Cavalleros: Dios te dè la vitoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Toſilos viò venir contra sì à Don Quixote, no ſe moviò un paſſo de ſu pueſto, antes con grandes vozes llamò al Maeſſe de Campo, el qual venido à vèr lo que querìa, Toſilos le dixo: Señor, eſta batalla no ſe haze porque yo me caſe, ô no me caſe con aquella Señora? Aſſi es, le fuè reſpondido. Pues yo, dixo el lacayo, sòy temeròſo de mi conciencia, y pondrìala en gran cargo, ſi paſsàſſe adelànte en eſta batalla; y aſſi digo, que yo me dòy por vencìdo, y que quièro casàrme luego con aquella Señora. Quedò admiràdo el Maeſſe de Campo de las razones de Toſilos, y como era uno de los ſabidores de la màquina de aquel caſo, no le sùpo reſpondèr palabra. Detùvoſe Don Quixote en la mitàd de ſu carrera, vièndo que ſu enemigo no le acometìa. El Duque no ſabìa la ocaſion porque no ſe paſsàva adelànte en la batalla; pero el Maeſſe de Campo le fuè à declaràr lo que Toſilos dezìa, de lo que quedò ſuſpenſo, y colèrico en eſtremo. En tanto que eſto paſsàva, Toſilos ſe llegò adonde Doña Rodriguez eſtàva, y dixo à grandes vozes: Yo Señora quièro casàrme con vueſtra hija, y no quièro alcançàr por pleytos, ni contiendas lo que puedo alcançàr por paz, y ſin peligro de la muerte. Oyò eſto el valeròſo Don Quixote, y dixo: Pues eſto es aſſi, yo quedo libre, y ſuelto de mi promèſſa. Caſenſe en hora buena; y pues Dios nueſtro Señor ſe la diò, San Pedro ſe la bendiga. El Duque avìa baxàdo à la plaça del Caſtillo, y llegàndoſe à Toſilos, le dixo: Es verdàd, Cavallero, que os days por vencìdo, y que inſtigàdo de vueſtra temeròſa conciencia, os querèys casàr con eſta donzella?

Landesbibliothek Oldenburg

Jn.o Vanderbank inv.t et delin.
Vol: 4 · p: 213

Ger.rd VanderGucht sculp.

53

Landesbibliothek Oldenburg

zella? Si Señor, reſpondiò Toſilos. El haze muy bien, dixo à eſta ſazon Sancho Pança; porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y ſacàrte hà de cuydado. Iva Toſilos deſenlaçandoſe la zelada, y rogàva, que aprièſſa le ayudàſſen, porque le ivan faltàndo los eſpiritus del aliento, y no podìa vèrſe encerràdo tanto tiempo en la eſtrecheza de aquel apoſento. Quitàronſela aprièſſa, y quedò deſcubièrto, y patente ſu roſtro de lacayo. Vièndo lo qual Doña Rodriguez, y ſu hija, dando grandes vozes dixèron: Eſte es engaño, engaño es eſte: A Toſilos el lacayo del Duque mi Señor nos han pueſto en lugar de mi verdadèro eſpoſo: juſticia de Dios, y del Rey, de tanta malicia, por no dezir vellaqueria. No vos acuytèys, Señoras, dixo Don Quixote, que ni eſta es malicia, ni es vellaqueria, y ſi la es, no ha ſido la cauſa el Duque ſino los malos encantadores que me perſiguen, los quales envidiòtos de que yo alcançàſſe la gloria deſte vencimièntо, han convertìdo el roſtro de vueſtro eſpòſo en el deſte, que dezis, que es lacayo del Duque: Tomad mi conſejo, y à pesàr de la malicia de mis enemigos, casàos con el, que ſin duda es el miſmo que vos deſsèays alcançàr por eſpòſo. El Duque que eſto oyò, eſtùvo por rompèr en riſa toda ſu còlera, y dixo: Son tan extraordinàrias las coſas que ſuceden al Señor Don Quixote, que eſtòy por creèr, que eſte mi lacayo no lo es; pero usèmos deſte ardìd, y maña: Dilatèmos el caſamiento quinze dias, ſi quièren, y tengàmos encerràdo à eſte perſonage, que nos tiene dudòſos, en los quales podrìa ſer, que bolvièſſe à ſu priſtina figura; que no ha de duràr tanto el rancor que los encantadores tienen al Señor Don Qui-

Quixote, y mas yèndoles tan poco en usàr eſtos embelecos, y transformaciones. O, Señor, dixo Sancho, yo sè que yà tienen eſtos malandrines por uſo, y coſtumbre de mudàr las coſas de unas en otras, que tocan à mi amo. A un Cavallero que venciò los dias paſſados llamado *El de los Eſpejos*, le bolvièron en la figura del Bachiller Sanſon Carraſco, natural de nueſtro pueblo, y grande amigo nueſtro: Y à mi Señora Dulcinèa del Toboſo la han buelto en una ruſtica labradora; y aſſi imagino, que eſte lacayo ha de morìr, y vivìr lacayo todos los dias de ſu vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: Sèaſe quien fuere eſte que me pide por eſpòſa (que yo ſe lo agradezco) que mas quiero ſer muger legitima de un lacayo, que no amiga y burlada de un Cavallero; pueſto que el que à mi me burlò, no lo es. En reſolucion todos eſtos cuentos, y ſuceſſos paràron en que Toſilos ſe recogièſſe haſta ver en que paràva ſu tranſformacion. Aclamàron todos la vitoria por Don Quixote, y los mas quedàron triſtes, y melancolicos, de vèr que no ſe avìan hecho pedaços los tan eſperàdos combatientes: Bien aſſi como los muchachos quedan triſtes, quando no ſale el ahorcàdo que eſpèran, porque le han perdonado ô la parte, ô la juſticia. Fuèſe la gente; bolvièronſe el Duque, y Don Quixote al Caſtillo; encerràron à Toſilos; quedàron Doña Rodriguez, y ſu hija contentiſſimas de vèr, que por una via, ô por otra aquel caſo avìa de paràr en caſamièntо, y Toſilos no eſperàva menos.

CAPI-

CAPITULO LVII.

Que trata de como Don Quixote ſe deſpidiò del Duque, y de lo que le ſucediò con la diſcreta, y deſembuelta Altiſidora donzella de la Duqueſſa.

YA le pareciò à Don Quixote, que era bien ſalir de tanta ocioſidàd como la que en aquel Caſtillo tenìa, que ſe imaginàva sèr grande la falta, que ſu perſona hazìa en dexàrſe eſtàr encerràdo, y pereçòſo entre los infinitos regalos, y deleytes que como à Cavallero andante aquellos Señores le hazìan; y parecìale, que avìa de dàr cuenta eſtrecha al Cielo de aquella ocioſidàd, y encerramièntо; y aſſi pidiò un dia licencia à los Duques para partìrſe. Dièronſela con mueſtras de que en grande manera les pesàva de que los dexàſſe. Diò la Duqueſſa las cartas de ſu muger à Sancho Pança, el qual llorò con ellas, y dixo: Quien pensàra, que eſperanzas tan grandes, como las que en el pecho de mi muger Tereſa Pança engendràron las nuevas de mi Govierno, avìan de paràr en bolvèrme yò agora à las arraſtràdas aventùras de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo eſto me contento de vèr, que mi Tereſa correſpondiò à sèr quien es, embiàndo las bellotas à la Duqueſſa; que à no avèrſelas embiàdo, quedando yo peſaròſo, ſe moſtràra ella deſagradecida. Lo que me conſuela es, que à eſta dàdiva no ſe le puede dar nombre de cohecho; porque yà tenìa yo el Govierno, quando ella las embiò; y eſtà pueſto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque ſea con niñerias ſe mueſtren agradecidos.

dos. En efecto yo entrè deſnùdo en el Govierno, y ſalgo deſnùdo dèl; y aſſi podrè dezir con ſegura conciencia (que no es poco) deſnùdo nacì, deſnùdo me hallo, ni pierdo, ni gano. Eſto pensàva entre ſi Sancho el dia de la partida; y ſalièndo Don Quixote (aviendoſe deſpedido la noche antes de los Duques) una mañana, ſe preſentò armado en la plaça del Caſtillo. Miràvanle de los corredores toda la gente del Caſtillo, y aſſimiſmo los Duques ſalièron à verle. Eſtàva Sancho ſobre ſu ruzio con ſus alforjas, maleta, y repueſto contentiſſimo; porque el Mayordomo del Duque (el que fuè de la Trifaldi) le avìa dado un bolſico con docientos eſcudos de oro, para ſuplir los meneſteres del camino, y eſto aun no lo ſabìa Don Quixote. Eſtàndo como queda dicho, miràndole todos, à deſhora entre las otras dueñas, y donzellas de la Duqueſſa que le miràvan, alçò la voz la deſembuelta, y diſcreta Altiſidora, y en Son laſtimèro dixo:

Eſcucha mal Cavallero,
Detèn un poco las riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida beſtia.
Mira, falſo, que no huyes
De alguna ſerpiènte fièra,
Sino de una corderilla,
Que eſtà muy lexos de oveja.
Tu has burlàdo, monſtruo horrèndo,
La mas hermoſa donzella,
Que Diana viò en ſus montes,

Que

Jnº. Vanderbank inv.t et Delin.

Ger. Vander Gucht sculp.

Vol. 4. p. 216.

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

Que Venus mirò en ſus ſelvas,
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allà te avengas.

Tu llèvas (llevàr impio)
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamoràda tierna.
Llèvaſte tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,
Que al Marmol puro ſe igualan,
En liſas, blancas, y negras.
Llèvaſte dos mil ſuſpiros,
Que à ſer de fuego, pudièran
Abrasàr à dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas huvièra.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allà te avengas.

De eſſe Sancho tu eſcudèro,
Las entrañas sèan tan tercas,
Y tan duras, que no ſalga
De ſu encanto Dulcinèa.
De la culpa que tu tienes,
Lleve la triſte la pena,
Que juſtos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventùras
En deſventùras ſe buelvan,

En ſueño tus paſſatiempos,
En olvìdos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas
Barrabas te acompañe, allà te avengas.

Seas tenido por falſo
Deſde Sevilla à Marchena,
Deſde Granada haſta Loja
De Londres à Inglaterra.
Si jugares al Reynado,
Los cientos, ô la primera,
Los Reyes huyan de ti,
Aſes, ni Sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quèdente los raygones,
Si te ſacàres las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas
Barrabas te acompañe, allà te avengas.

En tanto que, de la ſuerte que ſe ha dicho, ſe quexàva la laſtimàda Altiſidora, la eſtùvo mirando Don Quixote, y ſin reſpondèrla palabra, bolvièndo el roſtro à Sancho, le dixo: Por el ſiglo de tus paſſados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: Dime, llevas por ventùra los tres tocadores, y las ligas, que eſta enamoràda donzella dize? A lo que Sancho, reſpondiò: Los tres tocadores ſi llevo, pero las ligas, como por los Cerros de Ubeda. Quedò la Duquèſſa admiràda de la deſemboltura de Altiſidora,

dora, que aunque la tenìa por atrevìda, graciòſa, y deſembuelta, no en gràdo que ſe atrevièſſe à ſemejantes deſembolturas; y como no eſtàva advertida deſta burla, creciò mas ſu admiracion. El Duque quiſo reforçàr el donayre, y dixo: No me parece bien, Señor Cavallero, que avièndo recibido en eſte mi Caſtillo el buen acogimiènto, que en èl ſe os ha hecho, os ayàys atrevìdo à llevàros tres tocadores por lo mènos, ſi por lo mas las ligas de mi donzella; indicios ſon eſtos de mal pecho, y mueſtras que no correſponden à vueſtra fama. Bolvedle las ligas, ſino yo os deſafio à mortal batalla ſin tenèr temor, que malandrines encantadòres me buelvan, ni muden el roſtro, como han hecho el de Toſilos mi lacayo, el que entrò con vos en batalla. No quièra Dios, reſpondiò Don Quixote, que yo deſembayne mi eſpada contra vueſtra iluſtriſſima perſona, de quien tantas mercèdes hè recibido. Los tocadores bolverè, porque dize Sancho que los tiene: Las ligas es impoſſible; porque ni yo las he recibido, ni el tampoco; y ſi eſta vueſtra donzella quiſière miràr ſus eſcondrijos à buen ſegùro, que las halle. Yo, Señor Duque, jamas he ſido ladron, ni lo pienſo ſer en toda mi vida, como Dios no me dexe de ſu mano. Eſta donzella habla, (como ella dize,) como enamoràda, de lo que yo no le tengo culpa; y aſſi no tengo de que pedirle perdon, ni à ella, ni à vueſtra Excelencia, à quien ſuplico, me tenga en mejor opinion, y me dè de nuevo licencia para ſeguir mi camino. Dèoſle Dios tan bueno, dixo la Duquèſſa, Señor Don Quixote, que ſiempre oygàmos buenas nuevas de vueſtras fechorìas: Y andad con Dios, que mientras mas os detenèys,

mas aumentàys el fuego en los pechos de las donzellas que os miran; y à la mia yo la caſtigarè de modo, que de aqui adelànte no ſe deſmande con la viſta, ni con las palabras. Una no mas quièro que me eſcuches, ô valeroſo Don Quixote, dixo entonces Altiſidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas; porque en Dios y en mi anima que las tengo pueſtas, y hè caydo en el deſcuydo del que yèndo ſobre el aſno, le buſcàva. No lo dixe yo? dixo Sancho: Bonico sòy yo para encubrir hurtos, pues à querèrlo hazèr, de paleta me avìa venido la ocaſion en mi Govierno. Abaxò la cabeça Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y à todos los circunſtantes; y bolvièndo las riendas à rozinante, ſiguièndole Sancho ſobre el ruzio, ſe ſaliò del Caſtillo endereçàndo ſu camino à Zaragoça.

CAPITULO LVIII.

Que trata de como menudeàron ſobre Don Quixote aventùras tantas, que no ſe davan vagàr unas à otras.

QUANDO Don Quixote ſe viò en la campaña raſa, libre y deſembaraçàdo de los requiebros de Altiſidora, le pareciò que eſtàva en ſu centro, y que los Eſpiritus ſe le renovàvan para proſeguir de nuevo el aſſumpto de ſus cavallerias; y bolvièndoſe à Sancho le dixo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciòſos dones, que à los hombres dièron los Cielos: con ella no pueden igualàrſe los teſoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertàd, aſſi como por la honra, ſe puede, y deve aventuràr

turàr la vida; y por el contrario el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo eſto, Sancho, porque bien has viſto el regalo, y la abundancia, que en eſte Caſtillo, que dexàmos, hèmos tenìdo: Pues en mitàd de aquellos banquetes ſazonàdos, y de aquellas bebidas de nieve me parecìa à mi, que eſtàva metìdo entre las eſtrechezas de la hambre, porque no lo gozàva con la libertàd, que lo gozàra, ſi fueran mios; que las obligaciònes de las recompenſas de los beneficios y mercèdes recibìdas ſon ataduras, que no dexan campeàr al animo libre. Venturòſo aquel à quien el cielo diò un pedaço de pan ſin que le quede obligacion de agradecèrlo à otro, que al miſmo cielo. Con todo eſſo, dixo Sancho, que vueſſa mercèd me ha dicho, no es bien que ſe quede ſin agradecimièntо de nueſtra parte dozientos eſcudos de oro, que en una bolſilla me diò el Mayordomo del Duque, que como Pìctima, y confortativo la llevo pueſta ſobre el coraçon para lo que ſe ofrecière; que no ſiempre hèmos de hallàr Caſtillos donde nos regalen, que tal vez toparèmos con algunas ventas donde nos apalèen.

En eſtos y otros razonamièntos ivan los andantes cavallero, y eſcudèro, quando vièron (avièndo caminàdo poco mas de una legua) que encima de la yerva de un pradillo verde, encima de ſus capas eſtàvan comièndo haſta una dozena de hombres veſtidos de labradores: Junto à ſi tenian unas como Sàbanas blancas, con que cubrian alguna coſa que debaxo eſtàva: Eſtàvan empinadas, y tendidas, y de trecho à trecho pueſtas. Llegò Don Quixote à los que comian, y ſaludàndolos primero corteſmènte, les preguntò, que

que que era lo que aquellos lienços cubrian? Uno dellos le reſpondiò: Señor, debaxo deſtos lienços eſtàn unas imagines de relieve, y entabladura, que han de ſervir en un retablo, que hazèmos en nueſtra aldea. Llevàmoſlas cubiertas, porque no ſe desfloren, y en ombros, porque no ſe quièbren. Si ſoys ſervìdos, dixo Don Quixote, holgarìa de vèrlas, pues imagines que con tanto recato ſe llevan, ſin duda deven de sèr buenas. Y como que lo ſon, dixo otro, ſino dìgalo lo que cueſtan; que en verdàd no ày ninguna, que no eſtè en mas de cinquenta ducados: Y porque vea vueſſa mercèd, eſta verdàd eſpere, vueſſa mercèd, y verlo ha por viſta de ojos; y levantàndoſe, dexò de comer, y fuè à quitàr la cubièrta de la primera imagen, que moſtrò ſer la de San Jorge pueſto à Cavallo con una Serpiente enroſcàda à los pies, y la lança atraveſsàda por la boca, con la fiereza que ſuèle pintàrſe. Toda la imagen parecìa una aſqua de oro, como ſuele dezìrſe. Vièndola Don Quixote, dixo: Eſte Cavallero fuè uno de los mejores andantes que tùvo la milicia divina: Llamòſe Don San Jorge, y fuè ademas defendedor de donzellas. Veàmos eſta otra. Deſcubriòla el hombre, y pareciò ſer la de San Martin pueſto à Cavallo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hùvo viſto Don Quixote, quando dixo: Eſte Cavallero tambien fuè de los aventurèros Chriſtianos, y crèo que fuè mas liberal, que valiente, como lo puedes echàr de ver, Sancho, en que eſtà partièndo la capa con el pobre, y le dà la mitàd; y ſin duda devia de ſer entonces invierno, que ſino el ſe la dièra toda, ſegun era de caritativo. No deviò de ſer eſſo, dixo Sancho, sìno que ſe deviò de tener al refran que dize: Que *para dàr*,

dàr, y tenèr, ſeſo es meneſtèr. Rióſe Don Quixote, y pidiò, que quitàſſen otro lienço, debaxo del qual ſe deſcubriò la imagen del Patron de las Eſpañas à Cavallo, la eſpada enſangrentàda, atropellando Moros, y piſando cabeças: Y en vièndola, dixo Don Quixote: Eſte ſi que es Cavallero, y de las eſquadras de Chriſto. Eſte ſe llama Don San Diego Matamoros, uno de los mas valientes Santos, y Cavalleros, que tùvo el mundo, y tiene aora el Cielo. Luego deſcubrièron otro lienço, y pareciò que encubrìa la cayda de San Pablo del Cavallo abaxo con todas las circunſtancias que en el retablo de ſu converſion ſuelen pintàrſe. Quando le viò tan al vivo, que dixèran, que Chriſto le hablava, y Pablo reſpondia: Eſte, dixo Don Quixote, fuè el mayor enemigo que tùvo la Igleſia de Dios nueſtro Señor en ſu tiempo, y el mayor defenſor ſuyo, que tendrà jamas, Cavallero andante por la vida, y Santo à pie quedo por la muerte; Trabajador incanſable en la viña del Señor; Doctor de las Gentes, à quien ſirvièron de eſcuelas los Cielos, y de Catedratico, y Maeſtro que le enſeñaſſe, el miſmo Jeſu Chriſto. No avìa mas imagines, y aſſi mandò Don Quixote, que las bolvièſſen à cubrir, y dixo à los que las llevavan: Por buen aguero he tenìdo, hermanos, avèr viſto lo que he viſto, porque eſtos Santos, y Cavalleros profeſsàron lo que yo profeſſo, que es el exercicio de las armas; ſino que la diferencia que ày entre mi, y ellos es, que ellos fuèron Santos, y peleàron à lo Divino, è yo ſoy pecador, y peleo à lo humano: Ellos conquiſtàron el Cielo à fuerça de braços (porque el Cielo padece Fuerça) y yo haſta aora no sè lo que conquiſto à fuerça de mis trabajos:

bajos: Pero ſi mi Dulcinèa del Tobòſo ſalièſſe de los que padece, mejoràndoſe mi ventùra, y adobàndoſeme el juyzio, podrìa ſer que encaminàſſe mis paſſos por mejor camino del que llevo. Dios lo oyga, y el pecado ſea ſordo, dixo Sancho à eſta ocaſion. Admiràronſe los hombres aſſi de la figura, como de las razones de Don Quixote, ſin entendèr la mitàd de lo que en ellas dezir queria. Acabàron de comèr, cargàron con ſus imagines, y deſpidièndoſe de Don Quixote, ſiguièron ſu viage. Quedò Sancho de nuevo como ſi jamas huvièra conocido à ſu Señor, admiràdo de lo que ſabia, parecièndole, que no devia de avèr hiſtòria en el mundo, ni ſuceſſo, que no lo tuvièſſe cifràdo en la uña, y clavado en la memoria; y dìxole: En verdàd, Señor Nueſtramo, que ſi eſto que nos ha ſucedido oy, ſe puede llamàr aventùra, ella ha ſido de las mas ſuaves, y dulces, que en todo el diſcurſo de nueſtra peregrinacion nos ha ſucedido; della avèmos ſalido ſin palos, ni ſobreſalto alguno; Ni hèmos echàdo mano à las eſpadas; ni hèmos batido la tierra con los cuerpos; ni quedàmos hambrientos (Bendito ſea Dios que tal me ha dexado vèr con mis propios ojos.) Tu dizes bien, Sancho, dixo Don Quixote; pero has de advertìr, que no todos los tiempos ſon unos, ni corren de una miſma ſuerte; y eſto que el vulgo ſuele llamàr comunmènte aguèros, que no ſe fundan ſobre natural razon alguna, del que es diſcreto han de ſer tenidos, y juzgados por buenos acontecimièntos. Levàntaſe uno deſtos agorèros por la mañana, ſale de caſa, encuèntraſe con un frayle de la orden del bienaventuràdo San Franciſco, y como ſi huvièra encontràdo con un Grifo, buelve las

las eſpaldas, y buèlveſe à ſu caſa. Derràmaſele al otro Mendoza la Sal encima de la meſa, y derràmaſele à el la melancolìa por el coraçon; como ſi eſtuvièſſe obligada la naturaleza à dar ſeñales de las venidèras deſgracias con coſas de tan poco momento como las referìdas. El diſcreto y Chriſtiano no hà de andàr en puntillos con lo que quière hazèr el Cielo. Llega Cipion à Africa, tropièça en ſaltàndo en tierra tenièndolo por mal aguèro ſus ſoldados; pero el abraçàndoſe con el ſuelo, dixo: No te me podràs huyr Africa, porque te tengo aſſida, y entre mis braços: Aſſi que, Sancho, el avèr encontràdo con eſtas imagines, ha ſido para mi feliciſſimo acontecimièntо. Yo aſſi lo creo, reſpondiò Sancho; y querria que vueſſa mercèd me dixèſſe, que es la cauſa porque dizen los Eſpañoles, quando quieren dàr alguna batalla, invocàndo aquel San Diego mata Moros: Santiago, y cierra Eſpaña? Eſta por ventùra Eſpaña abièrta, y de modo, que es meneſtèr cerràrla? O que ceremonia es eſta? Simpliciſſimo eres, Sancho, reſpondiò Don Quixote; y mira que eſte gran Cavallero de la Cruz vermeja hàſelo dado Dios à Eſpaña por Patron y amparo ſuyo, eſpecialmènte en los riguròſos trances que con los Moros los Eſpañoles han tenido; y aſſi le invòcan y llaman como à defenſor ſuyo en todas las batallas que acomèten: Y muchas vezes le han viſto viſiblemènte en ellas derribàndo, atropellando, deſtruyèndo, y matàndo los Agarenos eſquadrones, y deſta verdad te pudièra traèr muchos exemplos, que en las verdaderas hiſtòrias Eſpañolas ſe cuentan.

Mudò Sancho platica, y dixo à ſu amo: Maravillàdo eſtòy, Señor, de la deſemboltura de Altiſidora la donzella de

la Duquèſſa: Bravamènte la deve de tenèr herida, y traſpaſsàda aquel que llaman amor, que dizen, que es un rapaz cegueçuelo, que con eſtàr lagañoſo, ô por mejor dezir, ſin viſta, ſi toma por blanco un coraçon, por pequeño que ſea, le acièrta, y traſpàſſa de parte à parte con ſus flechas. He oydo dezir tambien, que en la verguença, y recàto de las donzellas ſe deſpuntan, y embotan las amoròſas Saëtas; pero en eſta Altiſidora mas parece que ſe aguzan, que deſpuntan. Advièrte, Sancho, dixo Don Quixote, que el Amor ni mira reſpetos, ni guarda terminos de razon en ſus diſcurſos, y tiene la miſma condicion que la muerte, que aſſi acomète los altos alcàçares de los Reyes, como las humildes choças de los paſtores; y quando toma entèra poſſeſſion de una alma, lo primero que haze es, quitàrle el temor y la verguença; y aſſi ſin ella declarò Altiſidora ſus deſsèos, que engendràron en mì pecho antes confuſion, que làſtima. Crueldàd notoria! dixo Sancho, deſagradecimièntо inaudìto! Yo de mi sè dezir, que me rindièra, y avaſſallàra à la mas minima razon amoròſa ſuya. Hideputa, y que coraçon de marmol! Que entrañas de bronze! Y que alma de argamaſſa! Pero no puedo pensàr, que es lo que viò eſta donzella en vueſſa mercèd, que aſſi la rindièſſe, y avaſſallàſſe? Que gala? Que brio? Que donayre? Que roſtro? Que cada coſa deſtas de por ſi, ô todas juntas la enamoràron? Que en verdàd en verdàd, que muchas vezes me paro à miràr à vueſſa mercèd deſde la punta del pie haſta el ultimo cabello de la cabeça, y que veo mas coſas para eſpantàr, que para enamoràr. Y avièndo yo tambien oỳdo dezir, que la hermosùra es la primera, y principal

cipal parte que enamòra, no tenièndo vueſſa mercèd nìnguna, no sè yo de que ſe enamorò la pobre. Advièrte Sancho, reſpondiò Don Quixote, que ày dos maneras de hermosùra, una del alma, y otra del cuerpo: La del alma campèa, y ſe mueſtra en el entendimiènto, en la honeſtidàd en el buen procedèr, en la liberalidàd, y en la buena criança; y todas eſtas partes caben, y pueden eſtàr en un hombre feo; y quando ſe pone la mira en eſta hermosùra, y no en la del cuerpo, ſuèlen hazer al amor con impetu, y con ventàjas. Yo, Sancho, bien veo, que no sòy hermòſo, pero tambien conòzco, que no sòy disforme; y bàſtale à un hombre de bien no sèr monſtruo, para sèr bien querido, como tenga los dotes del alma, que te he dicho.

En eſtas razones, y platicas ſe ivan entràndo por una ſelva, que fuera del camino eſtàva, y à deſhora, ſin pensàr en ello, ſe hallò Don Quixote enredàdo entre unas redes de hilo verde, que deſde unos arboles à otros eſtàvan tendidas; y ſin podèr imaginàr, que pudièſſe sèr aquello, dixo à Sancho! Parèceme, Sancho, que eſto deſtas redes deve de sèr una de las mas nuevas aventùras, que pueda imaginàrſe: Que me maten, ſi los encantadores, que me perſiguen, no quièren enredàrme en ellas, y detenèr mi camino, como en vengança de la riguroſidàd que con Altiſidora he tenido: Pues màndoles yo, que aunque eſtas redes, ſi como ſon hechas de hilo verde, fuèran de duriſſimos Diamantes, ô mas fuertes que aquella con que el zeloſo Dios de los Herreros enredò à Venus, y à Marte, aſſi las rompièra, como ſi fuèran de juncos marinos, ô de hilachas de algodon: Y querièndo paſsàr adelante, y rom-

pèrlo todo, al improviſo ſe le ofrecièron delante, ſalièndo de entre unos arboles, dos hermosìſſimas paſtoras, alomènos veſtidas como paſtoras, ſino que los pellicos, y ſayas eran de fino brocado: Digo, que las ſayas eran riquiſſimos faldellines de tabì de oro: Traìan los cabellos ſuèltos por las eſpaldas, que en rubios podìan competìr con los rayos del miſmo Sol, los quales ſe coronàvan con dos guirnaldas de verde laurel, y de roxo amaranto texidas. La edàd al parecèr ni baxàva de los quinze, ni paſsàva de los diez y ocho: Viſta fuè eſta, que admirò à Sancho, ſuſpendiò à Don Quixote, hizo paràr al Sol en ſu carrera para vèrlas, y tùvo en maravillòſo ſilencio à todos quatro. En fin quien primero hablò fuè una de las dos zagalas, que dixo à Don Quixote: Detenèd, Señor Cavallero, el paſſo, y no rompàys las redes, que no para daño vueſtro, ſino para nueſtro paſſatiempo aì eſtàn tendidas; y porque sè que nos avèys de preguntàr, para que ſe han pueſto, y quien ſomos, os lo quièro dezìr en breves palabras. En una aldea, que eſta haſta dos leguas de aqui, donde ay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes ſe concertò, que con ſus hijos, mugeres, y hijas, vezinos, amigos, y parientes, nos vinièſſemos à holgàr à eſte ſitio, que es uno de los mas agradables de todos eſtos contornos, formàndo entre todos una nueva, y paſtoril Arcadia, Viſtièndonos las donzellas de zagalas, y los mancebos de paſtores. Traèmos eſtudiadas dos Eglogas, una del famoſo Poëta Garcilaſo, y otra del excelentiſſimo Camoës en ſu miſma Lengua Portugueſa, las quales haſta aora no hèmos repreſentàdo. Ayer fuè el primer

mer dia que aqui llegàmos: Tenèmos entre eſtos ramos plantadas algunas tiendas, que dizen, ſe llaman de campaña, en el margen de un abundòſo arroyo, que todos eſtos prados fertiliza, tendimos la noche paſſada eſtas redes de eſtos arboles, para engañàr los ſimples paxarillos, que oxeàdos con nueſtro ruydo, vinièren à dàr en ellàs. Si guſtàys, Señor, de ſer nueſtro huèſped, ſerèys agaſajàdo liberàl, y corteſmènte; porque por agora en eſte ſitio no ha de entràr la peſadumbre, ni la melancolia. Callò, y no dixo mas. A lo que reſpondiò Don Quixote: Por cierto, hermoſiſſima Señora, que no deviò de quedàr mas ſuſpenſo, ni admiràdo Anteon, quando viò al improviſo bañàrſe en las aguas à Diana, como yo he quedado atònito en vèr vueſtra belleza: Alàbo el aſſumpto de vueſtros entretenimientos, y el de vueſtros ofrecimièntos agradezco, y ſi os puedo ſervir, con ſeguridàd de ſer obedecidas, me lo podèys mandàr; porque no es otra mi profeſſion, ſino de moſtràrme agradecido, y bienhechor con todo genero de gente, en eſpecial con la principal que vueſtras perſonas repreſenta: Y ſi como eſtas redes, que deven de ocupàr algun pequeño eſpacio, ocupàran toda la redondez de la tierra, buſcàra yo nuevos mundos, por do paſsàr ſin rompèrlas: Y porque deys algun credito à eſta mi exageracion, vèd que os lo promete, por lo menos, Don Quixote de la Mancha, ſi es que ha llegàdo à vueſtros oydos eſte nombre. Ay amiga de mi alma, dixo entonces la otra zagala! y que ventura tan grande nos ha ſucedìdo? Ves eſte Señor que tenèmos delante? Pues hàgote ſaber, que es el mas valiente, y el mas enamoràdo, y el mas comedido, que tiene el mundo, ſino

es

es que nos miente, y nos engaña una hiſtòria, que de ſus hazañas anda impreſſa, y yo he leydo. Yo apoſtarè, que eſte buen hombre que viene conſigo, es un tal Sancho Pança ſu eſcudèro, à cuyas gracias no ay ningunas que ſe le igualen. Aſſi es la verdàd, dixo Sancho, que yo ſoy eſſe graciòſo, y eſſe eſcudèro, que vueſſa mercèd dize, y eſte Señor es mi amo, el miſmo Don Quixote de la Mancha hiſtoriàdo, y referìdo. Ay, dixo la otra! Supliquèmoſle, amiga, que ſe quede; que nueſtros padres, y nueſtros hermanos guſtaràn infinito dello; que tambien he oydo yo dezir de ſu valor, y de ſus gracias lo mismo que tu me has dicho: Y ſobre todo dizen dèl, que es el mas firme, y mas leal enamoràdo que ſe ſabe; y que ſu Dama es una tal Dulcinèa del Tobòſo, à quien en toda Eſpaña la dan la palma de la hermosùra. Con razon ſe la dan, dixo Don Quixote, ſi ỳa no lo pone en duda vueſtra ſin igual belleza: No os cansèys, Señoras, en detenèrme, porque las preciſas obligaciones de mi profeſſion no me dexan reposàr en ningun cabo. Llegò en eſto adonde los quatro eſtàvan un hermano de una de las dos paſtoras, veſtido aſſimiſmo de paſtor con la riqueza, y galas, que à las de las zagalas correſpondia. Contàronle ellas, que el que con ellas eſtàva, era el valeròſo Don Quixote de la Mancha, y el otro ſu eſcudero Sancho, de quien tenìa el yà noticia por avèr leỳdo ſu hiſtòria. Ofreciòſele el gallardo paſtor, y pidiòle, que ſe vinièſſe con el à ſus tiendas: Hùvolo de concedèr Don Quixote, y aſſi lo hizo. Llegò en eſto el oxèo, llenàronſe las redes de pàxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caìan en el peligro de que

ivan

Inᵒ Vanderbank invᵗ et delin: Gerᵈ Vanderlucht sculp:

Vol: 4 · P: 230

55

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

ivan huyèndo. Juntàronſe en aquel ſitio mas de treynta perſonas, todas bizarramènte de paſtores, y paſtoras veſtidas, y en un inſtante quedàron enteradas de quienes eran Don Quixote, y ſu eſcudèro, de que no poco contento recibièron; porque yà tenìan dèl noticia por ſu hiſtòria. Acudièron à las tiendas; hallàron las meſas pueſtas, ricas, abundantes, y limpias; honràron à Don Quixote dandole el primer lugar en ellas: Miràvanle todos, y admiràvanſe de vèrle. Finalmènte, alçàdos los manteles, con gran repoſo alçò Don Quixote la voz, y dixo.

ENTRE los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dizen, que es la ſobervia, yo digo, que es el deſagradecimièntо, atenièndome à lo que ſuele dezìrſe, que de los deſagradecidos eſtà lleno el infierno. Eſte pecado, en quanto me ha ſido poſſible, he procuràdo yo huìr deſde el inſtante que tùve ùso de razon; y ſino puedo pagàr las buenas obras que me hazen con otras obras, pongo en ſu lugar los deſsèos de hazèrlas; y quando eſtos no baſtan, las publico; porque quien dize, y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensàra con otras ſi pudièra, porque por la mayor parte los que reciben, ſon inferiòres à los que dan; y aſſi es Dios ſobre todos, porque es dador ſobre todos, y no pueden correſpondèr las dadivas del hombre à las de Dios con igualdàd por infinita diſtancia; y eſta eſtrecheza, y cortedàd en cierto modo la ſuple el agradecimièntо. Yo, pues, agradecido à la mercèd que aquì ſe me ha hecho, no pudièndo correſpondèr à la miſma medida, contenièndome en los eſtrechos lìmites de mi poderìo, ofrèzco lo que puedo, y lo que tengo de

mi

mi coſecha ; y aſſi digo, que ſuſtentarè dos dias naturales en mitàd deſte camino real, que và à Zaragoça, que eſtas Señoras zagalas contrahèchas, que aquì eſtàn, ſon las mas hermòſas donzellas, y mas corteſes, que ày en el mundo ; exceptàndo ſolo à la fin par Dulcinèa del Tobòſo, unica Señora de mis penſamièntos (con paz ſea dicho de quantos, y quantas me eſcùchan.) Oyèndo lo qual Sancho, que con grande atencion le avìa eſtàdo eſcuchàndo, dando una gran voz, dixo: Es poſſible que aya en el mundo perſonas, que ſe atrèvan à dezir, y à juràr, que eſte mi Señor es loco? Digan vueſſas mercèdes, Señores paſtores, ày cura de aldea, por diſcreto, y por eſtudiante que ſea, que pueda dezir lo que mi amo ha dicho? Ni ày Cavallero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecèr lo que mi amo aqui hà ofrecido? Bolviòſe Don Quixote à Sancho, y encendido el roſtro, y colèrico, le dixo: Es poſſible, ô Sancho, que aya en todo el orbe alguna perſona que diga, que no eres tonto, aforrado de lo miſmo, con no sè que ribetes de maliciòſo, y de vellaco? Quien te mete à ti en mis coſas, y en averiguàr, ſi sòy diſcreto, ô majadero? Calla, y no me repliques, ſino enfilla, ſi eſtà deſenſillado rozinante, y vàmos à ponèr en efecto mi ofrecimièntо; que con la razon que và de mi parte puedes dar por vencidos à todos quantos quiſièren contradezìrla. Y con gran furia, y mueſtras de enojo ſe levantò de la ſilla, dexando admiràdos à los circunſtantes, hazièndoles dudar, ſi le podìan tenèr por loco, ô por cuerdo. Finalmènte avièndole perſuadìdo, que no ſe puſièſſe en tal demanda, que ellos davan por bien conocida ſu agradecida

decida voluntàd, y que no eran meneſtèr nuevas demoſtraciònes para conocèr ſu animo valeròſo, pues baſtàvan las que en la hiſtòria de ſus hechos ſe referian: Con todo eſto ſaliò Don Quixote con ſu intencion, y pueſto ſobre rozinante, embraçàndo ſu eſcùdo, y tomàndo ſu lança, ſe pùſo en la mitàd de un real camino, que no lexos del verde prado eſtàva. Siguiòle Sancho ſobre ſu ruzio con toda la gente del paſtoral rebaño, deſsèoſos de vèr en que paràva ſu arrogante, y nunca viſto ofrecimiènto.

PUESTO, pues, Don Quixote en mitàd del camino, (como os he dicho,) hiriò el ayre con ſemejantes palabras: O, voſotros paſſageros, y viandantes, Cavalleros, Eſcudèros, gente de à pie, y de à cavallo, que por eſte camino paſſays, ô avèys de paſsàr en eſtos dos dias ſiguièntes, ſabèd, que Don Quixote de la Mancha Cavallero andante, eſtà aquì pueſto para defendèr, que à todas las hermoſuras, y corteſias del mundo exceden las que ſe encierran en las Ninfas habitadoras deſtos prados, y boſques, dexàndo à un lado à la Señora de mi alma Dulcinèa del Tobòſo: Por eſſo el que fuere de parecèr contrario, acùda, que aquì le eſpèro. Dos vezes repitiò eſtas miſmas razones, y dos vezes no fuèron oydas de ningun aventurèro; pero la ſuerte, que ſus coſas iva encaminàndo de mejor en mejor, ordenò que de allì à poco ſe deſcubrièſſe por el camino muchedumbre de hombres de à cavallo, y muchos dellos con lanças en las manos, caminàndo todos apiñados de tropel, y à gran prièſſa. No los huvièron bien viſto los que con Don Quixote eſtàvan, quàndo bolvièndo las eſpaldas, ſe apartàron bien lexos del camino, porque conocièron, que ſi eſperavàn, les podia

ſucedèr algun peligro: Solo Don Quixote con intrèpido coraçon ſe eſtùvo quedo,y Sancho Pança ſe eſcudò con las ancas de rozinante. Llegò el tropel de los lancèros, y uno dellos, que venia mas delante, à grandes vozes començò à dezir à Don Quixote: Apàrtate, hombre del diablo, del camino; que te haràn pedaços eſtos toros. Ea, Canalla, reſpondiò Don Quixote, para mi no ay toros que valgan, aunque ſean de los mas bravos, que cria Xaràma en ſus riberas: Confeſsàd, malandrines (aſſi à carga cerrada) que es verdàd lo que yo aquì hè publicàdo, ſino conmigo ſoys en batalla. No tùvo lugar de reſpondèr el vaquero, ni Don Quixote le tùvo de deſviàrſe, aunque quiſièra; y aſſi el tropel de los toros bravos, y el de los manſos cabeſtros, con la multitud de los vaqueros, y otras gentes, que à encerràr los llevavan à un lugar donde otro dia avìan de corrèrſe, paſsàron ſobre Don Quixote, y ſobre Sancho, rozinante, y el ruzio, dando con todos ellos en tierra, echandole à rodàr por el ſuelo. Quedò molido Sancho, eſpantàdo Don Quixote, aporreàdo el ruzio, y no muy Catolico rozinante; pero en fin ſe levantàron todos, y Don Quixote à gran prièſſa, tropeçàndo aquì, y cayèndo alli, començò à corrèr tras la vacada, dizièndo à grandes vozes: Detenèos, y eſperàd, canalla malandrina, que un ſolo Cavallero os eſpera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dizen: Que al enemigo que huye, hazèrle la puente de plata. Pero no por eſſo ſe detuvièron los apreſuràdos corredores, ni hizièron mas caſo de ſus amenaças, que de las nubes de Antaño. Detùvole el canſancio à Don Quixote, y mas enojàdo, que vengàdo, ſe ſentò en el

el camino, eſperàndo à que Sancho, rozinante, y el ruzio llegàſſen. Llegàron, bolvièron à ſubir amo, y moço, y ſin bolvèr à deſpedirſe de la Arcadia fingida, ô contrahecha, y con mas verguença que guſto, ſiguièron ſu camino.

CAPITULO LIX.

Donde ſe cuenta del extraordinario ſuceſſo, que ſe puede tenèr por aventùra, que le ſucediò à Don Quixote.

AL polvo, y al canſancio, que Don Quixote, y Sancho ſacàron del deſcomedimièntо de los toros, ſocorriò una fuente clara, y limpia, que entre una freſca arboleda hallàron, en el margen de la qual, dexando libres ſin xàquima, y freno al ruzio, y à rozinante, los dos aſſendereàdos amo y moço ſe ſentàron. Acudiò Sancho à la repoſteria de ſus alforjas, y dellas ſacò, de lo que el ſolia llamàr condùmio. Enxuagòſe la boca, lavòſe Don Quixote el roſtro, con cuyo refrigerio cobràron alièntо los eſpiritus deſalentàdos. No comia Don Quixote de puro peſaròſo, ni Sancho no osàva tocàr à los manjares que delante tenìa de puro comedido, y eſperàva à que ſu Señor hizièſſe la ſalva: Pero vièndo, que llevàdo de ſus imaginaciones no ſe acordava de llevàr el pan à la boca, no abriò la ſuya; y atropellàndo por todo genero de criança, començò à embaulàr en el eſtòmago el pan, y queſo que ſe le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote; ſuſtenta la vida que mas que à mi te importa, y dèxame morir à mi à manos de mis penſamièntos, y à fuerças de mis deſgracias. Yo, Sancho, nacì para vivir murièndo, y tu para morir comièndo; y

porque veas que te digo verdàd en eſto, conſidèrame impreſſo en hiſtòrias, famòſo en las armas, comedido en mis acciones, reſpetàdo de Principes, ſolicitàdo de donzellas; y al cabo al cabo, quando eſperàva palmas, triunfos, y coronas grangeàdas, y merecìdas por mis valeròſas hazañas, me he viſto eſta mañana pisàdo y acozeàdo, y molido de los pies de animales inmundos, y ſoezes. Eſta conſideraciòn me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomèce las manos, y me quita de todo en todo la gana del comèr, de manera, que pienſo dexàrme morir de hambre (muerte la mas cruel de las muertes.) Deſſa manera, dixo Sancho (ſin dexàr de maſcàr à prièſſa) no aprovarà vueſſa mercèd aquel Refran que dize: *Muera Marta, y muera harta:* Yo alomènos no pienſo matàrme à mi miſmo, antes pienſo hazèr como el zapatero, que tira el cuero con los dientes, haſta que le haze llegàr donde el quière: Yo tirarè mi vida comièndo haſta que llegue al fin, que le tiene determinàdo el Cielo; y ſepa, Señor, que no ay mayor locura que la que tocà en querèr deſeſperàrſe como vueſſa mercèd; y crèame, y deſpues de avèr comido, echeſe à dormir un poco ſobre los colchones verdes deſtas yervas, y verà como quando deſpierte, ſe halla algo mas aliviàdo. Hìzolo aſſi Don Quixote, parecièndole, que las razones de Sancho mas eran de Filoſofo, que de mentecàto; y dìxole: Si tu, ô Sancho quiſièſſes hazèr por mi lo que yo aora te dirè, ſerìan mis alivios mas ciertos, y mis peſadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedecièndo tus conſejos, tu te deſviàſſes un poco lexos de aquì, y con las riendas de rozinante, echàndo al ayre tus carnes, te dièſſes trecientos, ô quatro-

quatrocientos açotes à buena cuenta de los tres mil, y tantos, que te has de dar por el deſencanto de Dulcinèa, que es làſtima no pequeña, que aquella pobre Señora eſtè encantàda por tu deſcuydo, y negligencia. Ay mucho que dezir en eſſo, dixo Sancho: Durmàmos por aora entrambos, y deſpues Dios dixo lo que ſerà. Sepa vueſſa mercèd, que eſto de açotàrſe un hombre à ſangre fria es coſa rezia, y mas ſi caen los açotes ſobre un cuerpo mal ſuſtentàdo, y peor comido. Tenga paciencia mi Señora Dulcinèa, que quando menos ſe cate, me verà hecho una criba de açotes; y haſta la muerte todo es vida; quiero dezir, que aun yo la tengo, junto con el deſsèo de cumplir lo que he prometido. Agradecièndoſelo Don Quixote, comiò algo, y Sancho mucho, y echàronſe à dormir entrambos, dexando à ſu alvedrio, y ſin orden alguna pacer de la abundòſa yerva, de que aquel prado eſtàva lleno, à los dos continuos compañeros, y amigos rozinante, y el ruzio. Deſpertàron algo tarde, bolvièron à ſubir, y à ſeguir ſu camino, dandoſe prièſſa para llegàr à una venta, que al parecèr una legua de alli ſe deſcubria: Digo, que era venta, porque Don Quixote la llamò aſſi, fuera del uſo que tenìa de llamàr à todas las ventas caſtillos. Llegaron pues à ella, y preguntàron al hueſped, ſi avìa poſada? Fueles reſpondido, que Si, con toda la comodidad, y regalo que pudièra hallàr en Zaragoça. Apeàronſe, y recogiò Sancho ſu repoſteria en un apoſento, de quien el hueſped le diò la llave. Llevò las beſtias à la cavalleriza; echòles ſus pienſos; ſaliò à vèr lo que Don Quixote (que eſtàva ſentado ſobre un poyo) le mandava, dando particulares gracias al Cielo, de

que

que à ſu amo no le huvièſſe parecido caſtillo aquella venta. Llegòſe la hora del cenàr ; recogièronſe à ſu eſtancia ; preguntò Sancho al hueſped, que que tenìa para darles de cenàr ? A lo que el hueſped reſpondiò, que ſu boca ſerìa medida ; y aſſi que pidièſſe lo que quiſièſſe, que de las paxaricas del ayre, de las aves de la tierra, y de los peſcados del mar eſtàva proveyda aquella venta. No es meneſtèr tanto, reſpondiò Sancho, que con un par de pollos, que nos aſſen, tendrèmos lo ſuficiente, porque mi Señor es delicàdo, y come poco, y yo no ſoy traganton en demasìa. Reſpondiòle el hueſped, que no tenìa pollos, porque los milanos los tenìan aſſolados. Pues mande el Señor hueſped, dixo Sancho, aſsàr una polla que ſea tierna. Polla, mi padre, reſpondiò el hueſped, en verdàd en verdàd, que embiè ayer à la ciudàd à vendèr mas de cinquenta ; pero fuera de pollas, pida vueſſa mercèd lo que quiſière. Deſſa manera, dixo Sancho, no faltarà ternera, ô cabrito. En caſa por aora, reſpondiò el hueſped, no lo ay, porque ſe ha acabado, pero la ſemana que viene lo avrà de ſobra. Medrados eſtàmos con eſſo, reſpondiò Sancho ; yo apoſtarè, que ſe vienen à reſumir todas eſtas faltas en las ſobras que deve de avèr de tozino, y huèvos. Por Dios, reſpondiò el huèſped, que es gentil relente el què mi hueſped tiene ; pues hèle dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quière que tenga huèvos ? Diſcurra ſi quiſière por otras delicadeças, y dexeſe de pedir gallinas. Reſolvàmonos, cuerpo de mi, dixo Sancho ; y dìgame finalmènte lo que tiene, y dèxeſe de diſcurrimièntos, Señor huèſped. Dixo entonces el ventero : Lo que real, y verdaderamènte tengo,

tengo, ſon dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ô dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca: Eſtàn cozidas con ſus garvanços, cebollas, y tocino, y à la hora de aora eſtàn dizièndo, comème, comème. Por mias las marco deſde aquì, dixo Sancho; y nadie las toque, que yo las pagarè mejor que otro, porque para mi ninguna otra coſa pudièra eſperàr de mas guſto, y no ſe me daria nada que fuèſſen manos, como no fuèſſen uñas. Nadie las tocarà, dixo el ventero, porque otros hueſpedes que tengo, de puro principales, traen conſigo cozinero, deſpenſero, y repoſteria. Si por principales và, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que el trae, no permite deſpenſas, ni botillerias. Aỳ nos tendèmos en mitàd de un prado, y nos hartàmos de bellotas, ò de niſperos. Eſta fuè la platica, que Sancho tùvo con el ventero, ſin querèr Sancho paſsàr adelante en reſpondèrle, que ya le avìa preguntado que oficio, ô que exercicio era el de ſu amo.

Llegòse, pues, la hora del cenàr; recogiòſe à ſu eſtancia Don Quixote; trùxo el hueſped la olla aſſi como eſtàva, y ſentòſe à cenàr muy de propoſito. Parece ſer que en otro apoſento, que junto al de Don Quixote eſtàva (que no le dividìa mas que un ſutìl tabìque) oyò dezir Don Quixote: Por vida de vueſſa mercèd, Señor Don Geronimo, que en tanto que tràen la cena, leàmos otro capitulo de la ſegunda parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyò ſu nombre Don Quixote, quando ſe pùſo en pie, y con oydo alerto eſcuchò lo que dèl tratàvan, y oyò, que el tal Don Geronimo referido reſpondiò: Para que quière vueſſa mercèd, Señor Don Juan que leàmos eſtos diſparàtes,

diſparàtes, pues el que huvière leydo la primera parte de la hiſtòria de Don Quixote de la Mancha, no es poſſible que pueda tener guſto en leèr eſta ſegunda. Con todo eſſo, dixo el Don Juan, ſerà bien leèrla, pues no ay libro tan malo, que no tenga alguna coſa buena. Lo que à mi en eſte mas me diſplaze es, que pinta à Don Quixote yà deſenamoràdo de Dulcinèa del Tobòſo. Oyèndo lo qual Don Quixote, lleno de ira, y de deſpecho alçò la voz, y dixo: Quienquiera que dixère, que Don Quixote de la Mancha hà olvidàdo, ni puede olvidàr à Dulcinèa del Tobòſo, yo le harè entendèr con armas iguales, que và muy lexos de la verdàd, porque la ſin par Dulcinèa del Tobòſo, ni puede sèr olvidàda, ni en Don Quixote puede cabèr olvido. Su blaſon es la firmèza, y ſu profeſſion el guardàrla con ſuavidàd, y ſin hazèrſe fuerça alguna. Quien es el que nos reſponde, reſpondièron del otro apoſento? Quien ha de sèr, reſpondiò Sancho, ſino el miſmo Don Quixote de la Mancha, que harà bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixère; que *al buen pagador no le duelen prendas.* Apenas hùvo dicho eſto Sancho, quando entràron por la puerta de ſu apoſento dos Cavalleros, que tales lo parecìan, y uno dellos, echando los braços al cuello de Don Quixote, le dixo: Ni vueſtra preſencia puede deſmentìr vueſtro nombre, ni vueſtro nombre puede dexàr de acreditàr vueſtra preſencia. Sin duda vos, Señor, sòys el verdadèro Don Quixote de la Mancha, norte, y luzèro de la andante Cavalleria, à deſpecho, y pesàr del que ha querido uſurpàr vueſtro nombre, y aniquilar vueſtras hazañas, como lo ha hecho el autor deſte libro, que aquì os entrègo; y ponièndole un libro en las

las manos, que traìa ſu compañèro, le tomò Don Quixote, y ſin reſpondèr palabra, començò à hojeàrle, y de alli à un poco ſe le bolviò, dizièndo: En eſte poco que he viſto, he hallàdo tres coſas en eſte autor dignas de reprehenſion. La primera es, algunas palabras, que he leydo en el Prologo: La otra, que el lenguage es Aragones; porque tal vez eſcrive ſin articulos: Y la tercera, que mas le confirma por ignorante es, que yerra, y ſe deſvìa de la verdàd en lo mas principal de la hiſtòria; porque aquì dize, que la muger de Sancho Pança mi eſcudero ſe llama Mari Gutierrez, y no ſe llama tal, ſino Tereſa Pança; y quien en eſta parte tan principal yerra, bien ſe podrà temèr, que yerra en todas las demàs de la hiſtòria. A eſto dixo Sancho: donoſa coſa de hiſtoriador por cierto! bien deve de eſtàr en el cuento de nueſtros ſuceſſos, pues llama à Tereſa Pança mi muger, Mari Gutierrez. Torne à tomàr el libro, Señor, y mire, ſi ando yo por aì, y ſi me ha mudado el nombre? Por lo que te he oydo hablàr, amigo, dixo Don Geronimo, ſin duda devèys de sèr Sancho Pança, el eſcudèro del Señor Don Quixote? Si sòy, reſpondiò Sancho, y me precio dello. Pues à fè, dixo el Cavallero, que no os trata eſte autor moderno con la limpièza, que en vueſtra perſona ſe mueſtra: Pìntaos comedor, y ſimple, y no nada graciòſo, y muy otro del Sancho, que en la primera parte de la hiſtòria de vueſtro amo ſe deſcrive. Dios ſe lo perdone, dixo Sancho; dexàrame en mi rincon ſin acordàrſe de mi; porque *quien las ſabe, las tañe*; y bien ſe eſtà San Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidièron à Don Quixote ſe paſsàſſe à ſu eſtancia à cenàr con ellos, que bien ſabìan,

que en aquella venta no avìa coſas pertenecientes para ſu perſona. Don Quixote, que ſiempre fuè comedido, condeſcendiò con ſu demanda, y cenò con ellos. Quedòſe Sancho con la olla con mero mixto imperio; ſentòſe en cabecèra de meſa, y con el, el ventero, que no menos que Sancho, eſtàva de ſus manos, y de ſus uñas aficionàdo.

En el diſcurſo de la cena preguntò Don Juan à Don Quixote, que nuevas tenìa de la Señora Dulcinèa del Toboſo? Si ſe avìa casàdo? Si eſtàva parida, ô preñada? O ſi eſtàndo en ſu entereza, ſe acordàva (guardando ſu honeſtidàd, y buen decoro) de los amoròſos penſamientos del Señor Don Quixote? A lo que nueſtro Cavallero reſpondiò, Dulcinèa ſe eſtà entera, y mis penſamièntos mas firmes que nunca; las correſpondencias en ſu ſequedàd antigua; ſu hermosùra en la de una ſoez labradora transformàda: Y luego les fuè contàndo punto por punto el encanto de la Señora Dulcinèa, y lo que le avìa ſucedido en la cueva de Monteſinos, con la orden que el ſabio Merlin le avìa dado para deſencantàrla, que fuè la de los açotes de Sancho. Sumo fuè el contento, que los dos Cavalleros recibièron de oyr contàr à Don Quixote los eſtraños ſuceſſos de ſu hiſtòria, y aſſi quedàron admiràdos de ſus diſparates, como del elegante modo con que los contàva. Aquì le tenìan por diſcreto, y alli ſe les deſlizava por mentecato, ſin ſaber determinàrſe, que grado le darìan entre la diſcrecion, y la locura.

Acabò de cenàr Sancho, y dexàndo hecho *equis* al ventero, ſe paſsò à la eſtancia de ſu amo; y en entràndo, dixo: Que me maten, Señores, ſi el autor deſte libro que vueſſas mer-

mercèdes tienen, quière que no comàmos buenas migas juntos: Yo querria, que yà que me llama comilon, como vueſſas mercèdes dizen, no me llamàſſe tambien borracho. Si llama, dixo Don Geronimo, pero no me acuerdo en que manera, aunque sè, que ſon mal ſonantes las razones, y ademas mentiròſas, ſegun yo echo de vèr en la fiſonomia del buen Sancho, que eſtà preſente. Crèanme vueſſas mercèdes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote deſſa hiſtòria deven de ſer otros, que los que andan en aquella que compuſo Cide Hamete Benengeli, que ſomos noſotros: Mi amo, valiènte, diſcrèto, y enamoràdo; y yo ſimple, y graciòſo, y no comedor, ni borracho. Yo aſſi lo crèo, dixo Don Juan; y ſi fuèra poſſible, ſe avìa de mandàr, que ninguno fuera osàdo à tratàr de las coſas del gran Don Quixote, ſino fuèſſe Cide Hamete, ſu primer autor: Bien aſſi como mandò Alexandro, que ninguno fuèſſe osàdo à retratàrle ſino Apeles. Retràteme el que quiſière, dixo Don Quixote, pero no me maltràte, que muchas vezes ſuele caèrſe la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, ſe le puede hazèr al Señor Don Quixote, de quien el no ſe pueda vengàr, ſino la repàra en el eſcùdo de ſu paciencia, que à mi parecèr es fuerte, y grande. En eſtas, y otras platicas ſe paſſò gran parte de la noche; y aunque Don Juan quiſièra, que Don Quixote leyèra mas del libro, por ver lo que diſcantava, no lo pudièron acabàr con el, dizièndo, que el lo dava por leydo, y lo confirmava todo por necio; y que no queria (ſi acaſo legàſſe à noticia de ſu autor, que le avìa tenido en ſus manos) ſe alegràſſe con pensàr, que le avìa leydo, pues de las coſas

obſcenas, y torpes, los penſamièntos ſe han de apartàr, quanto mas los ojos. Preguntàronle, que adonde llevava determinàdo ſu viage? Reſpondiò, que à Zaragoça à hallàrſe en las juſtas del Arnès, que en aquella ciudad ſuelen hazèrſe todos los años. Dìxole Don Juan, que aquella nueva hiſtòria contàva, como Don Quixote (ſea quien ſe quiſière) ſe avìa hallàdo en ella en una ſortija, falto de invencion, pobre de letras, pobriſſimo de libreas, aunque rico de ſimplicidàdes. Por el miſmo caſo, reſpondiò Don Quixote, no pondrè los pies en Zaragoza; y aſſi ſacarè à la plaça del mundo la mentira deſſe hiſtoriadòr modèrno, y echaràn de vèr las gentes, como yo no ſoy el Don Quixote que el dize. Harà muy bien, dixo Don Geronimo, y otras juſtas ày en Barcelona, donde podrà el Señor Don Quixote moſtràr ſu valor. Aſſi lo pienſo hazèr, dixo Don Quixote, y vueſſas mercèdes me den licencia (pues yà es hora) para irme al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de ſus mayores amigos, y ſervidores. Y à mi tambien, dixo Sancho, quiçà ſerè bueno para algo. Con eſto ſe deſpidièron, y Don Quixote, y Sancho ſe retiràron à ſu aposènto, dexàndo à Don Juan, y à Don Geronimo admirados de vèr la mezcla, que avìa hecho de ſu diſcrecion, y de ſu locura; y verdaderamènte creyèron, que eſtos eran los verdadèros Don Quixote, y Sancho, y no los que deſcrivia ſu Autor Aragones. Madrugò Don Quixote, y dando Golpes al tabique del otro aposènto, ſe deſpidiò de ſus hueſpedes. Pagò Sancho al ventero magnificamènte; y aconſejòle, que alabàſſe menos la proviſion de ſu venta, ô la tuvièſſe mas proveyda.

CAPI-

CAPITULO LX.

De lo que ſucediò à Don Quixote yèndo à Barcelona.

ERA freſca la mañana, y dava mueſtras de sèrlo aſſimiſmo el dìa en que Don Quixote ſaliò de la venta, informàndoſe primero, qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona ſin tocàr en Zaragoza: Tal era el deſsèo, que tenìa de ſacàr mentiròſo à aquel nuevo hiſtoriadòr, que tanto dezian, que le vituperàva. Sucediò, pues, que en mas de ſeys dias no le ſucediò coſa digna de ponèrſe en eſcritùra: Al cabo de los quales (yèndo fuèra de camino) le tomò la noche entre unas eſpèſſas enzinas, ò alcornoques (que en eſto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras coſas ſuele.) Apeàronſe de ſus beſtias amo, y moço, y acomodàndoſe à los troncos de los arboles, Sancho (que avìa merendado aquel dia) ſe dexò entràr de rondon por las puertas del ſueño; pero Don Quixote, à quien deſvelàvan ſus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podìa pegàr ſus ojos, antes iva, y venia con el penſamièntо por mil generos de lugares: Yà le parecia hallàrſe en la cueva de Monteſinos; yà vèr brincàr y ſubìr ſobre ſu pollina à la convertida en labradora Dulcinèa; yà que le ſonàvan en los oydos las palabras del Sabio Merlin, que le referian las condiciones, y diligencias, que ſe avìan de hazèr, y tenèr en el deſencanto de Dulcinèa. Deſeſperàvaſe de vèr la floxedàd, y poca caridad de Sancho ſu eſcudèro; pues à lo que creỳa, ſolos cinco açotes ſe avìa dado: Numero deſiguàl, y pequeño para los infinitos, que

le

le faltavan; y deſto recibiò tanta peſadùmbre, y enojo, que hizo eſte diſcurſo: Si el ñudo Gordiano cortò el grande Alexandro, dizièndo: tanto monta cortàr, como deſatàr, y no por eſſo dexò de sèr universàl Señor de toda la Aſia: Ni mas, ni menos podrìa ſuceder aora en el deſencanto de Dulcinèa, ſi yo açotàſſe à Sancho à pesàr ſuyo; que ſi la condicion deſte remedio eſtà en que Sancho reciba los tres mil, y tantos açotes; que ſe me dà à mi, que ſe los dè el, ô que ſe los dè otro, pues la ſuſtancia eſtà en que el los reciba, lleguen por do llegàren? Con eſta imaginacion ſe llegò à Sancho, avièndo primero tomado las riendas de Rozinante, y acomodàdolas de modo, que pudièſſe açotàrle con ellas: Començòle à quitàr las cintas (que es opinion que no tenìa mas que la delantera en que ſe ſuſtentavan los greguèſcos) pero apenas hùvo llegàdo, quando Sancho deſpertò en todo ſu acuerdo, y dixo: Que es eſto? Quien me toca, y deſencinta? Yo ſoy, reſpondiò Don Quixote, que vengo à ſuplir tus faltas, y à remediàr mis trabajos: vèngote à açotàr, Sancho, y à deſcargàr en parte la deuda à que te obligàſte. Dulcinèa perece, tu vives en deſcùydo, yo muero deſeàndo; y aſſi deſatàcate por tu voluntàd; que la mia es de darte en eſta ſoledàd, por lo menos dos mil açotes. Eſſo no, dixo Sancho, vueſſa mercèd ſe eſtè quedo, ſino por Dios verdadero, que nos han de oyr los ſordos. Los açotes à que yo me obliguè, han de sèr voluntàrios, y no por fuerça, y agora no tengo gana de açotàrme: Baſta que doy à vueſſa mercèd mi palabra de vapulàrme, y moſqueàrme, quando en voluntàd me vinière. No ày dexàrlo à tu corteſia, Sancho, dixo Don Quixote, porque

Landesbibliothek Oldenburg

Ins. Vanderbank inv.t et delin: Ger.d VanderGucht sculp:

Vol: 4 · P: 247

56

Landesbibliothek Oldenburg

porque eres duro de coraçon, y aunque villano, blando de carnes; y aſſi procuràva, y pugnàva por deſenlaçàrle. Vièndo lo qual Sancho Pança, ſe pùſo en pie, y arremetièndo à ſu amo, ſe abraçò con el à braço partido, y echàndole una zancadilla, diò con el en el ſuelo boca arriba; pùſole la rodilla derecha ſobre el pecho, y con las manos le tenìa las manos de modo, que ni le dexava rodeàr, ni alentàr. Don Quixote le dezia: Como, traydor, contra tu amo, y ſeñor naturàl te deſmàndas? Con quien te dà ſu pan, te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, reſpondiò Sancho, ſino ayùdome à mi, que ſoy mi Señor. Vueſſa mercèd me promèta, que ſe eſtarà quedo, y no tratarà de açotàrme por agora, que yo le dexarè libre, y deſembaraçàdo; donde no, aquì moriràs, traydor, enemigo de Doña Sancha. Prometiòſelo Don Quixote, y jurò por vida de ſus penſamièntos, no tocàrle en el pelo de la ropa, y que dexarìa en toda ſu voluntàd, y alvedrio el açotàrſe quando quiſièſſe. Levantòſe Sancho, y deſviòſe de aquel lugar un buen eſpacio; y yèndo à arrimàrſe à otro arbol, ſintiò, que le tocàvan en la cabeça, y alçàndo las manos, topò con dos pies de perſona con zapatos, y calças. Temblò de miedo; acudiò à otro arbol, y ſucediòle lo meſmo: Diò vozes llamàndo à Don Quixote, que le favorecièſſe. Hìzolo aſſi Don Quixote, y preguntàndole, que le avìa ſucedido, y de que tenìa miedo? Le reſpondiò Sancho, que todos aquellos arboles eſtàvan llenos de pies, y de piernas humanas. Tentòlos Don Quixote, y cayò luego en la cuenta de lo que podia sèr; y dixole à Sancho: No tienes de que tener miedo, porque eſtos pies, y piernas que tientas, y no

no vèes, ſin duda ſon de algunos foragidos, y vandoleros, que en eſtos arboles eſtàn ahorcàdos, que por aquì los ſuele ahorcàr la juſticia, quando los coge, de veynte en veynte, y de treynta en treynta; por donde me doy à entendèr, que devo de eſtàr cerca de Barcelona; y aſſi era la verdàd, como el lo avìa imaginàdo. Al amanecèr alçàron los ojos, y vièron los razimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandolèros.

YÀ en eſto amanecìa, y ſi los muertos los avìan eſpantàdo, no menos los atribulàron mas de quarenta vandoleros vivos, que de improviſo les rodeàron, dizièndoles en lengua Catalana, que ſe eſtuvièſſen quedos, y ſe detuvièſſen, haſta que llegàſſe ſu capitan. Hallòſe Don Quixote à pie, ſu cavallo ſin freno, ſu lança arrimàda à un arbol, y finalmènte ſin defenſa alguna; y aſſi tùvo por bien de cruzàr las manos, è inclinàr la cabeça, guardàndoſe para mejor ſazon, y coyuntùra. Acudièron los vandoleros à eſpulgàr al ruzio, y à no dexàrle ninguna coſa de quantas en las alforjas, y la maleta trayà; y avìnole bien à Sancho, que en una ventièra, que tenìa ceñida venian los eſcudos del Duque, y los que avìan ſacàdo de ſu tierra; y con todo eſſo aquella buena gente le eſcardàra, y le miràra haſta lo que entrè el cuero, y la carne tuvièra eſcondido, ſino llegàra en aquella ſazon ſu capitan, el qual moſtrò ſer de haſta edàd de treynta y quatro años, robuſto, mas que de mediana proporcion, de miràr grave, y color morèna. Venia en un poderòſo cavallo, veſtida la azeràda cota, y con quatro piſtoletes (que en aquella tierra ſe llaman Pedreñales) à los lados. Viò que ſus eſcudèros (que aſſi llaman à los

que

que andan en aquel exercicio)ivan à deſpojàr à Sancho Pança: mandòles, que no lo hizièſſen, y fuè luego obedecìdo, y aſſi ſe eſcapò la ventièra. Admiròle ver lança arrimàda al arbol, eſcùdo en el ſuèlo, y à Don Quixote armàdo, y penſatìvo, con la mas triſte, y melancòlica figura, que pudièra formàr la miſma triſteza. Llegòſe à el, dizièndole: No eſtèys tan triſte, buen hombre, porque no avèys caỳdo en las manos de algun cruel Oſiris, ſino en las de Roque guiñart, que tienen mas de compaſſivas, que de riguròſas. No es mi triſteza, reſpondiò Don Quixote, avèr caỳdo en tu podèr, ô valeròſo Roque (cuya fama no ày lìmites en la tierra que la encièrren) ſino por avèr ſido tal mi deſcùydo, que me àyan cogido tus ſoldados ſin el freno, eſtàndo yo obligado (ſegun la orden de la andante Cavalleria que profeſſo) à vivìr contino alerta, ſièndo à todas horas centinela de mi miſmo: Porque te hago ſaber, ô gran Roque, que ſi me hallàran ſobre mi cavallo con mi lança, y con mi eſcùdo, no les fuèra muy facil rendìrme, porque yo ſoy Don Quixote de la Mancha, aquel que de ſus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guiñart conociò, que la enfermedàd de Don Quixote tocàva mas en locura, que en valentia; y aunque algunas vezes le avìa oydo nombràr, nunca tùvo por verdàd ſus hechos, ni ſe pudo perſuadìr, à que ſemejante humor reynàſſe en coraçon de hombre; y holgòſe en eſtremo de avèrle encontràdo, para tocàr de cerca lo que de lexos, dèl avìa oydo; y aſſi le dixo: Valeròſo Cavallero, no os deſpechèys, ni tengàys à ſinieſtra fortuna eſta en que os hallàys, que podrìa ſer, que en eſtos tropieços vueſtra torcìda ſuerte ſe endereçàſſe; que el Cielo

por eſtraños, y nunca viſtos rodeos (de los hombres no imaginados) ſuele levantàr los caydos, y enriquezèr los pobres. Ya le iva à dar gracias Don Quixote, quando ſintièron à ſus eſpaldas un ruydo como de tropel de cavallos, y no era ſino uno ſolo, ſobre el qual venia à toda furia un mancebo, al parecèr de haſta veynte años, veſtido de Damaſco verde con paſſamanos de oro, gregueſcos, y ſaltaembarca, con ſombrero terciado à la balona, botas enceradas, y juſtas, eſpuelas, daga, y eſpada doràdas, una eſcopeta pequeña en las manos, y dos piſtolas à los lados. Al ruydo bolviò Roque la cabeça, y viò eſta hermoſa figura, la qual en llegando à el, dixo: En tu buſca venia, ô valeròſo Roque, para hallàr en ti ſino remedio, alomènos alivio en mi deſdicha, y por no tenèrte ſuſpenſo (porque sè que no me has conocido) quiero dezìrte quien ſoy. Soy Claudia Geronima, hija de Simon Forte tu ſingular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que aſſi miſmo lo es tuyo, por ſer uno de los de tu contrario vando; y yà ſabes que eſte Torrellas tiene un hijo, que Don Vicente Torrellas ſe llama, ô alomenos ſe llamàva no hà dos horas. Eſte, pues, por abreviàr el cuento de mi deſventùra, te dirè en breves palabras la que me ha causàdo. Viòme, requebròme, eſcuchèle, enamorème à hurto de mi padre (porque no ay muger por retirada que eſtè, y recatàda que ſea, à quien no le ſobre tiempo, para ponèr en execucion, y efecto ſus atropellados deſsèos.) Finalmènte el me prometiò de ſer mi eſpoſo, y yo le dì la palabra de ſer ſuya, ſin que en obras paſsàſſemos adelante. Supe ayer, que olvidàdo de lo que me devia, ſe casàva con

otra,

otra, y que eſta mañana iva à deſposàrſe (nueva que me turbò el ſentido, y acabò la paciencia) y por no eſtàr mi padre en el lugar, le tùve yo de ponèrme en el trage que vèes, y apreſuràndo el paſſo à eſte cavallo, alcancè à Don Vicente obra de una legua de aqui; y ſin ponèrme à dar quexas, ni à oyr diſculpas, le diſparè eſta eſcopeta, y por añadidura eſtas dos piſtolas, y à lo que creo, le devì de encerràr mas de dos balas en el cuerpo, abrièndole puertas, por donde, embuelta en ſu ſangre, ſalièſſe mi honra. Allì le dexo entre ſus criados, que no osàron, ni pudièron ponèrſe en ſu defenſa. Vengo à buſcàrte para que me paſſes à Francia, donde tengo parientes con quien viva, y aſſimiſmo à rogàrte, defiendas à mi padre, porque los muchos de Don Vicente no ſe atrèvan à tomàr en el deſaforàda vengança. Roque, admiràdo de la gallardia, bizarria, buen talle, y ſuceſſo de la hermòſa Claudia, le dixo: Ven, Señora, y vamos à vèr, ſi es muerto tu enemigo, que deſpues verèmos lo que mas te importàre. Don Quixote, que eſtàva eſcuchàndo atentamènte lo que Claudia avìa dicho, y lo que Roque Guiñart reſpondiò, dixo: No tiene nadie para que tomàr trabajo en defendèr à eſta Señora, que lo tomo yo à mi cargo. Denme mi cavallo, y mis armas, y eſpèrenme aqui, que yo irè à buſcàr à eſſe Cavallero, y muerto, ô vivo le harè cumplir la palabra prometida à tanta belleza. Nàdie dude deſto, dixo Sancho, porque mi Señor tiene muy buena mano para caſamentèro, pues no ha muchos dias, que hizo casàr à otro, que tambien negava à otra donzella ſu palabra; y ſino fuera porque los encantadores, que le perſiguen, le mudaron ſu verdadèra figura en

la de un lacayo, eſta fuera la hora, que yà la tal donzella no lo fuera. Roque, que atendia mas à pensàr en el ſuceſſo de la hermòſa Claudia, que en las razones de amo, y moço, no las entendiò ; y mandando à ſus eſcuderos, que bolvièſſen à Sancho todo quanto le avìan quitàdo del ruzio (mandàndoles aſſimiſmo, que ſe retiràſſen à la parte donde aquella noche avìan eſtàdo aloxados) luego ſe partiò con Claudia à toda prièſſa à buſcàr al herido, ô muerto Don Vicente. Llegàron al lugar donde le encontrò Claudia, y no hallàron en èl ſino recien derramàda ſangre; pero tendièndo la viſta por todas partes, deſcubrièron por un recueſto arriba alguna gente, y dièronſe à entendèr (como era la verdàd) que devia ſer Don Vicente, à quien ſus criados, ô muerto, ô vivo llevavan, ô para curàrle, ô para enterràrle. Dièronſe prièſſa à alcançàrlos, que como ivan de eſpacio, con facilidàd lo hizièron. Hallaron à Don Vicente en los braços de ſus criados, à quien con cansàda, y debilitàda voz rogava, que le dexàſſen alli morir, porque el dolor de las heridas no conſentia, que mas adelante paſsàſſe. Arrojàronſe de los cavallos Claudia, y Roque, llegàronſe à el, temièron los criados la preſencia de Roque, y Claudia ſe turbò en ver la de Don Vicente ; y aſſi entre enternecida, y riguròſa ſe llegò à el, y aſſièndole de las manos, le dixo: Si tu me dièras eſtas conforme à nueſtro concierto, nunca tu te vièras en eſte paſſo. Abriò los caſi cerrados ojos el herido Cavallero, y conocièndo à Claudia, le dixo: Bien veo, hermòſa, y engañada Señora, que tu has ſido la que me has muerto: Pena no merecida, ni devida à mis deſsèos con los quales, ni con mis obras jamas quiſe, ni sùpe ofendèrte.

Landesbibliothek Oldenburg

dèrte. Luego no es verdàd, dixo Claudia, que ivas eſta mañana à deſposàrte con Leonora, la hija del rico Balvaſtro? No por cierto, reſpondiò Don Vicente: Mi mala fortuna te deviò de llevàr eſſas nuevas, para que zeloſa me quitàſſes la vida, la qual pues la dexo en tus manos, y en tus braços, tengo mi ſuerte por venturòſa; y para aſſeguràrte deſta verdàd, aprièta la mano, y recìbeme por eſpòſo, ſi quiſières; que no tengo otra mayor ſatisfacion que darte del agravio, que pienſas que de mi has recibido. Apretòle la mano Claudia, y apretòſele à ella el coraçon de manera, que ſobre la ſangre, y pecho de Don Vicente ſe quedò deſmayàda, y à el le tomò un mortal Paraſiſmo. Confùſo eſtàva Roque, y no ſabia que hazèrſe: Acudièron los criados à buſcàr agua, que echàrles en los roſtros, y truxèronla, con que ſe los bañaron. Bolviò de ſu deſmayo Claudia, pero no de ſu paraſiſmo Don Vicente, porque ſe le acabò la vida: Viſto lo qual de Claudia (avièndoſe enteràdo, que yà ſu dulce eſpòſo no vivia) rompiò los ayres con ſuſpiros, hiriò los Cielos con quexas, maltratò ſus cabellos entregàndolos al viento, afeò ſu roſtro con ſus propias manos, con todas las mueſtras de dolor, y ſentimièntо, que de un laſtimàdo pècho pudièra imaginàrſe. O cruel, è inconſiderada muger, dezia, con que facilidàd te moviſte à ponèr en execucion tan mal penſamièntо! O fuerça rabiòſa de los zelos, à que deſeſperàdo fin conduzis à quien os dà acogida en ſu pecho! O eſpòſo mio, cuya deſdichàda ſuerte, por ſer prenda mia, te ha llevàdo del talamo à la ſepultùra! Tales, y tan triſtes eran las quexas de Claudia, que ſacàron las lagrimas de los ojos de Roque, no acoſtumbràdos

tumbràdos à vertèrlas en ninguna ocaſion. Lloràvan los criados, deſmayàvaſe à cada paſſo Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de triſteza, y lugar de deſgracia. Finalmènte Roque Guiñart ordenò à los criados de Don Vicente que llevàſſen ſu cuerpo al lugar de ſu padre, que eſtàva alli cerca, para que le dièſſen ſepultura. Claudia dixo à Roque, que queria irſe à un Monaſterio, donde era Abadeſſa una tia ſuya,en el qual pensàva acabàr la vida, de otro mejor eſpòſo y mas eterno acompañada. Alabòle Roque ſu buen propoſito: Ofreciòſele de acompañàrla haſta donde quiſièſſe, y de defendèr à ſu padre de los parientes de Don Vicente, y de todo el mundo, ſi ofendèrle quiſièſſe. No quiſo ſu compañia Claudia en ninguna manera, y agradecièndo ſus ofrecimièntos con las mejores razones que sùpo, ſe deſpidiò dèl lloràndo. Los criados de Don Vicente llevàron ſu cuerpo, y Roque ſe bolviò à los ſuyos; y eſte fin tuvièron los amores de Claudia Geronima: Pero que mucho, ſi texièron la trama de ſu lamentable hiſtòria las fuerças invencibles y riguroſas de los zelos?

Hallò Roque Guiñart à ſus eſcudèros en la parte donde les avìa ordenàdo, y à Don Quixote entre ellos ſobre rozinante, hazièndoles una platica, en que les perſuadia, dexàſſen aquel modo de vivir tan peligròſo aſſi para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gaſcones, gente ruſtica, y desbaratàda, no les entràva bien la platica de Don Quixote. Llegàdo que fuè Roque, preguntò à Sancho Pança, ſi le avìan buelto, y reſtituỳdo las alhajas, y preſsèas, que los Suyos del ruzio le avìan quitàdo? Sancho reſpondiò que ſi, ſino que le faltavan tres tocadores,

que

que valian tres ciudades. Que es lo que dizes, hombre, dixo uno de los preſentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Aſſi es, dixo Don Quixote; pero eſtìmalos mi eſcudèro en lo que hà dicho, por avèrmelos dado quien me los diò. Mandòſelos bolvèr al punto Roque Guiñart; y mandando ponèr los ſuyos en ala, mandò traèr alli delante de todos, los veſtidos, joyas, y dineros, y todo aquello que deſde la ultima reparticion avìan robàdo; y hazièndo brevemènte el tantèo, bolvièndo lo no repartìble, y reduziendolo à dineros, lo repartiò por toda ſu compañia con tanta legalidàd, y prudencia, que no paſsò un punto, ni defraudò nada de la juſticia diſtributìva. Hecho eſto (con lo qual todos quedàron contentos, ſatisfechos, y pagados) dixo Roque à Don Quixote: Sino ſe guardàſſe eſta puntualidad con eſtos, no ſe podrìa vivir con ellos: A lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he viſto, es tan buena la juſticia, que es neceſſario, que ſe uſe aun entre los ladrones meſmos. Oyòlo un eſcudèro, y enarbolò el mocho de un arcabuz, con el qual ſin duda le abrièra la cabeça à Sancho, ſi Roque Guiñart no le dièra vozes, que ſe detuvièſſe. Paſmòſe Sancho, y propùſo de no deſcosèr los labios en tanto que entre aquella gente eſtuvièſſe.

Llegò en eſto uno, ô algunos de aquellos eſcudèros, que eſtàvan pueſtos por centinelas por los caminos para vèr la gente que por ellos venia, y dar avìſo à ſu Mayor de lo que paſſava, y eſte dixo: Señor, no lexos de aquì por el camino que và à Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que reſpondiò Roque: Has echàdo de ver, ſi ſon de los que nos buſcan, ô de los que noſotros buſcàmos? No

ſino

ſino de los que buſcàmos, reſpondiò el eſcudèro. Pues ſalid todos, replicò Roque, y traedmelos aquì luego, ſin que ſe os eſcape ninguno. Hizièronlo aſſi, y quedàndoſe ſolos Don Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron à vèr lo que los eſcudèros traỳan; y en eſte entretanto dixo Roque à Don Quixote: Nueva manera de vida le deve de parecèr al Señor Don Quixote la nueſtra; nuevas aventùras, nuevos ſuceſſos, y todos peligròſos; y no me maravillo que aſſi le parezca, porque realmènte le confieſſo, que no ày modo de vivir mas inquièto, ni mas ſobreſaltàdo que el nueſtro. A mi me han pueſto en èl, no ſe que deſsèos de vengança, que tienen fuerça de turbàr los mas ſoſſegàdos coraçones. Yo de mi natural sòy compaſſivo, y bien intencionàdo; pero como tengo dicho, el querer vengàrme de un agravio que ſe me hizo, aſſi dà con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que perſevèro en eſte eſtàdo à deſpecho, y pesàr de lo que entièndo: Y como un abiſmo llama à otro, y un pecado à otro pecado, hanſe eſlabonàdo las venganças de manera, que no ſolo las mias pero las agenas tomo à mi Cargo: Pero Dios es ſervido, que aunque me vèo en la mitàd del laberinto de mis confuſiones, no pierdo la eſperança de ſalir dèl à puerto ſegùro. Admiràdo quedò Don Quixote de oyr hablàr à Roque tan buenas, y concertàdas razones; porque el ſe pensàva, que entre los de oficios ſemejantes de robàr, matàr, y ſalteàr, no podìa avèr alguno, que tuvièſſe buen diſcurſo; y reſpondiòle: Señor Roque, el principio de la ſalùd eſtà en conocèr la enfermedàd, y en querèr tomàr el enfermo las medicinas, que el medico le ordena. Vueſſa mercèd eſtà enfermo, conoce ſu dolencia,

cia, y el Cielo, ô Dios, (por mejor dezir,) que es nueſtro medico, le aplicarà medicìnas, que le ſanen, las quales ſuelen ſanàr poco à poco, y no de repente, y por milagro; y mas que los pecadores diſcretos eſtàn mas cerca de enmendàrſe, que los ſimples; y pues vueſſa mercèd hà moſtràdo en ſus razones ſu prudencia, no ày ſino tenèr buen animo, y eſperàr mejorìa de la enfermedàd de ſu conciencia; y ſi vueſſa mercèd quière ahorràr camino, y ponèrſe con facilidàd en el de ſu ſalvacion, vèngaſe conmìgo, que yo le enſeñarè à ſer Cavallero andante, donde ſe paſſan tantos trabajos, y deſventùras, que tomàndolas por penitencia, en dos palètas le pondràn en el Cielo. Rìòſe Roque del conſejo de Don Quixote, à quien, (mudando platica,) contò el tràgico ſuceſſo de Claudia Geronima, de que le pesò en eſtremo à Sancho; que no le avìa parecido mal la belleza, deſemboltùra, y brio de la moça. Llegàron en eſto los eſcudèros de la prèſa, trayèndo conſigo dos Cavalleros à cavallo, y dos peregrinos à pie, y un coche de mugeres con haſta ſeys criados, que à pie, y à cavallo las acompañavan, con otros dos moços de mulas que los Cavalleros trayàn. Cogièronlos los eſcudèros en medio, guardando vencidos, y vencedores gran ſilencio, eſperàndo à que el gran Roque Guiñart hablàſſe: El qual preguntò à los Cavalleros, que quien eran, y donde ivan, y que dinero llevàvan? Uno dellos le reſpondiò: Señor, noſotros ſomos dos Capitanes de Infanteria Eſpañola; tenèmos nueſtras compañias en Napoles, y vàmos à embarcàrnos en quatro galeras, que dizen, eſtàn en Barcelona con orden de paſsàr à Sicilia: Llevàmos haſta dozientos, ô trecientos

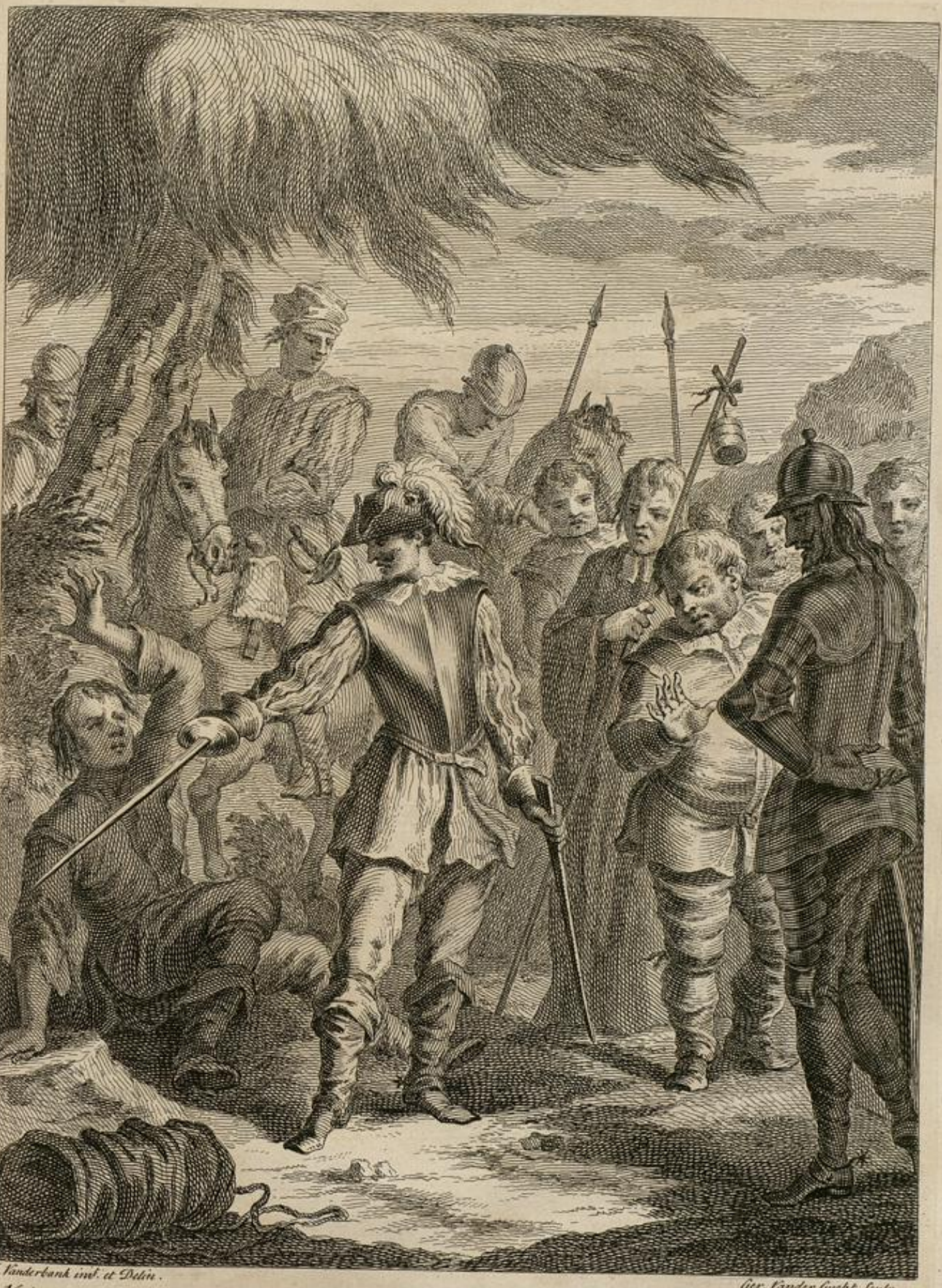
eſcùdos, con que à nueſtro parecer vamos ricos y contentos, pues la eſtrechèza ordinaria de los ſoldados no permite mayores teſoros. Preguntò Roque à los peregrinos lo miſmo que à los Capitanes. Fuèle reſpondido, que ivan à embarcàrſe para paſsàr à Roma, y que entre entrambos podian llevàr haſta ſeſenta reales. Quiſo ſaber tambien, quien iva en el coche, y adonde, y el dinero que llevavan; y uno de los de à cavallo dixo: Mi Señora Doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaria de Napoles, con una hija pequeña, una donzella, y una dueña ſon las que van en el coche; Acompañamoſla ſeys criados, y los dineros ſon ſeyſcientos eſcùdos. De modo, dixo Roque Guiñart, que yà tenèmos aquì nuevecientos eſcùdos, y ſeſenta reales. Mis ſoldados deven de ſer haſta ſeſenta: Mìreſe à como le cabe à cada uno, porque yo ſoy mal contador. Oyèndo dezir eſto los ſalteadores, levantaron la voz, dizièndo: Viva Roque Guiñart muchos años, à pesàr de los Lladres, que ſu perdicion procùran. Moſtràron afligirſe los Capitanes: Entriſteciòſe la Señora Regenta, y no ſe holgàron nada los peregrinos, vièndo la confiſcaçion de ſus bienes. Tùvolos aſſi un rato ſuſpenſos Roque; pero no quiſo que paſsàſſe adelante ſu triſteza, que yà ſe podia conocèr à tiro de arcabuz; y bolvièndoſe à los Capitanes, dixo: Vueſſas mercèdes, Señores Capitanes, por corteſia ſean ſervidos de preſtàrme ſeſenta eſcudos, y la Señora Regenta ochenta, para contentàr eſta eſquadra que me acompaña; porque *el Abad de lo que canta, yanta*; y luego puèdenſe ir ſu camino libre, y deſembaraçadamènte con un ſalvo conduto que yo les darè, para que ſi topàren

topàren otras de algunas eſquadras mias, que tengo divididas por eſtos contornos, no les hagan daño; que no es mi intencion de agraviàr à ſoldados, ni à muger alguna, eſpecialmènte à las que ſon principales. Infinitas, y bien dichas fuèron las razones con que los Capitanes agradecièron à Roque ſu corteſia, y liberalidàd; que por tal la tuvièron en dexàrles ſu miſmo dinero. La Señora Doña Guiomar de Quiñones ſe quiſo arrojàr del coche para besàr los pies, y las manos del gran Roque, pero el no lo conſintiò en ninguna manera, antes le pidiò perdon del agravio, que le avìa forçàdo de cumplir con las obligaciones preciſas de ſu mal oficio. Mandò la Señora regenta à un criado ſuyo, dièſſe luego los ochenta eſcùdos, que le avìan repartido; y yà los Capitanes avìan deſembolsàdo los ſeſenta. Ivan los peregrinos à dar toda ſu miſeria; pero Roque dixo, que ſe eſtuvièſſen quedos; y bolvièndoſe à los ſuyos, les dixo: Deſtos eſcùdos, dos tocan à cada uno, y ſobran veynte: Los diez ſe den à eſtos peregrinos, y los otros diez à eſte buen eſcudèro, porque pueda dezir bien deſta aventùra; y trayèndole aderèço de eſcrivir (de que ſiempre andava proveỳdo) Roque les diò por eſcrito un ſalvo conduto para los mayorales de ſus eſquadras; y deſpidiendoſe dellos, los dexò ir libres, y admiràdos de ſu nobleza, de ſu gallarda diſpoſicion, y eſtraño proceder, teniendole mas por un Alexandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los eſcudèros dixo en ſu lengua Gaſcona, y Catalana: Eſte nueſtro Capitan mas es para Frade, que para vandolero, ſi de aqui adelante quiſière moſtràrſe liberàl, sèalo con ſu hazienda, y no con la nueſtra. No lo dixo tan paſſo el deſventuràdo, que

dexàſſe de oỳrlo Roque, el qual echàndo mano à la eſpada, le abriò la cabeça caſi en dos partes, dizièndole: Deſta manera caſtigo yo à los deſlenguàdos, y atrevidos. Paſmàronſe todos, y ninguno le osò dezir palabra: Tanta era la obediencia, que le tenìan. Apartòſe Roque à una parte, y eſcriviò una carta à un ſu amigo à Barcelona, dandole avìso como eſtàva conſigo el famoſo Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero andante, de quien tantas coſas ſe dezian; y que le hazia ſabèr, que era el mas graciòſo, y el mas entendido hombre del mundo; y que de allì à quatro dias (que era el de San Juan Bautiſta) ſe le pondrìa en mitàd de la playa de la ciudad, armado de todas ſus armas, ſobre rozinante ſu cavallo, y à ſu eſcudèro Sancho ſobre un aſno; y que dièſſe noticia deſto à ſus amigos los Niarros, para que con el ſe ſolazàſſen; que el quiſièra que carecieran deſte guſto los Cadells ſus contrarios, pero que eſto era impoſſible, à cauſa que las locuras, y diſcreciones de Don Quixote, y los donayres de ſu eſcudèro Sancho Pança no podian dexàr de dàr guſto general à todo el mundo. Deſpachò eſta carta con uno de ſus eſcudèros, que mudando el trage de vandolero en el de un labrador, entrò en Barcelona, y la diò à quien iva.

CAPI-

Landesbibliothek Oldenburg



J. Vanderbank inv.t et Delin.

Vol·4·p·260.

Ger. Vander Gucht Sculp.

57

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

CAPITULO LXI.

De lo que le ſucediò à Don Quixote en la entràda de Barcelona, con otras coſas que tienen mas de lo verdadero que de lo diſcreto.

TRES dias, y tres noches eſtùvo Don Quixote con Roque, y ſi eſtuvièra trecientos años, no le faltàra que miràr, y admiràr en el modo de ſu vida. Aqui amanecian; acullà comian; unas vezes huyan ſin ſaber de quien, y otras eſperàvan ſin ſaber à quien. Dormian en pie, interrumpièndo el ſueño, mudàndoſe de un lugar à otro. Todo era ponèr eſpias, eſcuchàr centinelas, ſoplàr las cuerdas de los arcabuzes (aunque trayan pocos, porque todos ſe ſervìan de pedreñales.) Roque paſſava las noches, apartàdo de los ſuyos, en partes, y lugares donde ellos no pudièſſen ſaber donde eſtàva; porque los muchos bandos, que el viſorrey de Barcelona avìa echàdo ſobre ſu vida, le trayan inquièto, y temeròſo, y no ſe osàva fiàr de ninguno, temièndo, que los miſmos ſuyos ô le avìan de matàr, ô entregàr à la juſticia (vida por cierto miſerable, y enfadòſa.) En fin por caminos deſusàdos, por atajos, y ſendas encubièrtas partièron Roque, Don Quixote y Sancho, con otros ſeys eſcudèros à Barcelona. Llegàron à ſu playa la viſpera de San Juan en la noche; y abraçàndo Roque à Don Quixote, y à Sancho (à quien diò los diez eſcudos prometidos, que haſta entonces no ſe los avìa dado) los dexò con mil ofrecimièntos, que de la una à la otra parte ſe hizièron.

Landesbibliothek Oldenburg

Bolviòse Roque; quedòſe Don Quixote eſperàndo el dia aſſi à cavallo como eſtàva; y no tardò mucho, quando començò à deſcubrìrſe por los balcones del oriente la faz de la blanca Aurora, alegràndo las yervas, y las flores, en lugar de alegràr el oydo; aunque al meſmo inſtante alegràron tambien el oydo el Son de muchas chirimias, y atabales, ruydo de caſcaveles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecèr de la ciudad ſalian. Diò lugar la Aurora al Sol, que con un roſtro mayor que el de una rodela por el mas baxo orizonte poco à poco ſe iva levantàndo. Tendièron Don Quixote, y Sancho la viſta por todas partes, vieron el Mar, haſta entonces dellos no viſto; parecièles eſpacioſiſſimo y largo, harto mas que las Lagunas de Ruydera que en la Mancha avìan viſto. Vièron las galeras que eſtàvan en la playa, las quales abatièndo las tiendas, ſe deſcubrièron llenas de flamulas, y gallardetes, que tremolavan al viento, y beſavan, y barrian el agua. Dentro ſonavan clarines, trompetas, y chirimias, que cerca, y lexos llenavan el ayre de ſuaves, y belicòſos acentos: començàron à movèrſe, y à hazèr un modo de eſcaramuça por las ſoſſegadas aguas, correſpondièndoles caſi al miſmo modo infinitos Cavalleros, que de la ciudad ſobre hermòſos cavallos, y con viſtòſas libreas ſalian. Los ſoldados de las galeras diſparàvan infinita artilleria, à quien reſpondian los que eſtàvan en las murallas, y fuertes de la ciudad. La artilleria gruèſſa con eſpantòſo eſtruèndo rompia los vientos, à quien reſpondian los cañones de cruxia de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro (ſolo tal vez tùrbio del humo de la artilleria) parece que iva infundièndo,

èndo, y engendrando ´guſto ſubito en todas las gentes. No podia imaginàr Sancho, como pudièſſen tenèr tantos pies aquellos bultos, que por el mar ſe movian.

En eſto llegàron corrièndo con grita, lililies, y algazara los de las libreas, adonde Don Quixote ſuſpenſo y atònito eſtàva; y uno dellos (que era el avisàdo de Roque) dixo en alta voz à Don Quixote: bien ſea venido à nueſtra ciudad el eſpejo, el farol, la eſtrella, y el norte de toda la Cavalleria andante, donde mas largamènte ſe contiene: Bien ſea venido, digo, el valeròſo Don Quixote de la Mancha, no el falſo, no el ficticio, no el apocrifo, que en falſas hiſtòrias eſtos dias nos han moſtràdo, ſino el verdadero, el legal, y el fiel, que nos deſcriviò Cide Hamete Benengeli, flor de los hiſtoriadòres. No reſpondiò Don Quixote palabra, ni los Cavalleros eſperàron à que la reſpondièſſe; ſino bolvièndoſe, y rebolvièndoſe con los demàs que los ſeguian, començàron à hazèr un rebuelto caracol al derredor de Don Quixote, el qual bolvièndoſe à Sancho, dixo: Eſtos bien nos han conocido: Yo apoſtarè, que han leydo nueſtra hiſtòria, y aun la del Aragones rezien imprèſſa. Bolviò otra vez el Cavallero que hablò à Don Quixote, y dìxole: Vueſſa mercèd, Señor Don Quixote, ſe venga con noſotros, que todos ſomos ſus ſervidores, y grandes amigos de Roque Guiñart. A lo que Don Quixote reſpondiò: Si cortesìas engendran cortesìas, la vueſtra, Señor Cavallero, es hija, ô parienta muy cercana de las del gran Roque. Llevadme do quiſièredes, que yo no tendrè otra voluntàd que la vueſtra, y mas ſi la querèys ocupàr en vueſtro ſervicio. Con palabras no menos comedidas que eſtas, le reſ-

ſpondiò

pondiò el Cavallero; y encerràndole todos en medio, al ſon de las chirimias, y de los atabales ſe encaminàron con el à la ciudad: Al entràr de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que ſon mas malos, que el malo, dos dellos travièſſos, y atrevìdos ſe entràron por toda la gente, y alçàndo el uno de la cola del ruzio, y el otro de la de rozinante, les puſièron, y encaxàron ſendos manojos de aliagas: Sintièron los pobres animales las nuevas eſpuelas, y apretàndo las colas, aumentàron ſu diſguſto de manera, que dando mil corcobos, dièron con ſus dueños en tierra. Don Quixote corrido, y afrentàdo, acudiò à quitàr el plumage de la cola de ſu matalòte, y Sancho el de ſu ruzio. Quiſièron los que guiavan à Don Quixote caſtigàr el atrevimièntо de los muchachos, y no fuè poſſible, porque ſe entràron entre mas de otros mil que los ſeguian. Bolvièron à ſubir Don Quixote, y Sancho, y con el miſmo aplauſo, y muſica llegàron à la caſa de ſu guia, que era grande, y principal; en fin como de Cavallero rico, donde le dexarèmos por aora, porque aſſi lo quiere Cide Hamete.

CAPITULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeça encantàda, con otras niñerias que no pueden dexàr de contàrſe.

DON Antonio Moreno ſe llamava el hueſped de Don Quixote, Cavallero rico, y diſcreto, y amigo de holgàrſe à lo honeſto, y afable; el qual viendo en ſu caſa à Don Quixote, andava buſcàndo modos, como ſin ſu perjuyzio ſacàſſe à plaça ſus locuras (porque no ſon burlas las que

que duelen, ni ày paſſatiempos que valgan ſi ſon con daño de tercero:) Y aſſi lo primero que hizo fuè, hazèr deſarmàr à Don Quixote, y ſacàrle à viſtas con aquel ſu eſtrecho, y acamuzado veſtido (como yà otras vezes le hèmos deſcrito, y pintado) à un balcon, que ſalia à una calle de las mas principales de la ciudad, à viſta de las gentes, y de los muchachos, que como à mona le miravan. Corrièron de nuevo delante dèl, los de las libreas, como ſi para el ſolo (no para alegràr aquel feſtivo dia) ſe las huvièran pueſto: Y Sancho eſtàva contentiſſimo, por parecèrle, que ſe avìa hallado, ſin ſaber como ni como no, otras bodas de Camacho, otra caſa como la de Don Diego de Miranda, y otro caſtillo como el del Duque.

Comièron aquel dia con Don Antonio algunos de ſus amigos, honràndo todos, y tratàndo à Don Quixote como à Cavallero andante, de lo qual huèco, y pompòſo no cabia en ſi de contento. Los donayres de Sancho fuèron tantos, que de ſu boca andavan como colgados todos los criados de caſa, y todos quantos le oyan. Eſtàndo à la meſa, dixo Don Antonio à Sancho: Acà tenemos noticia, buen Sancho que ſoys tan amigo de manjar blanco, y de Albondiguillas, que ſi os ſobran, las guardays en el ſeno para el otro dia. No Señor, no es aſſi, reſpondiò Sancho: Engañado le han à vueſſa mercèd, porque tengo mas de limpio que de golòſo; y mi Señor Don Quixote que eſtà delante, ſabe bien, que con un puño de bellotas, ô de nuezes nos ſolemos paſsàr entrambos ocho dias: Verdàd es, que ſi tal vez me ſucede, *Que me den la vaquilla, corro con la ſoguilla* (quiero dezir) que como lo que me dan, y uſo de

los tiempos como los hallo; y quienquièra que huvière dicho, que yo ſoy comedor aventajàdo, y no limpio, tengàſe por dicho, que no acierta; y de otra manera dixèra eſto, ſino miràra à las barbas honradas que eſtàn à la meſa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la parſimonia y limpieza con que Sancho come, ſe puede eſcrivir, y gravàr en laminas de bronze, para que quede en memoria eterna en los ſiglos venidèros: Verdàd es, que quando el tiene hambre, parece algo tragon, porque come à prièſſa, y maſca à dos carrillos; pero la limpieza ſiempre la tiene en ſu punto; y en el tiempo que fuè Governador, aprendiò à comèr à lo melindròſo tanto, que comia con tenedor las ubas, y aun los granos de la granada. Como? dixo Don Antonio: Governador ha ſido Sancho? Si, reſpondiò Sancho, y de una inſula llamada la Barataria. Diez dias la governè à pedir de boca: En ellos perdì el ſoſſiego, y aprendì à deſpreciàr todos los goviernos del mundo. Salì huyèndo della; caì en una ſima, ô cueva donde me tùve por muerto, de la qual ſalì vivo por milagro. Contò Don Quixote por menudo todo el ſuceſſo del govierno de Sancho, con que diò gran guſto à los oyèntes.

Levantàdos los manteles, y tomàndo Don Antonio à Don Quixote por la mano, ſe entrò con el en un apartàdo apoſento, en el qual no avìa otra coſa de adorno, que una meſa, al parecèr de jaſpe, que ſobre un pie de lo meſmo ſe ſoſtenia, ſobre la qual eſtàva pueſta al modo de las cabeças de los Emperadores Romanos de los pechos arriba, una que ſemejava ſer de bronze. Paſſeòſe Don Antonio con Don Quixote por todo el apoſento, rodeàndo muchas vezes la meſa,

meſa, deſpues de lo qual dixo: Aora, Señor Don Quixote, que eſtòy enteràdo, que no nos oye, ni eſcùcha alguno, y eſtà cerrada la puerta, quiero contàr à vueſſa mercèd una de las mas raras aventùras, ô por mejor dezir, novedades, que imaginàrſe pueden, con condicion que, lo que à vueſſa mercèd dixère, lo ha de depoſitàr en los ultimos retretes del ſecreto. Aſſi lo juro, reſpondiò Don Quixote, y aun le echarè una loſa encima para mas ſeguridad; porque quièro que ſepa vueſſa mercèd, Señor Don Antonio (que ya ſabia ſu nombre) que eſtà hablando con quien, aunque tiene oydos para oyr, no tiene lengua para hablàr; aſſi que con ſeguridàd puede vueſſa mercèd traſladar lo que tiene en ſu pecho en el mio, y hazèr cuenta que lo ha arrojàdo en los abiſmos del ſilencio. En Fèe deſſa promeſſa, reſpondiò Don Antonio, quièro ponèr à vueſſa mercèd en admiracion con lo que vière, y oyère, y darme à mi algun alivio de la pena que me cauſa no tenèr con quien comunicàr mis ſecretos, que no ſon para fiàrſe de todos. Suſpenſo eſtàva Don Quixote, eſperàndo en que avìan de paràr tantas prevenciones. En eſto tomàndole la mano Don Antonio, ſe la paſſeò por la cabeça de bronze, y por toda la meſa, y por el pie de jaſpe, ſobre que ſe ſoſtenia, y luego dixo: Eſta cabeça, Señor Don Quixote, ha ſido hecha, y fabricàda por uno de los mayores encantadores, y hechizeros, que ha tenido el mundo, que creo, era Polaco de nacion, y diſcipulo del famòſo Eſcotillo, de quien tantas maravillas ſe cuentan; el qual eſtùvo aquì en mi caſa, y por precio de mil eſcùdos que le dì, labrò eſta cabeça, que tiene propiedàd, y virtud de reſpondèr à quantas coſas al oydo le

preguntàren. Guardò rumbos, pintò caracteres, obſervò aſtros, mirò puntos, y finalmènte la ſacò con la perfecion, que verèmos mañana; porque los viernes eſtà muda, y oy que lo es, nos hà de hazèr eſperàr haſta mañana. En eſte tiempo podrà vueſſa mercèd prevenìrſe de lo que querrà preguntàr; que por experiencia sè, que dize verdàd en quanto reſponde.

ADMIRÀDO quedò Don Quixote de la virtùd, y propiedad de la cabeça, y eſtùvo por no crèer à Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo avìa para hazèr la experiencia, no quiſo dezìrle otra coſa, ſino que le agradecia el avèrle deſcubièrto tan gran ſecreto. Salièron del apoſento, cerrò la puerta Don Antonio con llave, y fuèronſe à la ſala, donde los demas Cavalleros eſtàvan. En eſte tiempo les avìa contàdo Sancho muchas de las aventùras, y ſuceſſos que à ſu amo avìan acontecido.

AQUELLA tarde ſacaron à paſſeàr à Don Quixote, no armado, ſino de rua, veſtido un balandran de paño leonado, que pudièra hazèr ſudàr en aquel tiempo al miſmo yelo. Ordenàron à ſus criados, que entretuvièſſen à Sancho de modo, que no le dexàſſen ſalir de caſa. Iva Don Quixote, no ſobre rozinante, ſino ſobre un gran macho de paſſo llano, y muy bien adereçàdo: Puſièronle el balandran, y en las eſpaldas, ſin que el lo vièſſe, le coſièron un pergamino, donde le eſcrivièron con letras grandes: *Eſte es Don Quixote de la Mancha.* En començando el paſsèo, llevava el rètulo los ojos de quantos venian à verle, y leyan: *Eſte es Don Quixote de la Mancha.* Admiràvaſe Don Quixote de ver, que quantos le miravan, le nombravan, y conocian;

H. Vanderbank inv.t et Delin.
Vol. 4. p. 268.

Ger. Vander Gucht sculp.

58

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

nocian; y bolvièndoſe à Don Antonio, que iva à ſu lado, le dixo: Grande es la prerogativa que encièrra en ſi la andante Cavalleria, pues haze conocido, y famòſo al que la profeſſa por todos los terminos de la tierra: Sino, mire vueſſa mercèd, Señor Don Antonio, que haſta los muchachos deſta ciudad, ſin nunca avèrme viſto, me conocen. Aſſi es, Señor Don Quixote, reſpondiò Don Antonio; què aſſi como el fuego no puede eſtàr eſcondìdo, y encerràdo, la virtud no puede dexàr de sèr conocìda, y la que ſe alcança por la profeſſion de las armas, reſplandece, y campea ſobre todas las otras.

ACAECIÒ, pues, que yèndo Don Quixote con el aplauſo que ſe ha dicho, un Caſtellano, que leyò el retulo de las eſpaldas, alçò la voz, dizièndo: Vàlgate el diablo por Don Quixote de la Mancha; como? que haſta aqui has llegado ſin avèrte muerto los infinitos palos, que tienes acueſtas? Tu eres loco, y ſi lo fueras à ſolas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de bolvèr locos, y mentecàtos à quantos te tratan, y comunican: Sino, mìrenlo por eſtos Señores, que te acompañan. Buèlvete, mentecato, à tu caſa, y mira por tu hazienda, por tu muger, y tus hijos, y dèxate deſtas vaziedàdes, que te carcomen el ſeſo, y te deſnatan el entendimièntо. Hermano, dixo Don Antonio, ſeguid vueſtro camino, y no deys conſejos à quien no os los pide: El Señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y noſotros que le acompañamos, no ſomos necios. La virtùd ſe ha de honràr donde quièra que ſe hallàre; y andad en hora mala, y no os metàys donde no os llaman. Par diez vueſſa mercèd tiene razon, reſpondiò

pondiò el Caſtellano, que aconſejàr à eſte buen hombre, es dar cozes contra el aguijon: Pero con todo eſſo me da muy gran laſtima, que el buen ingenio, que dizen, que tiene en todas las coſas eſte mentecato, ſe le deſague por la canal de ſu andante Cavalleria: Y la en hora mala, que vueſſa mercèd dixo, ſea para mi, y para todos mis deſcendientes, ſi de oy mas, aunque vivieſſe mas años que Matuſalen, dière conſejo à nadie aunque me lo pida. Apartòſe el conſejero; ſiguiò adelante el paſsèo, pero fuè tanta la prièſſa, que los muchachos, y toda la gente tenìa leyendo el rètulo, que ſe le hùvo de quitàr Don Antonio, como que le quitàva otra coſa.

Llegò la noche, bolvièronſe à caſa, hùvo farào de damas; porque la muger de Don Antonio (que era una Señora principal, alegre, hermòſa, y diſcreta) combidò à otras ſus amigas à que vinieſſen à honràr à ſu hueſped, y à guſtàr de ſus nunca viſtas locuras. Vinièron algunas, cenòſe eſplendidamènte, y començòſe el farào caſi à las diez de la noche. Entre las damas avìa dos de guſto picaro, y burlonas; y con ſer muy honeſtas, eran algo deſcompueſtas por dar lugar, que las burlas alegràſſen ſin enfado. Eſtas dièron tanta prièſſa en ſacàr à dançàr à Don Quixote, que le molièron no ſolo el cuerpo, pero el anima. Era coſa de vèr la figura de Don Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, eſtrecho en el veſtido, deſayràdo, y ſobre todo no nada ligero. Requebràvanle como à hurto las damiſelas, y el tambien como à hurto las deſdeñava; pero vièndoſe apretàr de requiebros, alçò la voz, y dixo: *Fugite partes adverſæ*, dexàdme en mi ſoſſiego penſamièntos mal venidos; allà os avenid, Señoras, con vueſtros deſsèos,

J. Vanderbank inv:
Vol. 4. p. 270.

Ger. Vander Gucht Sculp.
59

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

deſsèos, que la que es Reyna de los mios, la fin par Dulcinèa del Tobòſo, no conſiènte, que ningunos otros, que los ſuyos me avaſſallen, y rindan: Y dizièndo eſto, ſe ſentò en mitàd de la ſala en el ſuelo, molido, y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio, que le llevaſſen en peſo à ſu lecho; y el primero que aſiò del, fuè Sancho, dizièndole: Nora en tal, Señor nueſtro amo, lo avèys bayllàdo: Penſays que todos los valientes ſon dançadores? O todos los andantes Cavalleros baylarines? Digo, que ſi lo penſays, que eſtàys engañado: Hombre ày que ſe atreverà à matàr à un Gigante antes que hazer una cabriola. Si huvièrades de çapateàr, yo ſuplièra vueſtra falta, que çapatèo como un Girifalte; pero en lo del dançàr no doy puntada. Con eſtas, y otras razones diò que reyr Sancho à los del ſarào, y diò con ſu amo en la cama, arropàndole para que ſudàſſe la frialdàd de ſu bàyle.

OTRO dia le pareciò à Don Antonio, ſer bien hazèr la experiencia de la cabeça encantada; y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos Señoras, que avìan molido à Don Quixote en el bàyle (que aquella noche ſe avìan quedado con la muger de Don Antonio) ſe encerrò en la eſtancia donde eſtàva la cabeça. Contòles la propiedàd que tenìa; encargòles el ſecreto, y dìxoles, que aquel era el primero dia, donde ſe avìa de provàr la virtùd de la tal cabeça encantàda; y ſino eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra perſona ſabìa el *Buſilis* del encanto: Y aun ſi Don Antonio no ſe le huviera deſcubièrto primero à ſus amigos, tambien ellos cayèran en la admiracion en que los demàs cayèron, ſin ſer poſſible

poſſible otra coſa (con tal traça, y tal orden eſtava fabricada.)

El primero que ſe llegò al oydo de la cabeça fuè el miſmo Don Antonio, y dixole en voz ſumiſſa, pero no tanto que de todos no fuèſſe entendida: Dime, cabeça, por la virtùd que en ti ſe encierra, que penſamièntos tengo yo aora? Y la cabeça le reſpondiò ſin movèr los labios con voz clara, y diſtinta de modo que de todos fuè entendida, eſta razon: Yo no juzgo de penſamièntos: Oyèndo lo qual todos quedàron atònitos, y mas, vièndo que en todo el apoſento, ni al derredor de la meſa no avìa perſona humana, que reſpondèr pudièſſe. Quantos eſtàmos aqui? (tornò à preguntàr Don Antonio.) Y fuèle reſpondido por el propio tenor, paſſo: Eſtàys tu, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un Cavallero famòſo, llamado Don Quixote de la Mancha, y un ſu eſcudèro, que Sancho Pança tiene por nombre. Aqui ſi, que fuè el admiràrſe de nuevo, aqui ſi, que fuè el erizàrſe los cabellos à todos de puro eſpanto? Y apartàndoſe Don Antonio de la cabeça dixo: Eſto me baſta para dàrme à entendèr, que no fuỳ engañado del que te me vendiò, cabeça ſabia, cabeça habladora, cabeça reſpondona, y admirable cabeça. Llegue otro, y pregùntele lo que quiſière: Y como las mugeres de ordinario ſon preſuròſas, y amigas de ſaber; la primera que ſe llegò, fuè una de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntò fuè: Dime cabeça, que harè yo para ſer muy hermoſa? Y fuèle reſpondido: Sè muy honeſta. No te pregunto mas, dixo la preguntante. Llegò luego la compañera, y dixo: Querrìa ſaber,

ſabèr, cabeça, ſi mi marìdo me quière bien, ô no? Y reſpondièronle: Mira las obras que te haze, y echàrlo has de vèr. Apartòſe la caſada, dizièndo: Eſta reſpueſta no tenìa neceſſidad de pregunta, porque en efecto las obras que ſe hazen,declaran la voluntàd que tiene el que las haze. Lùego llegò uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntòle: quien ſoy yo? Y fuèle reſpondido: Tu lo ſabes. No te pregunto eſſo, reſpondiò el Cavallero, ſino que me digas, ſi me conoces? Si conozco, le reſpondièron, que eres Don Pedro Noriz. No quièro ſabèr mas, pues eſto baſta para entendèr, ô cabeça, que lo ſabes todo: Y apartàndoſe, llegò el otro amigo, y preguntòle: Dime, cabeça, que deſsèos tiene mi hijo el Mayorazgo? Yà yo he dicho,le reſpondièron, que yo no juzgo de deſsèos; pero con todo eſſo te sè dezir, que los que tu hijo tiene, ſon de enterràrte. Eſſo es, dixo el cavallero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo ſeñalo, y no preguntò mas. Llegòſe la muger de Don Antonio, y dixo: Yo no sè, cabeça, que preguntàrte, ſolo querrìa ſabèr de ti, ſi gozarè muchos años de mi buen marido? Y reſpondièronle: Si gozaràs, porque ſu ſalud, y ſu templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos ſuelen acortàr por ſu deſtemplanza. Llegòſe luego Don Quixote, y dixo: Dime, tu el que reſpondes: Fuè verdàd, ô fuè ſueño lo que yo cuento que me paſsò en la cueva de Monteſinos? Seràn ciertos los açotes de Sancho mi eſcudèro? Tendrà efecto el deſencanto de Dulcinèa? A lo de la cueva reſpondièron, ay mucho que dezir; de todo tiene: Los açotes de Sancho iràn de eſpacio: El deſencanto de Dulcinèa llegarà à

devida execucion. No quièro ſabèr mas, dixo Don Quixote, que como yo vea à Dulcinèa deſencantàda, harè cuenta, que vienen de golpe todas las venturas, que acertàre à deſsèar. El ultimo preguntante fuè Sancho; y lo que preguntò, fuè: Por ventura, cabeça, tendrè otro Govierno? Saldrè de la eſtrecheza de eſcudèro? Bolverè à ver à mi muger, y à mis hijos? A lo que le reſpondièron: Governaràs en tu caſa; y ſi buelves à ella, veràs à tu muger, y à tus hijos; y dexando de ſervir, dexaràs de ſer eſcudèro. Bueno, par Dios, dixo Sancho Pança, eſto yo me lo dixèra: No dixèra mas el Profeta Perogrullo. Beſtia, dixo Don Quixote, que quieres, que te reſpondan? No baſta, que las reſpueſtas que eſta cabeça ha dado, correſponden à lo que ſe le pregunta? Si baſta, reſpondiò Sancho; pero quiſièra yo, que ſe declaràra mas, y me dixèra mas. Con eſto ſe acabàron las preguntas, y reſpueſtas, pero no ſe acabò la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caſo ſabian: El qual quiſo Cide Hamete Benengeli declaràr luego, por no tenèr ſuſpenſo al mundo, creyèndo, que algun hechizèro la avìa fabricado, y algun extraordinario miſterio en la tal cabeça ſe encerràva: Y aſſi dize, que Don Antonio Moreno, à imitacion de otra cabeça que viò en Madrid, fabricada por un eſtampero, hizo eſta en ſu caſa para entretenèrſe, y ſuſpendèr à los ignorantes; y la fabrica era deſta ſuerte.

La tabla de la meſa era de palo, pintada, y barnizàda como jaſpe; y el pie, ſobre que ſe ſoſtenìa, era de lo meſmo con quatro garras de Aguila que del ſalian para mayor firmeza del peſo. La cabeça, que parecìa medalla, y figura

gura de Emperador Romano, y de color de bronze, eſtàva toda huèca, y ni mas ni menos la tabla de la meſa, en que ſe encaxàva tan juſtamènte, que ninguna ſeñal de juntura ſe parecìa. El pie de la tabla era aſſimeſmo huèco, que reſpondìa à la garganta y pechos de la cabeça; y todo eſto venia à reſpondèr à otro apoſento, que debaxo de la eſtancia de la cabeça eſtàva. Por todo eſte huèco de pie, meſa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referìda, ſe encaminava un cañon de hoja de lata muy juſto, que de nadie podìa sèr viſto. En el apoſento de abaxo correſpondiente al de arriba ſe ponia el que avìa de reſpondèr, pegada la boca con el miſmo cañon, de modo, que à modo de cervatana iva la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba en palabras articuladas, y claras; y deſta manera no era poſſible conocèr el embuſte. Un ſobrino de Don Antonio, eſtudiante, agùdo, y diſcreto, fuè el reſpondiente, el qual eſtàndo avisàdo de ſu Señor Tio de los que avìan de entràr con el en aquel dia en el apoſento de la cabeça, le fuè facil reſpondèr con preſteza, y puntualidàd à la primera pregunta: A las demas reſpondiò por conjetùras, y como diſcreto diſcretamènte. Y dize mas Cide Hamete, que haſta dìez, ô doze dias durò eſta maravillòſa maquina; pero que divulgàndoſe por la ciudad, que Don Antonio tenìa en ſu caſa una cabeça encantada, que à quantos le preguntavan, reſpondia, temièndo no llegàſſe à los oydos de las deſpiertas centinelas de nueſtra Fè; avièndo declaràdo el caſo à los Señores Inquiſidores, le mandaron, que la deſhizièſſe, y no paſſaſſe mas adelante, porque el vulgo ignorante no ſe eſcandalizàſſe: Pero en la opinion de Don Quixote y de

Sancho Pança la cabeça quedò por encantada, y por reſpondona, mas à ſatisfacion de Don Quixote, que de Sancho.

Los Cavalleros de la ciudad, por complacèr à Don Antonio, y por agaſajàr à Don Quixote, y dar lugar à que deſcubrièſſe ſus ſandezes, ordenàron de corrèr ſortija de alli à ſeys dias, que no tùvo efecto por la ocaſion que ſe dirà adelante. Diòle gana à Don Quixote de paſseàr la ciudad à la llana, y à pie, temièndo, que ſi iva à cavallo, le avìan de perſeguir los muchachos; y aſſi el, y Sancho, con otros dos criados, que Don Antonio le diò, ſalièron à paſſeàrſe. Sucediò, pues, que yèndo por una calle, alçò los ojos Don Quixote, y viò eſcrito ſobre una puerta con letras muy grandes: *Aquì ſe imprimen libros:* De lo que ſe contentò mucho, porque haſta entonces no avìa viſto emprenta alguna y deſsèava ſabèr como fuèſſe. Entrò dentro con todo ſu acompañamièntо; y viò tiràr en una parte, corregir en otra, componèr en eſta, enmendàr en aquella, y finalmènte toda aquella maquina, que en las emprentas grandes ſe mueſtra. Llegàvaſe Don Quixote à un caxon, y preguntava, que era aquello que alli ſe hazia? Dàvanle cuenta los oficiales; admiràvaſe, y paſſava adelante. Llegò en otras à uno, y preguntòle, que era lo que hazia? El oficial le reſpondiò: Señor, eſte Cavàllero que aquì eſtà (y enſeñòle à un hombre de muy buen talle, y parecèr, y de alguna gravedàd) ha traduzido un Libro Toſcano en nueſtra lengua caſtellana, y eſtòyle yo componièndo para darle à la eſtampa. Que titulo tiene el libro? preguntò Don Quixote. A lo qual el autor reſpondiò: Señor, el libro en Toſcano ſe llama, *le Bagatele.* Y que reſponde le Ba-

gatele

getele en nueſtro caſtellano? preguntò Don Quixote. Le Bagatele, dixo el autor, es como ſi en caſtellano dixèſſemos, *Los Juguetes*; y aunque eſte libro es en el nombre humilde, contiene, y encierra en ſi coſas muy buenas, y ſuſtanciàles. Yo, dixo Don Quixote, sè algun tanto de el Toſcano, y me precio de cantàr algunas eſtancias del Arioſto. Pero dìgame vueſſa mercèd, Señor mio (y no digo eſto porque quièro examinàr el ingenio de vueſſa mercèd, ſino por curioſidàd no mas) ha hallado en ſu eſcritura alguna vez nombrar, *Piñata?* Si, muchas vezes, reſpondiò el autor. Y como la traduze vueſſa mercèd en caſtellano? preguntò Don Quixote. Como la avìa de traduzìr, replicò el autor, ſino diziendo *Olla?* Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y que adelante eſtà vueſſa mercèd en el Toſcano Idioma? Yo apoſtarè una buena apueſta, que adonde diga en el Toſcano *piache* dize vueſſa mercèd en el caſtellano *plaze*, y adonde diga *piu*, dize, *mas*, y el *ſu* declara con *arriba*, y el *giu* con *abaxo?* Si declaro por cierto, dixo el autor, porque eſſas ſon ſus propias correſpondencias. Oſarè yo juràr, dixo Don Quixote, que no es vueſſa mercèd conocido en el mundo, enemigo ſiempre de premiàr los floridos ingenios, ni los loables trabajos. Que de habilidades ày perdidas por aì! Que de ingenios arrinconados! Que de virtudes menoſpreciàdas! Pero con todo eſto me parece, que el traduzìr de una lengua en otra (como no ſea de las Reynas de las Lenguas Griega, y Latina) es como quièn mira los tapizes Flamencos por el revès; que aunque ſe vèen las figuras, ſon llenas de hilos que las eſcurecen, y no ſe vèen con la liſura, y tez de la haz: Y el traduzìr de

lenguas

lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traſlada, ni el que copia un papel de otro papel: Y no por eſto quiero inferir, que no ſea loable eſte exercicio del traduzìr, porque en otras coſas peores ſe podrìa ocupàr el hombre, y que menos provecho le traxèſſen. Fuera deſta cuenta van los dos famoſos traductores, el uno el Dotor Chriſtoval de Figueroa en ſu Paſtor Fido; y el otro Don Juan de Xaurigui en ſu Aminta, donde felizmente ponen en duda, qual es la traducion, ô qual el original. Pero dìgame vueſſa mercèd, eſte libro imprìmeſe por ſu cuenta, ô tiene yà vendido el privilegio à algun Librero? Por mi cuenta lo imprimo, reſpondiò el autor, y pienſo ganàr mil ducados por lo menos con eſta primera Impreſſion, que ha de ſer de dos mil cuerpos, y ſe han de deſpachàr à ſeys reales cada uno en daca las pajas. Bien eſtà vueſſa mercèd en la cuenta, reſpondiò Don Quixote: bien parece que no ſabe las entradas, y ſalidas de los impreſſores, y las correſpondencias que ày de unos à otros? Yo le prometo, que quando ſe vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido ſu cuerpo, que ſe eſpante; y mas ſi el libro es un poco avièſſo, y no nada picante. Pues que? dixo el autor, quiere vueſſa mercèd, que ſe lo dè à un Librero, que me dè por el privilegio tres maravedis, y aun pienſa, que me haze mercèd en dàrmelos? Yo no imprimo mis libros para alcançàr fama en el mundo, que yà en èl ſoy conocido por mis obras: Provecho quièro, que ſin èl no vale un quatrin la buena fama. Dios le dè à vueſſa mercèd buena manderècha, reſpondiò Don Quixote; y paſsò adelante à otro caxon,

caxon, donde viò, que eſtàvan corrigièndo un pliego de un libro, que ſe intitulava, *Luz del alma*; y en vièndole dixo; Eſtos tales libros, aunque ay muchos deſte genero, ſon los que ſe deven imprimir, porque ſon muchos los pecadores, que ſe ùſan, y ſon meneſter infinitas luzes para tantos deſalumbrados. Paſsò adelante, y viò que aſſimeſmo eſtàvan corrigièndo otro libro; y preguntàndo ſu titulo, le reſpondièron, que ſe llamava: *La ſegunda Parte del Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compueſta por un tal, vezino de Tordeſillas. Yà yo tengo noticia deſte libro, dixo Don Quixote, y en verdàd, y en mi conciencia, que pensè, que yà eſtàva quemado, y hecho polvos por impertinente; pero ſu ſan Martin ſe le llegarà, como à cada puerco; que las hiſtòrias fingidas tanto tienen de buenas y de deleytables, quanto ſe llegan à la verdàd, ò à la ſemejança della; y las verdaderas tanto ſon mejores, quanto ſon mas verdaderas. Y dizièndo eſto, con mueſtras de algun deſpecho ſe ſaliò de la emprenta, y aquel miſmo dia ordenò Don Antonio de llevàrle à vèr las galeras, que en la playa eſtàvan, de que Sancho ſe regozijò mucho; à cauſa que en ſu vida las avìa viſto. Avisò Don Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tarde avìa de llevàr à verlas à ſu hueſped el famoſo Don Quixote de la Mancha, de quien yà el Quatralvo, y todos los vezinos de la ciudad tenìan noticia; y lo que le ſucediò en ellas, ſe dirà en el ſiguiente capitulo.

CAPI-

CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avìno à Sancho Pança con la viſita de las galeras, y la nueva aventura de la hermòſa Moriſca.

GRANDES eran los diſcurſos, que Don Quixote hazìa ſobre la reſpueſta de la encantada cabeça, ſin que ninguno dellos dièſſe en el embuſte, y todos paravan con la promèſſa, que el tùvo por cierto, del deſencanto de Dulcinèa: Alli iva, y venia, y ſe alegràva entre ſi miſmo, creyèndo que avìa de vèr preſto ſu cumplimièntо; y Sancho, aunque aborrecìa el ſer Governador, como queda dicho, todavìa deſsèava bolvèr à mandàr, y à sèr obedecìdo (que eſta mala ventura trae conſigo el mando, aunque ſea de burlas.) En reſolucion aquella tarde Don Antonio Moreno ſu hueſped, y ſus dos amigos, con Don Quixote, y Sancho fuèron à las galeras. El Quatralvo, que eſtàva aviſado de ſu buena venìda, por vèr à los dos tan famoſos Quixote, y Sancho, apenas llegàron à la marina, quando todas las galeras abatièron tienda, y ſonàron las chirimias, y arrojàron luego el Eſquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmeſi; y en poniendo que puſo los pies en èl Don Quixote, diſparò la Capitana el cañon de cruxìa, y las otras galeras hizièron lo meſmo; y al ſubir Don Quixote por la eſcala derecha, toda la chuſma le ſaludò, como es uſança, quando una perſona principal entra en la galera, dizièndo, Hu, hu, hu, tres vezes. Diòle la mano el General (que con eſte nombre le llama-

llamarèmos) que era un principal Cavallero Valenciano, y abraçò à Don Quixote, dizièndole: Eſte dia ſeñalarè yo con pièdra blanca, por ſer uno de los mejores que pienſo llevàr en mi vida, aviènd viſto al Señor Don Quixote de la Mancha: Tiempo, y ſeñal que nos mueſtra, que en el ſe encièrra, y cifra todo el valor de la andante Cavalleria. Con otras no menos corteſes razones le reſpondiò Don Quixote, alegre ſobre manera de verſe tratàr tan à lo Señor. Entràron todos en la popa, que eſtàva muy bien adereçàda, y ſentàronſe por los bandines: Paſsòſe el Comitre en cruxìa, y diò ſeñal con el pito, que la chuſma hizièſſe fuera-ropa, que ſe hizo en un inſtante. Sancho, que viò tanta gente en cueros, quedò paſmado; y mas, quando viò hazer tienda con tanta prièſſa, que à el le pareciò, que todos los diablos andavan allì trabajando: Pero eſto todo fueron tortas, y pan pintado para lo que aora dirè.

Estàva Sancho ſentado ſobre el eſtanterol junto al eſpaldàr de la mano derecha; y la chuſma (yà aviſada de lo que avìa de hazèr) pueſta en pie, y alerta, aſſiò de Sancho, y levantàndole en los braços, començando de la derecha vanda, le fuè dando y bolteando ſobre los braços de la chuſma de banco en banco con tanta prièſſa, que el pobre Sancho perdiò la viſta de los ojos, y ſin duda pensò, que los miſmos demonios le llevavan, y no pararon con el, haſta bolvèrle por la ſinieſtra banda à ponèrle en la popa. Quedò el pobre molido, hijadeando, y traſudando, ſin podèr imaginàr que fuèſſe lo que ſucedìdo le avìa. Don Quixote, que viò el buelo ſin alas de Sancho, preguntò al General, ſi eran ceremonias aquellas, que ſe usàvan con los primeros

que entràvan en las galeras; porque ſi acaſo lo fuèſſe, el, que no tenìa intencion de profeſsàr en ellas,no queria hazèr ſemejantes exercicios; y que votava à Dios, que ſi alguno llegava à aſſirle para boltèarle, que le avìa de ſacàr el alma à puntillazos; y dizièndo eſto, ſe levantò en pie, y empuñò la eſpada. A eſte inſtante abatièron tienda; y con grandiſſimo ruydo dexàron caer la entena de alto abaxo. Penſò Sancho, que el Cielo ſe deſencaxàva de ſus quicios, y venia à dar ſobre ſu cabeça; y agoviandola, lleno de miedo, la puſo entre las piernas. No las tuvò todas conſigo Don Quixote, que tambien ſe eſtremeciò, y encogiò de ombros, y perdiò la color del roſtro. La chuſma yzò la entena con la miſma prièſſa, y ruydo, que la avìan amaynàdo, y todo eſto callando, como ſino tuvièran voz, ni aliento. Hizo Senal el Comitre, que zarpaſſen el ferro; y ſaltando en mitàd de la cruxia con el corvacho, ô rebenque, començò a moſqueàr las eſpaldas de la chuſma, y alargàrſe poco à poco à la mar. Quando Sancho viò à una movèrſe tantos pies colorados (que tales penſò el que eran los remos) dixo entre ſi: Eſtas ſi ſon verdaderamènte coſas encantadas, y no las que mi amo dize. Que han hecho eſtos deſdichados que aſſi los açotan? Y como eſte hombre ſolo, que anda por aqui ſilvando, tiene atrevimièntо para açotàr à tanta gente? Aora yo digo, que eſte es infierno, ô por lo menos es purgatorio. Don Quixote que viò la atencion con que Sancho mirava lo que paſsàva, le dixo: A Sancho amigo! y con que brevedàd, y quan à poca coſta os podìades vos (ſi quiſièſſedes deſnudaros de medio cuerpo arriba, y ponèros entre eſtos Señores) y acabàr con el deſencanto

deſencanto de Dulcinèa, pues con la miſeria, y pena de tantos no ſentirìades vos mucho la vueſtra: Y mas que podrìa ſer, que el ſabio Merlin tomàſſe en cuenta cada açote deſtos (por ſer dados de buena mano) por diez de los que vos finalmente os avìades de dàr.

PREGUNTAR queria el General, que açotes eran aquellos, ô que deſencanto de Dulcinèa, quando dixo el marinero: Señal haze Monjuy de que ày baxel de remos en la coſta por la vanda del poniente. Eſto oydo, ſaltò el General en la cruxìa, y dixo: Ea, hijos, no ſe nos vaya; algun vergantin de coſarios de Argel deve de ſer eſte, que la atalaya nos ſeñala. Llegàronſe luego las otras tres galeras à la Capitana, à ſaber lo que ſe les ordenava! Mandò el General que las dos ſalieſſen à la mar, y el con la otra irìa tierra à tierra, porque aſſi el baxel no ſe les eſcaparìa. Apretò la chuſma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecìa, que bolavan. Las que ſalièron à la mar, à obra de dos millas deſcubrièron un baxel, que con la viſta le marcaron por de haſta catorze, ô quinze bancos, y aſſi era la verdàd: El qual baxel, quando deſcubriò las galeras, ſe puſo en caça, con intencion, y eſperança de eſcapàrſe por ſu ligerèza: Pero avìnole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles, que en la mar navegavan; y aſſi le fuè entrando, que claramènte los del vergantin conocièron, que no podìan eſcapàrſe; y aſſi el Arraez quiſièra que dexàran los remos, y ſe entregàran, por no irritàr à enojo al Capitan, que nueſtras galeras regia: Pero la ſuerte, que de otra manera lo guiava, ordenò que yà que la Capitana llegava tan cerca, que podìan

los del baxel oỳr las vozes, que deſde ella les dezìan, que ſe rindièſſen; dos Toraquis (que es como dezir, dos Turcos borrachos, que en el vergantin venian con otros doze) diſparàron dos eſcopetas, con que dièron muerte à dos ſoldados, que ſobre nueſtras arrumbadas venìan. Vièndo lo qual jurò el General, de no dexàr con vida à ninguno de quantos en el baxel tomàſſe; y llegando à embeſtìr con toda furia, ſe le eſcapò por debaxo de la palamenta. Paſsò la galera adelante un buen trecho; los del baxel ſe vièron perdìdos; hizièron vela en tanto que la galera bolvia, y de nuevo à vela, y remo ſe puſièron en caça; pero no les aprovechò ſu diligencia tanto, como les dañò ſu atrevimièntо; porque alcançàndoles la Capitana à poco mas de media milla, les echò la palamenta encima, y los cogiò vivos à todos. Llegàron en eſto las otras dos galeras, y todas quatro con la preſa bolvièron à la playa, donde infinita gente los eſtàva eſperàndo, deſsèoſos de ver lo que trayan. Diò fondo el General cerca de tierra, y conociò, que eſtàva en la marina el Virrey de la ciudad. Mandò echàr el Eſquife para traèrle, y mandò amaynàr la entena para ahorcàr luego luego al Arraez, y à los demas Turcos, que en el baxel avìa cogido, que ſerìan haſta treynta y ſeys perſonas, todos gallardos, y los mas eſcopeteros Turcos. Preguntò el General, quien era el Arraez del vergantin? Y fuèle reſpondìdo por uno de los cautivos en lengua Caſtellana (que deſpues pareciò ſer Renegado Eſpañol:) Eſte mancebo, Señor, que aqui vèes, es nueſtro Arraez; y moſtròle uno de los mas bellos, y gallardos moços, que pudièra pintàr la humana imaginacion: La edàd, (al parecer,)

no

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

J. Vanderbank inv:
Vol: 4 · p: 285

Ger. Vander Gucht Sculp 60

Landesbibliothek Oldenburg

no llegava à veynte años. Preguntòle el General: Dime, mal aconſejado Perro, quien te moviò à matàrme mis ſoldados, pues veỳas ſer impoſſible el eſcapàrte? Eſſe reſpeto ſe guarda à las Capitanas? No ſabes tu, que no es valentia la temeridad, y que las eſperanças dudoſas han de hazèr à los hombres atrevìdos, pero no temerarios? Reſponder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oyr la reſpueſta por acudir à recibir al Virrey, que yà entràva en la galera, con el qual entràron algunos de ſus criados, y algunas perſonas del pueblo. Buena ha eſtàdo la caça, Señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, reſpondiò el General, que la verà vueſtra Excelencia aora colgada deſta entena. Como anſi? replicò el Virrey. Porque me han muerto, reſpondiò el General, contra toda Ley, y contra toda razon, y uſança de guerra, dos ſoldados de los mejores que en eſtas galeras venian; y yo he jurado de ahorcàr à quantos he cautivado, principalmènte à eſte moço, que es el Arraez del vergantin (y enſeñòle al que yà tenìa atadas las manos, y echado el cordel à la garganta, eſperando la muerte.) Miròle el Virrey, y viendole tan hermòſo, tan gallardo, y tan humilde (dandole en àquel inſtante una carta de recomendacion ſu hermosùra) le vino deſsèo de eſcusàr ſu muerte; y aſſi le preguntò: Dime, Arraez, eres Turco de nacion, ô Moro, ô renegado? A lo qual el moço reſpondiò en lengua aſſimiſmo Caſtellana: Ni ſoy Turco de nacion, ni Moro, ni renegado. Pues que eres? replicò el Virrey. Muger Chriſtiana, reſpondiò el mancebo. Muger Chriſtiana, y en tal trage, y en tales paſſos? dixo el Virrey; mas es coſa para admiràrla que para creèrla. Suſpendèd,

dixo

dixo el moço, ô Señores, la execucion de mi muerte; que no ſe perderà mucho en que ſe dilate vueſtra vengança, en tanto que yo os cuente mi vìda. Quien fuera el de coraçon tan duro, que con eſtas razones no ſe ablandàra, ô alomènos haſta oyr las que el triſte, y laſtimado mancebo dezir queria? El General le dixo, que dixèſſe lo que quiſièſſe, pero que no eſperàſſe alcançàr perdon de ſu conocida culpa. Con eſta licencia el moço començò à dezìr deſta manera.

De aquella nacion mas deſdichada, que prudente, ſobre quien ha llovido eſtos dias un mar de deſgracias, nacì yo, de moriſcos padres engendrada: En la corriente de ſu deſventura fuỳ yo por dos Tios mios llevada à Berberia, ſin que me aprovechàſſe dezir, que era Chriſtiana (como en efeto lo ſoy, y no de las fingidas, ni aparentes, ſino de las verdaderas, y Catolicas) No me valiò con los que tenìan à cargo nueſtro miſerable deſtierro, dezir eſta verdàd; ni mis Tios quiſièron creèrla, antes la tuvièron por mentìra, y por invencion, para quedàrme en la tierra, donde avìa nacido; y aſſi por fuerça mas que por grado me truxèron conſigo. Tuve una madre Chriſtiana, y un padre diſcreto, y Chriſtiano ni mas ni menos. Mamè la Fè Catolica en la leche; crième con buenas coſtumbres; ni en la lengua, ni en ellas jamas, à mi parecer, dì Señales de ſer Moriſca. Al par, y al paſſo deſtas virtudes (que yo creo que lo ſon) creciò mi hermosùra (ſi es que tengo alguna) y aunque mi recato, y mi encerramièntо fuè mucho, no deviò de ſer tanto, que no tuvièſſe lugar de verme un mancebo Cavallero, llamado Don Gaſpar Gregorio, hijo Mayorazgo de un Cavallero, que junto à nueſtro lugar, otro ſuyo tiene. Como me viò, como

Landesbibliothek Oldenburg

como nos hablamos, como ſe viò perdìdo por mi, y como yo no muy ganada por el, ſerìa largo de contàr, y mas en tiempo que eſtòy temiendo, que entre la lengua, y la garganta ſe ha de atraveſsàr el riguroſo cordel, que me amenaça; y aſſi ſolo dirè, como en nueſtro deſtierro quìſo acompañarme Don Gregorio. Mezclòſe con los Moriſcos, que de otros lugares ſalièron (porque ſabìa muy bien la lengua) y en el viage ſe hizo amigo de mis dos Tios que conſigo me trayàn; porque mi padre prudente, y prevenìdo, aſſi como oyò el primer vando de nueſtro deſtierro, ſe ſaliò del lugar, y ſe fuè à buſcàr alguno en los Reynos eſtraños, que nos acogièſſe. Dexò encerradas, y enterradas en una parte, de quien yo ſola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro. Mandòme, que no tocàſſe al teſoro que dexava en ninguna manera, ſi acaſo, antes que el bolvièſſe, nos deſterràvan. Hìzelo aſſi, y con mis Tios, como tengo dicho, y otros parientes, y allegados paſsàmos à Berberia; y el lugar, donde hizimos aſſiento, fuè Argel, como ſi le hizièramos en el miſmo Infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosùra, y la fama ſe la diò de mis riquezas, que en parte fuè ventura mia. Llamòme ante ſi; preguntòme de que parte de Eſpaña era, y que dineros, y que joyas trayàa? Dìxele el lugar, y que las joyas, y dineros quedavan en èl enterrados, pero que con facilidad ſe podrìan cobràr, ſi yo miſma bolvièſſe por ellos. Todo eſto le dixe, temeròſa de que no le cegàſſe mi hermosùra, fino ſu codicia. Eſtando conmigo en eſtas platicas, le llegàron à dezir, como venìa conmigo uno de los mas gallardos, y hermòſos

mancebos,

mancebos, que ſe podìa imaginàr: Luego entendì, que lo dezìan por Don Gaſpar Gregorio, cuya belleza ſe dexa atràs las mayores que encarecèrſe pueden. Turbème, conſideràndo el peligro que Don Gregorio corria; porque entre aquellos Barbaros Turcos en mas ſe tiene, y eſtima un muchacho, ô mancebo hermòſo, que una muger por belliſſima que ſea. Mandò luego el Rey, que ſe le truxèſſen allì delante para vèrle; y preguntòme, ſi era verdad lo que de aquel moço le dezian? Entonces yo (caſi como prevenìda del Cielo) le dixe, que ſi era; pero que le hazìa ſaber, que no era varon, ſino muger como yo, y que le ſuplicava, me la dexàſſe ir à veſtir en ſu natural trage, para que de todo en todo moſtràſſe ſu belleza, y con menos empacho parecièſſe ante ſu preſencia. Dixome que fuèſſe en buena hora, y que otro dia hablarìamos en el modo que ſe podìa tenèr para que yo bolvièſſe à Eſpaña à ſacàr el eſcondido teſoro. Hablè con Don Gaſpar; contèle el peligro que corrìa el moſtràr ſer hombre; veſtile de Mora, y aquella miſma tarde là truxe à la preſencia del Rey; el qual, en vièndole, quedò admiràdo, y hizo deſignio de guardàrla para hazèr preſente della al gran Señor; y por huyr del peligro que en el Serrallo de ſus mugeres podìa tenèr, y temèr de ſi miſmo, la mandò poner en caſa de unas principales Moras, que la guardàſſen, y la ſirvièſſen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos ſentimos (que no puedo negàr, que no le quièro) ſe dexe à la conſideracion de los que ſe apartan, ſi bien ſe quièren. Diò luego traça el Rey de que yo bolvièſſe à Eſpaña en eſte vergantin, y que me acompañaſſen dos Turcos de nacion, que fuèron los que matàron vueſtros ſoldados.

Vino

Vino tambien conmigo eſte renegàdo Eſpañol (ſeñalando al que avìa hablado primero) del qual sè yo bien, que es Chriſtiano encubièrto, y que viene con mas deſsèo de quedàrſe en Eſpaña, que de bolvèr à Berberia. La demàs chuſma del vergantin ſon Moros, y Turcos, que no ſirven de mas, que de vogàr al remo. Los dos Turcos codiciòſos, è inſolentes, ſin guardar el orden que tray̆amos, de que à mi, y à eſte renegado en la primera parte de Eſpaña en habito de Chriſtianos (de que venìmos proveydos) nos echàſſen en tierra, primero quiſièron barrèr eſta coſta, y hazèr alguna preſa ſi pudièſſen, temièndo, que ſi primero nos echàvan en tierra, por algun accidente que à los dos nos ſucedièſſe, podrìamos deſcubrir que quedava el vergantin en la mar; y ſi acaſo huvièſſe galeras por eſta coſta, los tomàſſen. Anoche deſcubrìmos eſta playa, y ſin tenèr noticia deſtas quatro galeras, fuy̆mos deſcubièrtos, y nos ha ſucedido lo que avèys viſto. En reſolucion Don Gaſpar Gregorio queda en habito de muger entre mugeres con manifieſto peligro de perdèrſe, y yo me veo atadas las manos, eſperando, ô por mejor dezir, temièndo perdèr la vida, que yà me canſa. Eſte, Señor, es el fin de mi lamentable hiſtòria, tan verdadera como deſdichàda. Lo que os ruego es, que me dexèys morir como Chriſtiana, (pues como yà he dicho,) en ninguna coſa he ſido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caydo: Y luego callò, preñados los ojos de tiernas lagrimas, à quien acompañaron muchos de los que preſentes eſtàvan.

El Virrey, tierno, y compaſſivo, ſin hablàrle palabra, ſe llegò à ella, y le quitò con ſus manos el cordel, que las

hermoſas de la Mora ligàva. En tanto, pues, que la Moriſca Chriſtiana ſu peregrina hiſtòria tratava, tuvo clavàdos los ojos en ella un anciano peregrino, que entrò en la galera, quando entrò el Virrey; y apenas diò fin à ſu platica la Moriſca, quando el ſe arrojò à ſus pies, y abraçado dellos, con interrumpidas palabras de mil ſollozos, y ſuſpiros, le dixo: O Ana Felix, deſdichàda hija mia! yo ſoy tu padre Ricote, que bolvia à buſcàrte por no podèr vivìr ſin ti, que eres mi alma: A cuyas palabras abriò los ojos Sancho, y alçò la cabeça (que inclinada tenìa, penſando en la deſgracia de ſu paſſeo) y mirando al peregrino, conociò ſer el miſmo Ricote, que topò el dia que ſaliò de ſu Govierno, y confirmòſe que aquella era ſu hija, la qual, yà deſatada, abraçò à ſu padre, mezclando ſus lagrimas con las ſuyas; el qual dixo al General, y al Virrey: Eſta, Señores, es mi hija, mas deſdichàda en ſus ſuceſſos, que en ſu nombre. Ana Felix ſe llama con el ſobre nombre de Ricote, famòſa tanto por ſu hermosùra, como por mis riquezas. Yo ſalì de mi patria à buſcàr en Reynos eſtraños, quien nos albergàſſe, y recogièſſe; y avièndole hallado en Alemania, bolvì en eſte habito de peregrino en compañia de otros Alemanes à buſcàr mi hija, y à deſenterràr muchas riquezas que dexè eſcondidas. No hallè à mi hija, hallè el teſoro, que conmigo traygo; y aora por el eſtraño rodèo que avèys viſto, he hallado el teſoro, que mas me enriqueze, que es mi querìda hija. Si nueſtra poca culpa, y ſus lagrimas, y las mias, por la integridàd de vueſtra juſticia pueden abrir puertas à la miſericordia, uſadla con noſotros, que jamas tuvìmos penſamiènto de ofendèros, ni convenìmos en ningun modo con

la

Landesbibliothek Oldenburg

la intencion de los nueſtros,que juſtamènte han ſido deſterrados. Entonces dixo Sancho: Bien conozco à Ricote, y sè que es verdàd lo que dize en quanto à ſer Ana Felix ſu hija; que en eſſotras çarandajas de ir, y venir, tenèr buena, ò mala intencion, no me entremèto. Admiràdos del eſtraño caſo todos los preſentes, el General dixo: Una por una vueſtras lagrimas no me dexaràn cumplir mì juramènto: Vivìd, hermòſa Ana Felix los años de vida, que os tiene determinàdos el Cielo, y lleven la pena de ſu culpa los inſolentes, y atrevìdos, que la cometièron: Y mandò luego ahorcàr de la entena à los dos Turcos, que à ſus dos ſoldados avìan muerto; pero el Virrey le pidiò encarecidamente, no los ahorcàſſe, pues mas locura, que valentia avìa ſido la ſuya. Hizo el General lo que el Virrèy le pedia; porque no ſe executan bien las vengançàs à Sangre elada. Procuràron luego dàr traça de ſacàr à Don Gaſpar Gregorio del peligro en que quedava. Ofreciò Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas, y en joyas tenìa: Dièronſe muchos medios, pero ninguno fuè tal, como el que diò el renegado Eſpañol (que ſe ha dicho) el qual ſe ofreciò de bolvèr à Argel en algun barco pequeño de haſta ſeys bancos armado de remeros Chriſtianos, porque el ſabia donde,como,y quando podìa,y devia deſembarcàr; y aſſimiſmo no ignoràva la caſa donde Don Gaſpar quedava. Dudaron el General, y el Virrey en fiàrſe del renegado, ni confiàr dèl, los Chriſtianos que avìan de vogàr el remo. Fiòle Ana Felix; y Ricote ſu padre dixo, que ſalia à dar el reſcate de los Chriſtianos, ſi à caſo ſe perdièſſen. Firmados, pues, en eſte parecer, ſe deſembarcò el Virrey, y Don Antonio Moreno

reno ſe llevò configo à la Moriſca, y à ſu padre, encargàndole el Virrey, que los regalàſſe, y acariciàſſe quanto le fuèſſe poſſible; que de ſu parte le ofrecia lo que en ſu caſa huvièſſe para ſu regalo: Tanta fuè la benevolencia, y caridad, que la hermosùra de Ana Felix infundiò en ſu pecho.

CAPITULO LXIV.

Que trata de la aventura, que mas peſadumbre diò à Don Quixote de quantas haſta entonces le avìan ſucedido.

LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la hiſtòria, que recibiò grandiſſimo contento de vèr à Ana Felix en ſu caſa: Recibiòla con mucho agrado, aſſi enamorada de ſu belleza como de ſu diſcrecion, porque en lo uno, y en lo otro era eſtremada la Moriſca; y toda la gente de la ciudad, como à campana tañida, venìan à vèrla. Dixo Don Quixote à Don Antonio, que el parecèr que avìan tomado en la libertàd de Don Gregorio no era bueno, porque tenìa mas de peligròſo, que de conveniente; y que ſerìa mejor que le puſièſſen à el en Berberia con ſus armas, y cavallo, que el le ſacarìa à pesàr de toda la Moriſma, como avìa hecho Don Gayferos à ſu Eſpoſa Meliſendra. Advièrta vueſſa mercèd, dixo Sancho, oyèndo eſto, que el Señor Don Gayferos ſacò à ſu Eſpoſa de tierra firme, y la llevò à Francia por tierra firme; pero aquì, ſi à caſo ſacàmos à Don Gaſpar Gregorio, no tenèmos por donde traèrle à Eſpaña, pues eſtà la mar en medio. Para todo

todo ày remedio ſino es para la muerte, reſpondiò Don Quixote, pues llegado el barco à la marina, nos podrèmos embarcàr en èl, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta, y facilita vueſſa mercèd, dixo Sancho, pero *del dicho al hecho ày gran trecho*; y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que ſi el renegado no ſalièſſe bien del caſo, ſe tomarìa el expediente de que el gran Don Quixote paſsàſſe en Berberia. De alli à dos dias partiò el renegado en un ligero barco de sèys remos por vanda, armado de valentiſſima chuſma; y de alli à otros dos ſe partièron las galeras à Levante, avièndo pedido el General al Viſorrey fuèſſe ſervido de avisàrle de lo que ſucedièſſe en la libertad de Don Gregorio, y en el caſo de Ana Felix. Quedò el Viſorrey de hazèrlo aſſi como ſe lo pedìa.

Y una mañana ſalièndo Don Quixote à paſſeàrſe por la playa armado de todas ſus armas (porque como muchas vezes dezia, ellas eran ſus arreos, y ſu deſcanſo el pelear, y no ſe hallava ſin ellas un punto) viò venir hàzia el un Cavallero, armado aſſimiſmo de punta en blanco, que en el eſcùdo traìa pintada una Luna reſplandeciènte: El qual, llegàndoſe à trecho que podìa ſer oydo, en altas vozes (encaminàndo ſus razones à Don Quixote) dixo: Inſigne Cavallero, y jamas como ſe deve alabado Don Quixote de la Mancha, yo ſoy el Cavallero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas, quiçà te le avràn traỳdo à la memoria. Vengo à contenḍèr contigo, y à provàr la fuerça de tus braços, en razon de hazèrte conocèr, y confeſsàr, que mi

Dama

Dama (ſea quien fuere) es ſin comparacion mas hermòſa que tu Dulcinèa del Tobòſo; la qual verdàd, ſi tu la confièſſas de llano en llano, eſcuſaràs tu muerte, y el trabajo que yo he. de tomàr en dàrtela: Y ſi tu peleàres, y yo te vencière, no quiero otra ſatisfacion ſino que, dexando las armas, y abſtenièndote de buſcàr aventùras, te recojas, y retires à tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir ſin echàr mano à la eſpada, en paz tranquila, y en provechòſo ſoſſiego, porque aſſi conviene al aumènto de tu hazienda, y à la ſalvacion de tu alma. Y ſi tu me vencières, quedarà à tu diſcrecion mi cabeça, y ſeràn tuyos los deſpojos de mis armas, y cavallo, y paſſarà à la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te eſtà mejor, y reſpondeme luego, porque oy todo el dia tengo de termino para deſpachàr eſte negocio.

Don Quixote quedò ſuſpenſo, y atònito aſſi de la arrogancia del Cavallero de la blanca Luna, como de la cauſa porque le deſafiàva; y con repoſo y ademan ſevero le reſpondiò: Cavallero de la blanca Luna, cuyas hazañas haſta aora no han llegàdo à mi noticia, yo oſarè juràr, que jamas avèys viſto à la illuſtre Dulcinèa; que ſi viſto la huvièrades, yo sè, que procuràrades no ponèros en eſta demanda, porque ſu viſta os deſengañàra de que no ha avido, ni puede avèr belleza, que con la ſuya comparàrſe pueda: Y aſſi, no dizièndoos, que mentis, ſino que no acertàys en lo propueſto, con las condiciones que avèys referido, acepto vueſtro deſafio, y luego, porque no ſe paſſe el dia que traeys determinàdo; y ſolo excepto de las condiciones la de que ſe paſſe à mi la fama de vueſtras hazañas; porque no

sè

sè quales, ni que tales sèan: Con las mias me contento, tales quales ellas son. Tomàd, pues, la parte del campo que quisièredes, que yo harè lo mismò, y à quien dios se la dière, San Pedro se la bendiga.

AVIAN descubièrto de la ciudad al Cavallero de la blanca Luna, y dìchoselo al Visorrey, que estàva hablando con Don Quixote de la Mancha. El Visorrey creyèndo, sería alguna nueva aventùra, fabricada por Don Antonio Moreno, ô por algun otro Cavallero de la ciudad, saliò luego à la playa con Don Antonio, y con otros muchos Cavalleros que le acompañavan, à tiempo, quando Don Quixote bolvia las riendas à rozinante para tomàr del campo lo necessario. Vièndo, pues, el Visorrey, que davan los dos señales de bolvèrse à encontràr, se puso en medio, preguntàndoles, que era la causa, que les movia à hazèr tan de improviso batalla? El Cavallero de la blanca Luna respondiò, que era precedencia de hermosùra, y en breves razones le dixo las mismas que avìa dicho à Don Quixote, con la aceptacion de las condiciones del desafio, hechas por entrambas partes. Llegòse el Visorrey à Don Antonio, y preguntòle passo, si sabìa quien era el tal Cavallero de la blanca Luna, ô si era alguna burla que querìan hazèr à Don Quixote? Don Antonio le respondiò, que ni sabia quien era, ni si era de burlas, ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tùvo perplexo al Visorrey en si les dexarìa, ô no passàr adelante en la batalla; pero no pudiendose persuadir à que fuèsse sino burla, se apartò diziendo: Señores Cavalleros, si aqui no ày otro remedio sino confessàr, ô morir, y el Señor Don Quixote està en sus treze, y vuessa mercèd el de la blanca Luna

Luna en ſus catorze, à la mano de Dios, y denſe. Agradeciò el de la blanca Luna con corteſes y diſcretas razones al Viſorrey la licencia que ſe les dava, y Don Quixote hizo lo meſmo; el qual encomendàndoſe al Cielo de todo coraçon, y à ſu Dulcinèa (como tenìa de coſtumbre al començàr de las batallas, que ſe le ofrecian) tornò à tomàr otro poco mas del campo, porque viò, que ſu contrario hazìa lo miſmo; y ſin tocàr trompeta, ni otro inſtrumènto belico, que les dieſſe ſeñal de arremetèr, bolvièron entrambos à un miſmo punto las riendas à ſus Cavallos; y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegò à Don Quixote à dos tercios andados de la carrèra, y alli le encontrò con tan poderòſa fuèrça ſin tocàrle con la lança (que la levantò al parecer de propoſito) que diò con Rozinante, y con Don Quixote por el ſuelo una peligròſa caìda. Fuè luego ſobre el, y ponièndole la lança ſobre la viſèra, le dixo: vencìdo ſoys, Cavallero, y aun muerto, ſino confeſsàys las condiciones de nueſtro deſafio. Don Quixote, molido, y aturdido, ſin alçàrſe la viſera, como ſi hablàra dentro de una tumba, con voz debilitàda, y enferma dixo: Dulcinèa del Tobòſo es la mas hermoſa muger del mundo, y yo el mas deſdichàdo Cavallero de la tierra; y no es bien, que mi flaqueza defraude eſta verdàd. Aprieta, Cavallero, la lança, y quìtame la vida, pues me has quitàdo la honra. Eſſo no harè yo por cierto, dixo el de la blanca Luna: Viva, viva en ſu entereza la fama de la hermosùra de la Señora Dulcinèa del Toboſo, que ſolo me contento con que el gran Don Quixote ſe retìre à ſu lugar un año, ô haſta el tiempo, que por mi le fuere mandado,

como

Landesbibliothek Oldenburg

Jn.o Vanderbank inv.t et delin: Vol. 4. p. 296. Ger.d Vandergucht sculp: 61

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

como concertàmos antes de entràr en eſta batalla. Todo eſto oyèron el Viſorrey, y Don Antonio con otros muchos que allì eſtàvan; y oyèron aſſimiſmo, que Don Quixote reſpondiò, que como no le pidieſſe coſa que fuèſſe en perjuyzio de Dulcinèa, todo lo demas cumplirìa como Cavallero puntuàl, y verdadèro.

HECHA eſta confeſſion, bolviò las riendas el de la blanca Luna, y hazièndo meſura con la cabeça al Viſorrey, à medio galope ſe entrò en la ciudad. Mandò el Viſorrey à Don Antonio, que fuèſſe tras el, y que en todas maneras ſupièſſe quien era. Levantàron à Don Quixote, deſcubrièronle el roſtro, y hallàronle ſin color, y traſſudando. Rozinante de puro malparàdo no ſe pudo movèr por entonces. Sancho todo triſte, y todo apeſaràdo, no ſabìa que dezìrſe, ni que hazèrſe: Parecìale que todo aquel ſuceſſo paſſava en ſueños, y que toda aquella maquina era coſa de encantamièntо. Veỳa à ſu Señor rendido, y obligado à no tomàr armas en un año: Imaginava la luz de la gloria de ſus hazañas eſcurecìda, las eſperanças de ſus nuevas promèſſas deſhechas, como ſe deſhaze el humo con el viento: temia, ſi quedarìa, ô no contrahecho Rozinante, ô deſlocado ſu amo (que no fuera poca ventùra, ſi deſlocado quedàra.) Finalmènte con una ſilla de manos, que mandò tràer el Viſorrey, le llevàron à la ciudad, y el Viſorrey ſe bolviò tambien à ella con deſsèo de ſaber, quien fuèſſe el Cavallero de la blanca Luna, que de tan mal talante avìa dexado à Don Quixote.

Landesbibliothek Oldenburg

CAPITULO LXV.

Donde ſe dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertàd de Don Gaſpar Gregorio, y de otros ſuceſſos.

SIGUIÒ Don Antonio Moreno al Cavallèro de la blanca Luna, y ſiguièronle tambien, y aun perſiguièronle muchos muchachos haſta que le cerraron en un meſon dentro de la ciudad. Entrò en èl Don Antonio con deſsèo de conocèrle: Saliò un eſcudèro à recibìrle y à deſarmàrle: Encerròſe en una ſala baxa, y con el Don Antonio, que no ſe le cozia el pan, haſta ſabèr quien fuèſſe. Vièndo, pues, el de la blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexava, le dixo: Bien sè, Señor, à lo que venis, que es à ſabèr quien sòy; y porque no ày para que negàroſlo, en tanto que eſte mi criado me deſarma, os lo dirè ſin faltar un punto à la verdàd del caſo.

SABÈD, Señor, que à mi me llaman el Bachiller Sanſon Carraſco: Soy del meſmo lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y ſandez mueve à que le tengàmos laſtima todos quantos le conocèmos; y entre los que mas ſe la han tenìdo, he ſido yo; y creyèndo que eſtà ſu ſalud en ſu repoſo, y en que ſe eſtè en ſu tierra, y en ſu caſa, dì traça para hazèrle eſtàr en ella; y aſſi avrà tres meſes que le ſalì al camino como Cavallero andante, llamàndome el Cavallero de los Eſpejos, con intencion de peleàr con el, y vencèrle ſin hazèrle daño, ponièndo por condicion de nueſtra pelèa, que el vencìdo quedàſſe à diſ-

diſcrecion del vencedor; y lo que yo penſava pedìrle (porque yà le juzgava por vencìdo) era, que ſe bolvièſſe à ſu lugar, y que no ſalièſſe dèl en todo un año, en el qual tiempo podrìa ſer curàdo; pero la ſuerte lo ordenò de otra manera, porque el me venciò à mi, y me derribò del cavallo, y aſſi no tùvo efecto mi penſamiènto. El proſiguiò ſu camino, y yo me bolvì vencìdo, corrìdo, y molìdo de la caìda, que fuè ademàs peligròſa: Pero no por eſto ſe me quitò el deſsèo de bolvèr à buſcàrle, y à vencèrle, como oy ſe ha viſto. Y como el es tan puntual en guardàr las ordenes de la andante Cavalleria, ſin duda alguna guardarà la que le he dado en cumplimiènto de ſu palabra. Eſto es, Señor, lo que paſſa, ſin que tenga que dezìros otra coſa alguna. Suplìcoos, no me deſcubràys, ni le digàys à Don Quixote, quien ſoy, porque tengan efecto los buenos deſsèos y penſamièntos mios, y buelva à cobràr ſu juyzio un hombre, que le tiene boniſſimo, como le dexen las ſandezes de la Cavalleria. O! Señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que avèys hecho à todo el mundo, en querèr bolvèr cuerdo al mas graciòſo loco que ày en el. No veys, Señor, que no podrà llegàr el provecho que cauſe la cordura de Don Quixote, à lo que llega el guſto que dà con ſus deſvarios? Pero yo imagino que toda la induſtria del Señor Bachiller no ha de ſer parte para bolvèr cuerdo à un hombre tan rematadamènte loco; y ſino fuèſſe contra caridad, dirìa, que nunca ſane Don Quixote, porque con ſalud, no ſolamènte perdèmos ſus gracias, ſino las de Sancho Pança ſu eſcudèro; que qualquièra dellas puede bolvèr à alegràr à la miſ-

ma melancolia. Con todo eſto callarè, y no le dirè nada, por ver ſi ſalgo verdadèro en ſoſpechàr, que no ha de tenèr efecto la diligencia hecha por el Señor Carraſco. El qual reſpondiò, que yà una por una eſtàva en buen punto aquel negocìo, de quien eſperàva feliz ſuceſſo: Y avièndoſe ofrecìdo Don Antonio de hazèr lo que mas le mandàſſe, ſe deſpidiò dèl. Y hecho liar ſus armas ſobre un macho, luego al miſmo punto, ſobre el cavallo con que entrò en la batalla, ſe ſaliò de la ciudad aquel miſmo dia, y ſe bolviò à ſu patria ſin ſucedèrle coſa, que obligue à contàrla en eſta verdadera hiſtòria.

Contò Don Antonio al Viſorrey todo lo que Carraſco le avìa contado, de lo que el Viſorrey no recibiò mucho guſto, porque en el recogimièntо de Don Quixote ſe perdia el que podian tenèr todos aquellos que de ſus locuras tuvièſſen noticia.

Seys dias eſtùvo Don Quixote en el lecho, marrido, triſte, penſativo, y mal acondicionado, yèndo, y vinièndo con la imaginacion en el deſdichàdo ſuceſſo de ſu vencimièntо. Conſolàvale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alze vueſſa mercèd la cabeça, y alègreſe ſi puede, y dè gracias al cielo, que yà que le derribò en la tierra, no ſaliò con alguna coſtilla quebrada; y pues ſabe que donde las dan, las toman; y que no ſiempre ày tocinos donde ày eſtacas; dè una higa al Medico, pues no le ha meneſter para que le cure en eſta enfermedad. Bolvàmonos à nueſtra caſa, y dexèmonos de andar buſcando aventùras por tierras, y lugares, que no ſabèmos; y ſi bien ſe conſidera, yo ſoy aqui el mas perdidoſo, aun

que

que es vueſſà mercèd el mas malparado. Yo, que dexè con el Govierno los deſsèos de ſer mas Governador, no dexè la gana de ſer Conde, que jamas tendrà efecto, ſi vueſſa mercèd dexa de ſer Rey, dexando el exercicio de ſu Cavalleria, y aſſi vienen à bolvèrſe en humo mis eſperanças. Calla, Sancho, reſpondiò Don Quixote, pues vèes, que mi recluſion, y retiràda no ha de paſsàr de un año; que luego bolverè à mis honrados exercicios, y no me ha de faltàr Reyno que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado ſea ſordo, que ſiempre he oido dezir, que mas vale buena eſperança, que ruyn poſſeſſion.

En eſto eſtàvan, quando entrò Don Antonio, dizièndo con mueſtras de grandiſſimo contento: Albricias, Señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el renegado que fuè por el, eſtàn en la playa: Que digo en la playa, yà eſtàn en caſa del Viſorrey, y ſeràn aqui al momènto. Alegròſe algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdàd, que eſtòy por dezìr, que me holgàra, que huvièra ſucedido todo al revès, porque me obligàra à paſſar en Berberia, donde con la fuerça de mi braço dièra libertàd no ſolo à Don Gregorio, ſino à quantos Chriſtianos cautivos ày en Berberia. Pero que digo, miſerable, no ſoy yo el vencìdo? No ſoy yo el derribàdo? No ſoy yo el que no puede tomàr armas en un año? Pues que prometo? De que me alabo, ſi antes me conviene ùſar de la rueca, que de la eſpada? Dèxeſe deſſo Señor, dixo Sancho, viva la Gallina aunque con ſu Pepita; que oy por ti, y mañana por mi; y en eſtas coſas de encuentros, y porraços no ày tomàrles tièn-

to

to alguno, pues el que oy cae, puede levantàrſe mañana, ſino es que ſe quiere eſtàr en la cama (quiero dezir) que ſe dexe deſmayàr ſin cobràr nuevos brios para nuevas pendencias: Y levànteſe vueſſa mercèd agora para recibir à Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y yà deve de eſtàr en caſa.

Y aſſi era la verdàd, porque avièndo yà dado cuenta Don Gregorio, y el renegado al Viſorrey de ſu ida, y buelta, deſsèoſo Don Gregorio de vèr à Ana Felix, vìno con el renegado à caſa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio, quando le ſacaron de Argel, fuè con habitos de muger, en el barco los trocò por los de un cautivo, que faliò conſigo; pero en qualquiera que vinièra, moſtràra ſer perſona para ſer codiciàda, ſervìda, y eſtimàda, porque era hermòſo ſobre manera, y la edàd, al parecer, de diez y ſiete, ô diez y ocho años. Ricote, y ſu hija falièron à recibìrle, el padre con lagrimas, y la hija con honeſtidàd. No ſe abraçàron unos à otros, porque donde ày mucho amor, no ſuele avèr demaſiada deſemboltùra. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiràron en particular à todos juntos los que preſentes eſtàvan. El ſilencio fuè alli el que hablò por los dos amantes, y los ojos fuèron las lenguas que deſcubrièron ſus alegres, y honeſtos penſamièntos. Contò el renegado la induſtria, y medio que tùvo para ſacàr à Don Gregorio. Contò Don Gregorio los pèligros, y apriètos en que ſe avìa viſto con las mugeres con quien avìa quedado, no con largo razonamièntо, ſino con breves palabras, donde moſtrò, que ſu diſcrecion ſe adelantava à ſus años. Finalmènte Ricote pagò, y ſatisfizo

tisfizo liberalmènte assi al renegado, como à los que avìan vogado al remo. Reincorporòse y redùxose el renegado al gremio de la Iglesia, y de miembro podrìdo bolviò limpio, y sano con la penitencia, y el arrepentimiènto. De alli à dos dias tratò el Visorrey con Don Antonio, que modo tendrìan para que Ana Felix, y su padre quedàssen en España, pareciendoles no ser de inconveniènte alguno, que quedàssen en ella, hija tan Christiana, y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreciò venìr à la Corte à negociàrlo, donde avìa de venir forçosamènte à otros negocios, dando à entendèr, que en ella por medio del favor y de las dadivas, muchas cosas dificultòsas se alcançan. No, (dixo Ricote, que se hallò presente à esta platica,) ày que esperàr en favores, ni en dadivas; porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien diò su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promessas, no dadivas, no lastimas; porque aunque es verdàd que el mezela la misericordia con la justicia; como el vèe, que todo el cuerpo de nuestra nacion està contaminàdo, y podrìdo, usa con èl antes del cauterio que abrasa, que del unguento que molifica; y assi con prudencia, con sagacidàd, con diligencia, y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes ombros à devida execucion el peso desta gran maquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes, y fraudes ayan podìdo deslumbràr sus ojos de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como rayz escondida, que con el tiempo venga despues à brotàr, y à echàr frutos venenòsos en España, yà limpia,

yà

yà deſembaraçada de los temores en que nueſtra muchedumbre la tenìa (Heroyca reſolucion del gran Filipo tercero, y inaudita prudencia en avèrla encargado al tal Don Bernardino de Velaſco.) Una por una, yo harè, pueſto allà, dixo Don Antonio, las diligencias poſſibles; y haga el Cielo lo que mas fuere ſervido. Don Gregorio ſe irà conmigo à conſolàr la pena que ſus padres deven tenèr por ſu auſencia: Ana Felix ſe quedarà con mi muger en mi caſa, ô en un Monaſterio, y yo sè que el Señor Viſorrey guſtarà, ſe quede en la ſuya el buen Ricote, haſta ver como yo negocio. El Viſorrey conſintiò en todo lo propueſto; pero Don Gregorio, ſabièndo lo que paſſava, dixo: Que en ninguna manera podìa, ni querìa dexar à Doña Ana Felix; pero teniendo intencion de ver à ſus padres, y de dar traça de bolvèr por ella, vino en el decretado concierto. Quedòſe Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en caſa del Viſorrey. Llegòſe el dia de la partìda de Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sancho, que fuè de alli à otros dos; que la caìda no le concediò, que mas preſto ſe puſièſſe en camino. Hùvo lagrimas, hùvo ſuſpìros, deſmayos, y ſollozos al deſpedìrſe Don Gregorio de Ana Felix. Ofreciòle Ricote à Don Gregorio mil eſcudos ſi los querìa, pero el no tomò ninguno, ſino ſolos cinco que le preſtò Don Antonio, prometièndo la paga dellos en la Corte. Con eſto ſe partièron los dos, y Don Quixote, y Sancho deſpues, como ſe ha dicho, Don Quixote deſarmàdo, y de camino, Sancho à pie por ir el ruzio cargado con las armas.

CAPI-

Landesbibliothek Oldenburg

CAPITULO LXVI.

Que trata de lo que verà el que lo leyere, ô lo oyrà el que lo eſcuchàre leer.

AL ſalir de Barcelona bolviò Don Quixote à miràr el ſitio donde avìa caỳdo, y dixo: Aquì fuè Troya; aquì mi deſdìcha, y no mi cobardìa ſe llevò mis alcançadas Glorias; aquì usò la fortuna conmigo de ſus bueltas, y rebueltas; aquì ſe eſcurecièron mis hazañas; aquì finalmente cayò mi ventura para jamas levantàrſe. Oyèndo lo qual Sancho, dixo: Tan de valientes coraçones es, Señor mio, tenèr ſufrimièntо en las deſgracias, como alegrìa en las proſperidades, y eſto lo juzgo por mi miſmo; que ſi, quando era Governador, eſtàva alegre, aora que sòy eſcudero de à pie, no eſtòy triſte; porque he oido dezìr, que eſta que llaman por aì *Fortuna*, es una muger borracha, y antojadìza, y ſobre todo ciega, y aſſi no vèe lo que haze, ni ſabe à quien derriba; ni à quien enſalça. Muy Filoſofo eſtàs, Sancho, reſpondiò Don Quixote, muy à lo diſcreto hablas, no sè quien te lo enſeña. Lo que te sè dezìr, es, que no ày fortuna en el mundo, ni las coſas que en el ſuceden buenas, ô malas que ſean, vienen à caſo, ſino por particular providencia de los Cielos; y de aquì viene lo que ſuele dezìrſe, que cada uno es artifice de ſu ventura. Yo lo he fido de la mia, pero no con la prudencia neceſſaria; y aſſi me han ſalido al Gallarìn mis preſunciones, pues devièra pensàr, que al poderòſo Grandor del cavallo del de la blanca Luna no podìa reſiſtir la flaqueza de Rozinante.

Atrevìme en fin; hize lo que pude; derribàronme; y aunque perdì la honra, no perdì, ni puedo perdèr la virtud de cumplir mi palabra. Quando era Cavallero andante, atrevìdo, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditava mis hechos; y aora quando ſoy Eſcudèro pedeſtre, acreditarè mis palabras, cumplièndo la que dì de mi promeſſa. Camina, pues, amigo Sancho, y vàmos à tenèr en nueſtra tierra el año del noviciàdo, con cuyo encerramièntо cobrarèmos virtud nueva para bolvèr al nunca de mi olvidado exercìcio de las armas. Señor, reſpondiò Sancho, no es coſa tan guſtoſa el caminàr à pie, que me mueva, è incite à hazèr grandes jornadas: Dexèmos eſtas armas colgadas de algun arbol en lugar de un ahorcado y ocupando yo las eſpaldas del ruzio, levantàdos los pies del ſuelo, harèmos las jornadas, como vueſſa mercèd las pidière, y midière; que pensàr, que tengo de caminàr à pie, y hazèrlas grandes, es pensàr en lo eſcusàdo. Bien has dicho, Sancho, reſpondiò Don Quixote: Cuelguenſe mis armas por Trofeo, y al pie dellas, ô al rededor dellas gravarèmos en los arboles lo que en el Trofeo de las armas de Roldan eſtàva eſcrito.

Nadie las mueva,
Que eſtàr no puèda
Con Roldan à pruèva.

Todo eſſo me parece de perlas, reſpondiò Sancho, y ſino fuèra por la falta que para el camino nos avìa de hazèr Rozinante, tambien fuèra bien dexàrle colgado. Pues ni èl, ni

ni las armas, replicò Don Quixote, quiero que ſe ahorquen, porque no ſe diga, que à buen ſervicio mal galardon. Muy bien dize vueſſa mercèd, reſpondiò Sancho, porque ſegun opinion de diſcretos la culpa del aſno no ſe ha de echàr à la albarda; y pues deſte ſuceſſo vueſſa mercèd tiene la culpa, castìgueſe à sì miſmo, y no rebiènten ſus iras por las yà rotas, y ſangrièntas armas, ni por las manſedumbres de Rozinante, ni por la blandura de mis pies,querièndo que caminen mas de lo juſto. En eſtas razones, y platicas ſe les paſsò todo aquel dia, y aun otros quatro ſin ſucedèrles coſa, que eſtorvàſſe ſu camino: Y al quinto dia à la entrada de un lugar hallaron à la puerta de un Meſon mucha gente, que por ſer fieſta ſe eſtàva allì ſolaçàndo. Quando llegava à ellos Don Quixote, un labrador alçò la voz dizièndo: Alguno deſtos dos Señores, que aquì vienen, que no conocen las partes, dirà lo que ſe ha de hazèr en nueſtra apueſta. Si dirè por cierto, reſpondiò Don Quixote, con toda rectitud, ſi es que alcanço à entendèrla. Es pues el caſo, dixo el labrador, Señor bueno, que un vezino deſte lugar, tan gordo que peſa onze arrobas, deſafiò à corrèr à otro ſu vezino, que no peſa mas que cinco. Fuè la condicion, que avìan de corrèr una carrèra de cien paſſos con peſos iguales; y avièndole preguntado al deſafiador, como ſe avìa de igualar el peſo, dixo, que el deſafiado que peſa cinco arrobas, ſe puſièſſe ſeys de hierro acueſtas, y aſſi ſe igualarìan las onze arrobas del flaco con las onze del gordo. Eſſo no, dixo à eſta ſazon Sancho antes que Don Quixote reſpondièſſe, y à mi, que hà pocos dias que ſalì de ſer Governador, y juez (como todo el mundo

ſabe) toca averiguàr eſtas dudas,y dar parecèr en todo pleyto. Reſponde en buena hora, dixo Don Quixote, Sancho amigo, que yo no eſtòy para dar migas à un gato, ſegun traygo alborotàdo, y traſtornàdo el juyzio. Con eſta licencia, dixo Sancho à los labradores, que eſtàvan muchos al rededor dèl la boca abièrta, eſperàndo la ſentencia de la ſuya: Hermanos, lo que el gordo pide, no lleva camino, ni tiene ſombra de juſticia alguna; porque ſi es verdàd lo que ſe dize, que el deſafiado puede eſcogèr las armas, no es bien que eſte las eſcoja tales, que le impidan, ni eſtòrven el ſalir vencedor; y aſſi es mi parecèr, que el gordo deſafiador ſe eſcamonde, monde, entreſaque, pula, atilde, y ſaque ſeys arrobas de ſus carnes de aquì, ô de allì de ſu cuerpo, como mejor le parecière, y eſtuvière; y deſta manera quedando en cinco arrobas de peſo, ſe igualarà, y ajuſtarà con las cinco de ſu contrario, y aſſi podràn correr igualmènte. Voto à tal, dixo un labrador que eſcuchò la ſentencia de Sancho, que eſte Señor ha hablado como un bendito, y ſentenciàdo como un Canònigo; pero à buen ſeguro, que no ha de querèr quitàrſe el gordo una onza de ſus carnes, quanto mas ſeys arrobas. Lo mejor es que no corran, reſpondiò otro, porque el flaco no ſe muela con el peſo, ni el gordo ſe deſcàrne: Y echeſe la mitàd de la apueſta en vino, y llevèmos eſtos Señores à la tàberna de lo caro, y ſobre mi la capa quando lluèva. Yo, Señores, reſpondiò Don Quixote, os lo agradezco, pero no puedo detenèrme un punto; porque penſamièntos, y ſuceſſos triſtes me hazen parecèr deſcortes, y caminàr mas que de paſſo, y aſſi dando de las eſpuelas à Rozinante, paſsò adelante, dexàndolos admiràdos

mirados de avèr viſto, y notàdo aſſi ſu eſtraña figura, como la diſcrecion de ſu criado (que por tal juzgàron à Sancho) y otro de los labradores dixo: Si el criado es tan diſcreto, qual deve de ſer el amo? Yo apoſtarè, que ſi van à eſtudiàr à Salamanca, que en un *Tris* han de venir à ſer Alcaldes de Corte; que todo es burla, ſino eſtudiàr, y mas eſtudiàr, y tenèr favor, y ventura, y quando menos ſe pienſa el hombre, ſe halla con una vara en la mano, ô con una mitra en la cabeça.

AQUELLA noche la paſſaron amo, y moço en mitàd del campo al cielo raſo, y deſcubièrto, y otro dia ſiguièndo ſu camino vièron que hàzia ellos venia un hombre de à pie con unas alforjas al cuello, y una azcona, ô chuzo en la mano (propio talle de correo de à pie,) el qual como llegò junto à Don Quixote, adelantò el paſſo, y medio corrièndo llegò à el, y abraçandole por el muſlo derecho (que no alcançava à mas) le dixo con mueſtras de mucha alegria: O mi Señor Don Quixote de la Mancha, y que gran contento ha de llegàr al coraçon de mi Señor el Duque, quando ſepa, que vueſſa mercèd buelve à ſu Caſtillo, que toda via ſe eſtà en èl con mi Señora la Duquèſſa! No os conozco, amigo, reſpondiò Don Quixote, ni sè quien sòys, ſi vos no me lo dezis. Yo, Señor Don Quixote, reſpondiò el correo, sòy Toſilos el lacayo del Duque mi Señor, que no quiſe peleàr con vueſſa mercèd ſobre el caſamièntо de la hija de Doña Rodriguez. Vàlame Dios, dixo Don Quixote, es poſſible que sòys vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en eſſe lacayo, que dezis, por defraudàrme de la honra de aquella batalla? Calle, Señor bueno,

bueno, replicò el correo, que no hùvo encanto alguno, ni mudança de roſtro; tan lacayo Toſilos entrè en la eſtacada, como Toſilos lacayo ſalì della: Yo pensè casàrme ſin peleàr, por avèrme parecìdo bien la moça; pero ſucediòme al revès mi penſamiènto, pues aſſi como vueſſa mercèd ſe partiò de nueſtro Caſtillo, el Duque mi Señor me hizo dar cien palos por avèr contravenìdo à las ordenanças que me tenìa dadas antes de entràr en la batalla; y todo ha paràdo en que la muchacha es yà Monja, y Doña Rodriguez ſe ha buelto à Caſtilla, y yo voy aora à Barcelona à llevàr un pliego de cartas al Virrey, que le embia mi amo. Si vueſſa mercèd quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquì llevo una calabaça llena de lo caro, con no sè quantas rajitas de queſo de Tronchon, que ſerviràn de llamativo, y deſpertador de la ſed, ſi à caſo eſtà durmièndo. Quiero el embite, dixo Sancho, y echeſe el reſto de la corteſia, y eſcancìe el buen Toſilos à deſpecho, y pesàr de quantos encantadores ày en las Indias. En fin dixo Don Quixote, tu eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te perſuades que eſte correo es encantàdo, y eſte Toſilos contrahècho. Quèdate con el, y hàrtate; que yo me irè adelante poco à poco, eſperàndote à que vengas. Rìoſe el lacayo; deſenvaynò ſu calabaça; deſalforjò ſus rajas, y ſacando un panecillo, el y Sancho ſe ſentàron ſobre la yerva verde, y en buèna paz, y compañia deſpavilàron, y dièron fondo con todo el repueſto de las alforjas con tan buenos alientos, que lamièron el pliego de las cartas, ſolo porque olia à queſo. Dixo Toſilos à Sancho: Sin duda eſte tu amo, Sancho amigo, deve de

sèr

sèr un loco? Como, deve? reſpondiò Sancho, no deve nada à nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura: Bien lo veo yo, y bien ſe lo digo à el; pero que aprovecha? y mas agora que va rematàdo, porque và vencìdo del Cavallero de la blanca Luna. Rogòle Toſilos le contàſſe lo que le avìa ſucedido; pero Sancho le reſpondiò, que era deſcorteſia dexar que ſu amo le eſperàſſe; que otro dia ſi ſe encontràſſen, avrìa lugar para ello: Y levantàndoſe deſpues de avèrſe ſacudido el ſayo, y las migajas de las barbas, antecogiò al ruzio, y dizièndo à Dios, dexò à Toſilos, y alcançò à ſu amo, que à la ſombra de un arbol le eſtàva eſperàndo.

CAPITULO LXVII.

De la reſolucion que tomò Don Quixote de hazèrſe paſtor, y ſeguìr la vida del campo en tanto que ſe paſſava el año de ſu promeſſa, con otros ſuceſſos en verdàd guſtòſos, y buenos.

SI muchos penſamièntos fatigàvan à Don Quixote antes de ſer derribàdo, muchos mas le fatigàron deſpues de caìdo. A la ſombra de un arbol eſtàva, (como ſe ha dicho,) y allì como moſcas à la miel, le acudian y picavan penſamièntos: Unos ivan al deſencanto de Dulcinèa; y otros à la vida que avìa de hazèr en ſu forçòſa retiràda. Llegò Sancho, y alabòle la liberal condicion del lacayo Toſilos. Es poſſible, le dixo Don Quixote, que toda via, ô Sancho, pienſes, que aquel ſea verdadero lacayo? Parece que ſe te ha ido de las mientes avèr viſto à Dulcinèa convertida, y transfor-

trañsformada en labradora, y al Cavallero de los Eſpejos en el Bachiller Carraſco: Obras todas de los Encantadores que me perſiguen. Pero dime aora: Preguntàſte à eſſe Toſilos, que dizes, que ha hecho Dios de Altiſidora? Si ha llorado mi auſencia? O ſi à dexado yà en las manos del olvìdo los enamorados penſamièntos, que en mi preſencia la fatigavan? No eran, reſpondiò Sancho, los que yo tenìa tales, que me dièſſen lugar à preguntàr boberias: Cuerpo de mi, Señor, eſtà vueſſa mercèd aora en terminos de inquirìr penſamièntos agenos, eſpecialmènte amoròſos? Mira, Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia ày de las obras que ſe hazen por amor, à las que ſe hazen por agradecimièntо: Bien puede ſer, que un Cavallero ſea deſamoràdo; pero no puede ſer (hablando en todo rìgor) que ſea deſagradecìdo. Quìſome bien (al parecer) Altiſidora; Diòme los tres tocadores, que ſabes; Llorò en mi partìda: Maldìxome, vitùperòme, quexòſe à deſpecho de la verguença publicamènte: Señales todas de que me adoràva (que las iras de los amantes ſuelen paràr en maldiciones.) Yo no tùve eſperanças que dàrle, ni teſoros que ofrecèrle, porque las mias las tengo entregadas à Dulcinèa; y los teſoros de los Cavalleros andantes ſon como los de los Duendes, aparentes, y falſos, y ſolo puedo dàrle eſtos acuèrdos, que della tengo; ſin perjuyzio, empero, de los que tengo de Dulcinèa, à quien tu agravias con la remiſſion que tienes en açotàrte, y en caſtigàr eſſas carnes, que vea yo comìdas de lobos, que quieren guardàrſe antes para los guſanos, que para el remedio de aquella pobre Señora. Señor, reſpondiò Sancho, ſi và à dezir la verdàd, yo no me puedo

puedo perſuadìr, que los açotes de mis poſadèras tengan que ver con los deſencantos de los encantados, que es como ſi dixèſſemos: Si os duele la cabeça, untàos las rodillas: Alomenos yo oſarè juràr, que en quantas hiſtòrias vueſſa mercèd hà leydo, que tratan de la andante Cavalleria, no ha viſto algun deſencantado por açotes: Pero por ſi, ô por no, yo me los darè quando tenga gana, y el tiempo me dè comodidàd para caſtigàrme. Dios lo haga, reſpondiò Don Quixote, y los Cielos te den gracia para que càigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudàr à mi Señora, que lo es tuya, pues tu eres mio.

En eſtas platicas ivan ſiguièndo ſu camino, quando llegaron al meſmo ſitio, y lugar donde fuèron atropellados de los toros; y reconocièndole Don Quixote, dixo à Sancho: Eſte es el prado donde topàmos à las bizarras paſtoras, y gallardos paſtores, que en èl querìan renovàr, è imitàr à la paſtoral Arcadia: Penſamièntо tan nuevo como diſcreto; à cuya imitacion (ſi es que à ti te parece bien) querria, ô Sancho, que nos convirtièſſemos en paſtores, ſiquièra, el tiempo que tengo de eſtàr recogìdo. Yo comprarè algunas ovejas, y todas las demas coſas, que al paſtoràl exercicio ſon neceſſarias, y llamàndome yo el paſtor Quixotiz, y tu el paſtor Pancino, nos andarèmos por los montes, por las ſelvas, y por los prados, cantàndo aquì, endechando allì, bebièndo de los liquidos criſtales de las fuentes, ô ya de los limpios Arroyuelos, ô de los caudalòſos rios. Darànnos con abundantiſſima mano de ſu dulciſſimo fruto las encinas, aſſièntо los troncos de los duriſſimos alcornoques, ſombra los ſauces, olor las roſas, al-

ſombras de mil colores matizadas los eſtendidos prados, aliento el ayre claro, y puro, luz la luna, y las eſtrellas à pesàr de la eſcuridad de la noche, guſto el canto, alegrìa el lloro, Apolo verſos, el amor conceptos con que podrèmos hazèrnos famòſos, y eternos no ſolo en los preſentes, ſino en los venideros ſiglos. Par diez, dixo Sancho, que me ha quadrado, y aun eſquinado tal genero de vida; y mas que no la ha de avèr aun bien viſto el Bachiller Sanſon Carraſco, y Maeſſe Nicolas el Barbero, quando la han de querèr ſeguìr, y hazèrſe paſtores con noſotros; y aun quiera Dios, no le venga en voluntàd al Cura de entràr tambien en el apriſco, ſegun es de alegre, y amigo de holgàrſe. Tu has dicho muy bien, dixo Don Quixote, y podrà llamàrſe el Bachiller Sanſon Carraſco, ſi entra en el paſtoràl gremio (como entrarà ſin duda) el Paſtor Sanſonino, ô yà el paſtor Carraſcon. El Barbero Nicolas ſe podrà llamàr Niculoſo, como yà el antiguo Boſcan ſe llamò Nemoròſo. Al Cura no sè que nombre le pongàmos, ſino es algun derivativo de ſu nombre, llamandole el paſtor Curiambro. Las paſtoras de quien hemos de ſer amantes, como entre peras podrèmos eſcogèr ſus nombres; y pues el de mi Señora quadra, aſſi al de paſtora, como al de Princeſſa, no ày para que cansàrme en buſcàr otro que mejor le venga. Tu Sancho pondràs à la tuya el que quiſières. No pienſo, reſpondiò Sancho, ponèrle otro alguno, ſino el de Tereſona, que le vendrà bien con ſu gordura, y con el propio que tiene, pues ſe llama Tereſa; y mas que celebrandola yo en mis verſos, vengo à deſcubrìr mis caſtos deſsèos, pues no ando à buſcàr pan de traſtrigo por las ca-

ſas

ſas agenas. El Cura no ſerà bien que tenga paſtora, por dar buen exemplo, y ſi quiſière el Bachiller tenèrla, ſu alma en ſu palma. Vàlame Dios, dixo Don Quixote, y que vida que nos hèmos de dàr, Sancho amigo! que de Churumbelas han de llegar à nueſtros oydos! que de Gaytas Zamoranas! que de Tamborines! y que de Sonajas! y que de Rabeles! Pues que, ſi deſtas diferencias de muſicas reſuena la de los Albogues? Allì ſe veràn caſi todos los inſtrumèntos Paſtorales. Que ſon Albogues, preguntò Sancho, que ni los he oydo nombràr, ni los he viſto en toda mi vida? Albogues ſon, reſpondiò Don Quixote, unas Chapas à modo de candeleros de Açofar, que dando una con otra por lo vacìo, y hueco, haze un ſon fino muy agradable, ni armònico, no deſcontenta, y viene bien con la ruſticidad de la gayta, y del tamborin: Y eſte nombre Albogues es Moriſco, como lo ſon todos aquellos, que en nueſtra Lengua Caſtellana comiençan en *al*; conviene à ſaber, Almoaça, Almorçar, Alhombra, Alguazil, Alucema, Almacen, Alcancia, y otros ſemejantes, que deven ſer pocos mas; y ſolos tres tiene nueſtra Lengua, que ſon moriſcos, y acaban en *I*, y ſon, Borçegui, Zaquiçami, y Maravedi: Alheli, y Alfaqui tanto por el *al* primero, como por el *I* en que acaban, ſon conocìdos por Aràvigos. Eſto te he dicho de paſſo, por avèrmelo reducìdo à la memoria la ocaſion de avèr nombrado Albogues; y hànos de ayudàr mucho, al parecer, en perfecion eſte exercicio, el ſer yo algun tanto Poëta, como tu ſabes, y el sèrlo tambien en eſtremo el Bachiller Sanſon Carraſco. Del Cura no digo nada; pero yo apoſtarè, que deve de tenèr ſus puntas, y

collares de Poëta; y que las tenga tambien Maeſſe Nicolas, no dudo en ello, porque todos, ô los mas ſon guitarriſtas, y copleros. Yo me quexarè de auſencia; tu te alabaràs de firme enamoràdo; El paſtor Carraſcon de deſdeñado; y el Cura Curiambro de lo que el mas puede ſervirſe; y aſſi andarà la coſa, que no àya mas que deſſeàr. A lo que reſpondiò Sancho, yo ſoy, Señor, tan deſgraciàdo, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea. O que polidas cucharas tengo de hazèr, quando paſtor me vea! Que de migas! Que de natas! Que de guirnaldas! y que de zarandajas paſtoriles! que pueſto que no me grangeen fama de diſcreto, no dexaràn de grangeàrme la de ingenioſo. Sanchica mi hija nos llevarà la comida al hato; pero guarda, que es de buen parecer, y ày paſtores mas maliciòſos, que ſimples; y no querrìa que fuèſſe por lana, y bolvièſſe traſquilada; que tambien ſuelen andàr los amores, y los no buenos deſsèos por los campos, como por las ciudades, y por las paſtorales choças como por los Reales palacios; y quitàda la cauſa, ſe quita el pecado; y *ojos que no vèen, coraçon que no quièbra*; *y mas vale ſalto de mata, que ruego de hombres buenos.* No mas refranes, Sancho, dixo Don Quixote, pues qualquièra de los que has dicho, baſta para dar à entendèr tu penſamiento; y muchas vezes te hè aconſejàdo, que no ſeas tan prodigo de refranes, y que te vayas à la mano en dezirlos: Pero parèceme, que es predicàr en deſierto, y *caſtigame mi madre, y yo trompogelas.* Parèceme, reſpondiò Sancho, que vueſſa mercèd es como lo que dizen: *dixo la Sartèn à la Caldera, quìtate allà ojinegra.* Eſtàme reprehendiendo,

Landesbibliothek Oldenburg

do, que no diga yo refranes, y ensàrtalos vueſſa mercèd de dos en dos. Mira Sancho, reſpondiò Don Quixote, yo traygo los refranes à propoſito, y vienen, quando los digo, como anillo en el dedo; pero tràeſlos tu tan por los cabellos, que los arràſtras, y no los guias. Si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes ſon ſentencias breves ſacàdas de la experiencia, y eſpeculacion de nueſtros antiguos ſabios; y el refran que no viene apropoſito, antes es diſparate que ſentencia. Pero dexèmonos deſto, y pues yà viene la noche, retirèmonos del camino real algun trecho, donde paſſarèmos eſta noche, y Dios ſabe lo que ſerà mañana. Retiràronſe, cenaron tarde, y mal, bien contra la voluntàd de Sancho à quien ſe le repreſentàvan las eſtrechezas de la andante Cavalleria, usàdas en las ſelvas, y en los montes; ſi bien tal vez la abundancia ſe moſtrava en los Caſtillos, y caſas, aſſi de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno; pero conſideràva no sèr poſſible sèr ſiempre de dia, ni ſiempre de noche, y aſſi paſsò aquella durmièndo, y ſu amo velàndo.

CAPITULO LXVIII.

De la cerdoſa aventùra que le aconteciò à Don Quixote.

ERA la noche algo eſcùra, pueſto que la Luna eſtàva en el Cielo, pero no en parte que pudièſſe ſer viſta (que tal vez la Señora Diana ſe và à paſſeàr à los Antipodas, y dexa los montes negros y los valles eſcùros.) Cumpliò Don Quixote con la naturaleza durmièndo el primer ſueño ſin dar lugar al ſegundo: Bien al revès de Sancho, que

que nunca tùvo ſegundo, porque le durava el ſueño deſde la noche haſta la mañana, en que ſe moſtràva ſu buena complexion, y pocos cuydados. Los de Don Quixote le deſvelaron de manera, que deſpertò à Sancho, y le dixo: Maravillado eſtòy, Sancho, de la libertàd de tu condicion: Yo imagino que eres hecho de marmol, ô de duro bronze en quien no cabe movimièntо, ni ſentimièntо alguno; yo velo quando tu duermes; yo lloro quando cantas; yo me deſmàyo de ayùno, quando tu eſtas pereçòſo, y deſalentàdo de puro harto: De buenos criados es conllevàr las penas de ſus Señores, y ſentìr ſus ſentimièntos por el bien parecèr ſiquièra. Mira la ſerenidàd deſta noche, la ſoledàd en que eſtàmos, que nos combida à entremetèr alguna vigilia entre nueſtro ſueño. Levàntate por tu vida, y deſvìate algun trecho de aquì, y con buen animo, y denuedo agradecìdo, date treziènтos, ô quatroziènтos açotes à buena cuenta de los del deſencanto de Dulcinèa; y eſto, rogando, te lo ſuplico; que no quiero venir contigo à los braços como la otra vez, porque sè que los tienes pesàdos. Deſpues que te ayas dado, paſſarèmos lo que reſta de la noche cantàndo, yo mi auſencìa, y tu tu firmeza, dando deſde agora principio al exercicio paſtoral, que hemos de tenèr en nueſtra aldea. Señor, reſpondiò Sancho, no sòy yo Religioſo, para que deſde la mitàd de mi ſueño me levante, y me diſcipline. Ni menos me parece, que del eſtremo del dolor de los açotes ſe pueda paſsàr al de la muſica. Vueſſa mercèd me dexe dormir, y no me apriete en lo de açotàrme, que me harà hazer juramento de no tocàrme jàmas el pelo del ſayo, no que al de mis carnes. O alma

alma endurecida! dixo Don Quixote: O eſcudèro ſin piedad! O pan mal empleàdo, y mercèdes mal conſideradas las que te he hecho, y pienſo hazèrte! Por mi te has viſto Governador, y por mi te vèes con eſperanzas propinquas de ſer Conde, ô tener otro Titulo equivalente; y no tardarà el cumplimiento dellas mas, de quanto tarde en paſsàr eſte año, que yo *poſt tenebras ſpero lucem.* No entiendo eſſo, replicò Sancho; ſolo entiendo, que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni eſperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien aya el que inventò el ſueño, capa que cubre todos los humanos penſamièntos, manjàr que quita la hambre, agua que ahuyenta la ſed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmènte moneda general con que todas las coſas ſe compran, balança y peſo que iguala al paſtor con el Rey, y al ſimple con el diſcreto. Solo una coſa tiene mala el ſueño, ſegun he oydo dezir, y es, que ſe parece àla muerte, pues de un dormido à un muerto ày muy poca diferencia. Nunca te he oydo hablàr, Sancho, dixo Don Quixote, tan elegantemènte como aora, por donde vengo à conocèr sèr verdàd el refran, que tu algunas vezes ſueles dezir: *No con quien naces ſino con quien paces.* A peſia tal, replicò Sancho Señor nueſtro amo, no ſoy yo aora el que enſarta refranes, que tambien à vueſſa mercèd ſe le caen de la boca de dos en dos mejor que à mi, ſino que deve de avèr entre los mios y los ſuyos eſta diferencia, que los de vueſſa mercèd vendràn à tiempo, y los mios à deſhora, pero en efeto todos ſon refranes.

En eſto eſtàvan, quando ſintièron un ſordo eſtruendo, y un aſpero ruydo, que por todos aquellos valles ſe eſtendia.

dia. Levantòſe en pie Don Quixote, y puſo mano à la eſpada, y Sancho ſe agazapò debaxo del ruzio, ponièndoſe à los lados el lio de las armas, y la albarda de ſu jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quixote. De punto en punto iva crecièndo el ruydo, y llegàndoſe cerca à los dos temeroſos (alomenos al uno; que del otro yà ſe ſabe ſu valentia.) Es pues el caſo, que llevavan unos hombres à vendèr à una fèria mas de ſeyſcientos puercos, con los quales caminavan à aquellas horas; y era tanto el ruydo que llevavan, y el gruñir, y el bufar, que enſordecièron los oydos de Don Quixote, y de Sancho, que no advertièron lo que ſer podia. Llegò de tropel la eſtendida, y gruñidora piara, y ſin tenèr reſpeto à la autoridàd de Don Quixote, ni à la de Sancho, paſſaron por encima de los dos deſhaziendo las trincheas de Sancho, y derribando no ſolo à Don Quixote, ſino llevando por añadidura à rozinante. El tropel, el gruñir, la preſteza con que llegàron los animales inmundos, puſo en confuſion, y por el ſuelo à la albarda, à las armas, al ruzio, à rozinante, à Sancho, y à Don Quixote. Levantòſe Sancho como mejor pudo, y pidiò à ſu amo la eſpada, dizièndole, que querìa matàr media dozena de aquellos ſeñores, y deſcomedidos puercos, que yà avìa conocìdo que lo eran. Don Quixote le dixo: Dexalos eſtàr, amigo, que eſta afrenta es pena de mi pecado; y juſto caſtigo del Cielo es, que à un Cavallero andante vencìdo le coman adivas, y le piquen aviſpas, y le hollen puercos. Tambien deve de ſer caſtigo del Cielo, reſpondiò Sancho, que à los eſcudèros de los Cavalleros vencidos los punçen moſ-

moſcas, los coman piojos, y les embiſta la hambre. Si los Eſcudèros fuèramos hijos de los Cavalleros à quien ſervìmos, ô parientes ſuyos muy cercanos, no fuèra mucho que nos alcançàra la pena de ſus culpas haſta la quarta generacion; pero que tienen que ver los Pançàs con los Quixotes? Aora bien, tornèmonos à acomodar, y durmàmos lo poco que queda de la noche, y amanecerà Dios, y medrarèmos. Duerme tu, Sancho, reſpondiò Don Quixote, que nacìſte para dormir, que yo que nacì para velàr, en el tiempo que falta de aquì al dia, darè rienda à mis penſamièntos, y los desfogarè en un madrigalete, que ſin que tu lo ſepas, à noche compùſe en la memoria. A mi me parece, reſpondiò Sancho, que los penſamièntos, que dan lugar à hazèr coplas, no deven de ſer muchos. Vueſſa mercèd coplèe quanto quiſière, que yo dormirè quanto pudière: Y luego tomàndo en el ſuelo quanto quiſo, ſe acurrucò, y durmiò à ſueño ſuelto, ſin que fianças, ni deudas, ni dolor alguno ſe lo eſtorvàſſe. Don Quixote arrimado à un tronco de una haya, ô de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no diſtingue el arbol que era) al ſon de ſus meſmos ſuſpiros cantò deſta ſuerte.

Amor, quando yo pièn ſo
En el mal que me das, terrible, y fuerte,
Voy corrièndo à la muerte,
Pensàndo aſſi acabàr mi mal inmenſo:
Mas en llegàndo al paſſo,
Que es puerto en eſte mar de mi tormento,
Tanta alegrìa ſiento,

Que la vida ſe esfuerça, y no le paſſo:
Aſſi el vivir me mata,
Que la muerte me torna à dar la vida.
O condicion no oyda,
La que conmigo muerte, y vida trata!

Cada verſo deſtos acompañava con muchos ſuſpiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel, cuyo coraçon tenìa traſpaſsàdo con el dolor del vencimièntо, y con la auſencia de Dulcinèa. Llegòſe en eſto el dia: Diò el ſol con ſus rayos en los ojos à Sancho: Deſpertò, y eſpereçòſe, sacudièndoſe, y eſtiràndoſe los pereçòſos miembros: Mirò el deſtròço, que avìan hecho los puercos en ſu repoſterìa, y maldixo la piara, y aun mas adelante.

FINALMÈNTE bolvièron los dos à ſu començàdo camino, y al declinàr de la tarde vièron, que hàzia ellos venìan haſta diez hombres de à cavallo, y quatro, ô cinco de à pie. Sobreſaltòſe el coraçon de Don Quixote, y açoròſe el de Sancho, porque la gente que ſe les llegava, trayà lanças, y adargas, y venìa muy à punto de guerra. Bolviòſe Don Quixote à Sancho, y dixole: Si yo pudièra, Sancho, exercitàr mis armas, y mi promèſſa no me huvièra atado los braços, eſta maquina, que ſobre noſotros viene, la tuvièra yo por tortas, y pan pintado; pero podìa ſer, fuèſſe otra coſa de la que temèmos. Llegaron en eſto los de à cavallo, y arbolando las lanças, ſin hablàr palabra alguna, rodeàron à Don Quixote, y ſe las puſièron à las eſpaldas, y pechos, amenazàndole de muerte. Uno de los de à pie, pueſto un dedo en la boca en Señal de que callàſſe,

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

Jnv.t Vanderbank inv.t et Delin.
Vol. 4. p. 323

Gor. Vandergucht sculp. 62

Landesbibliothek Oldenburg

llàſſe, aſſiò del freno de Rozinante, y le ſacò del camino; y los demas de à pie antecogièndo à Sancho, y al Ruzio, guardando todos maravilloſo ſilencio, ſiguièron los paſſos del que guiava à Don Quixote, el qual dos ô tres vezes quiſo preguntàr, adonde le llevavan, ô que querìan; pero apenas començava à movèr los labios, quando ſe los ivan à cerràr con los hierros de las lanças; y à Sancho le acontecìa lo miſmo, porque apenas dava mueſtras de hablàr, quando uno de los de à pie con un aguijon le punçava, y al Ruzio ni mas ni menos como ſi hablàr quiſièra. Cerrò la noche; apreſuràron el paſſo, creciò en los dos preſos el miedo, y mas quando oyèron, que de quando en quando les dezìan: Camìnad Trogloditas, callad Bàrbaros, pagàd Antropofagos, no os quexeys Scytas, ni abràys los ojos Poliſemos matadores, Leones carnicèros; y otros nombres ſemejantes à eſtos, con que atormentàvan los oydos de los miſerables amo, y moço. Sancho iva dizièndo entre ſi: Noſotros Tortolitas, noſotros Barbaros, ni eſtropajos, noſotros perritas, à quien dizen Cita, Cita! no me contentan nada eſtos nombres: A mal viento và eſta parva; todo el mal nos viene junto, como al perro los palos; y oxala paràſſe en ellos lo que amenaza eſta aventùra tan deſventuràda. Iva Don Quixote embelesàdo ſin podèr atinàr con quantos diſcurſos hazìa, que ſerìan aquellos nombres llenos de vituperios que les ponìan, de los quales ſacàva en limpio, no eſperàr ningun bien, y temèr mucho mal. Llegaron en eſto una hora caſi de la noche à un Caſtillo, que bien conociò Don Quixote, que era el del Duque, donde avìa poco que avìan eſtàdo. Vàlame Dios, (dixo aſſi como conociò la

eſtancia) y que ſerà eſto? Si, que en eſta caſa todo es corteſia, y buen comedimièntо; pero para los vencìdos el bien ſe buelve en mal, y el mal en peor. Entràron al patio principal del Caſtillo, y vièronle adereçàdo, y pueſto de manera, que les acrecentò la admiracìon, y les doblò el miedo, como ſe verà en el ſiguiente capitulo.

CAPITULO LXIX.

Del mas raro, y mas nuevo ſuceſſo que en todo el diſcurſo deſta grande hiſtòria avìno à Don Quixote.

APEÀRONSE los de à cavallo, y junto con los de à pie, tomàndo en peſo, y arrebatadamènte à Sancho, y à Don Quixote, los entràron en el patio, al rededor del qual ardìan caſi cien hachas pueſtas en ſus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que à pesàr de la noche que ſe moſtràva algo eſcùra, no ſe echàva de vèr la falta del dia. En medio del patio ſe levantàva un tumulo como dos varas del ſuelo, cubièrto todo con un grandiſſimo doſel de terciopelo negro, al rededor del qual por ſus gradas ardian velas de cera blanca ſobre mas de cien candelèros de plata, encima del qual tumulo ſe moſtràva un cuerpo muerto de una tan hermòſa Donzella, que hazìa parecèr con ſu hermosùra, hermòſa à la miſma muerte: Tenia la cabeça ſobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diverſas, y odoriferas flores texìda: Las manos cruzadas ſobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla, y vencedora palma: A un lado del patio eſtàva pueſto un teatro, y dos ſillas

llas ſentàdos dos perſonages, que por tenèr coronas en la cabeça, y ceptros en las manos, davan ſeñales de sèr algunos Reyes, yà verdadèros, ô yà fingìdos. Al lado deſte teatro, adonde ſe ſubìa por algunas gradas, eſtàvan otras dos ſillas, ſobre las quales los que truxèron los preſos, ſentaron à Don Quixote y à Sancho, todo eſto callando, y dandoles à entendèr por ſeñales à los dos, que aſſi meſmo callàſſen; pero ſin que ſe lo ſeñalàran, callaron ellos, porque la admiracion de lo que eſtàvan miràndo, les tenìa atadas las lenguas. Subièron en eſto al teatro con mucho acompañamièntо dos principales perſonages, que luego fuèron conocìdos de Don Quixote sèr el Duque, y la Duquèſſa ſus hueſpedes, los quales ſe ſentàron en dos riquiſſimas ſillas junto à los dos que parecìan Reyes. Quien no ſe avìa de admiràr con eſto, añadièndoſe à ello avèr conocìdo Don Quixote, que el cuerpo muerto que eſtàva ſobre el tumulo, era el de la hermòſa Altiſidora? Al ſubìr el Duque y la Duquèſſa en el teatro ſe levantàron Don Quixote, y Sancho, y les hizièron una profunda humillacion, y los Duques hizièron lo meſmo, inclinàndo algun tanto las cabeças. Saliò en eſto de traves un miniſtro, y llegandoſe à Sancho, le echò una ropa de bocacì negro encìma, toda pintàda con llamas de fuego, y quitàndole la caperùça, le pùſo en la cabeça una Coròça al modo de las que ſacan los penitenciados por el Santo Oficio; y dìxole al oydo, que no deſcoſièſſe los labios, porque le echarìan una mordaça, ô le quitarìan la vida. Miràvaſe Sancho de arriba à baxo veìaſe ardièndo en llamas, pero como no le quemavan, no las eſtimàva en dos ardites. Quitòſe la coroça, viòla pintàda de diablos;

diablos; bolviòſela à ponèr, dizièndo entre ſi: Aun bien, que ni ellas me abràſan, ni ellos me llevan. Miràvale tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenìa ſuſpenſos los ſentidos, no dexò de reỳrſe de vèr la figura de Sancho. Començò en eſto à ſalìr al parecèr debaxo del tumulo un Son ſumiſo, y agradable de flautas, que por no sèr impedìdo de alguna humana voz (porque en aquel ſitio el meſmo ſilencio guardava ſilencio) aſſimiſmo ſe moſtràva blàndo, y amoròſo. Luego hizo de ſi improviſa mueſtra junto à la Almohada del, al parecèr, cadaver un hermòſo mancebo veſtìdo à lo Romano, que al ſon de una harpa (que èl miſmo tocàva) cantò con ſuaviſſima, y clara voz eſtas dos eſtancias.

En tanto que en ſi buelve Altiſidora,
Muerta por la crueldàd de Don Quixote,
Y en tanto que en la corte encantadòra
Se viſtièren las damas de picote,
Y en tanto que à ſus dueñas mi Señora
Viſtière de Bayeta, y anaſcote,
Cantarè ſu belleza, y ſu deſgracia
Con mejor Plectro, que el Cantor de Tracia.
Y aun no sè me figura que me toca
Aqueſte oficio ſolamènte en vida,
Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
Pienſo movèr la voz à ti devida,
Libre mi alma de ſu eſtrecha roca,
Por el Eſtigio lago conduzida,
Celebràndote irà, y aquel ſonìdo
Harà paràr las aguas del olvìdo.

No

Jn.o Vanderbank inv.t et Delin. Ger: VanderGucht sculp.

Vol: 4 · p: 326

63

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

No mas (dixo à eſta ſazon uno de los dos, que parecìan Reyes:) No mas, cantor divino, que ſerìa procedèr en infinito, repreſentàrnos aora la muerte, y las gracias de la ſin par Altiſidora, no muerta como el mundo ignorante pienſa, ſino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para bolvèrla à la perdìda luz, ha de paſsàr Sancho Pança, que eſtà preſente; y aſſi, ô tu Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lobrègas de Dite, pues ſabes todo aquello, que en los ineſcrutables hados eſtà determinàdo acerca de bolvèr en ſi eſta Donzella, dilo, y declàralo luego, porque no ſe nos dilate el bien que con ſu nueva buelta eſperàmos. Apenas hùvo dicho eſto Minos Juez, y compañero de Radamanto, quando levantàndoſe en pie Radamanto, dixo: Ea miniſtros deſta caſa, altos, y baxos, grandes, y chicos, acudid unos tras otros, y ſellad el roſtro de Sancho con veynte y quatro mamonas, y con doze pellizcos, y ſeys alfilerazos braços y lomos; que en eſta ceremonia conſiſte la ſalud de Altiſidora. Oyèndo lo qual Sancho Pança, rompiò el ſilencio, y dixo: Voto à tal, aſſi me dexe yo ſellàr el roſtro, ni manoſeàrme la cara, como bolvèrme Moro. Cuerpo de mì, que tiene que vèr manoſeàrme el roſtro con la reſurrecion deſta Donzella? *Regoſtòſe la vieja à los bledos:* Encantan à Dulcinèa, y açòtanme para que ſe deſencante: Muereſe Altiſidora de males que Dios quiſo darle, y hanla de reſucitàr, hazèrme à mi veynte y quatro mamonas, y acribàrme el cuerpo à alfilerazos, y à acardenalàrme los braços à pellizcos? Eſſas burlas à un cuñado, que yo ſoy perro viejo, y no ay conmigo Tus, Tus. Moriràs, dixo en alta voz Radamanto:

ablandate

ablandate tigre, humillate Nembrot ſoverbio, y ſufre, y calla, pues no te piden Impoſſibles; y no te metas en averiguàr las dificultades deſte negocio. Mamonado has de ſer, acrevillado te has de ver, pellizcàdo has de gemir. Ea, digo, miniſtros, cumplid mi mandamièntо, ſi no, por la Fè de hombre de bien, que avèys de vèr para lo que naciſtes. Parecièron en eſto, que por el patio venìan haſta ſeys Dueñas en proceſſion una tras otra, las quatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera para hazèr las manos mas largas, (como aora ſe ùſa.) No las hùvo viſto Sancho, quando, bramàndo como un toro, dixo: Bien podrè yo dexàrme manoſeàr de todo el mundo, pero conſentìr que me toquen Dueñas, eſſo no. Gatèenme el roſtro, como hizièron à mi amo en eſte meſmo Caſtillo; traſpàſſenme el cuerpo con puntas de dagas buydas; atenàzenme los braços con tenazas de fuego, que yo lo llevarè en paciencia, por ſervìr à eſtos Señores; pero que me toquen Dueñas, no lo conſentirè, ſi me llevàſſe el diablo. Rompiò tambien el ſilencio Don Quixote, dizièndo à Sancho: Ten paciencia, hijo, y dà guſto à eſtos Señores, y muchas gracias al Cielo, por avèr pueſto tal virtùd en tu perſona, que con el martirio della deſencantes los encantados, y reſucites los muertos. Ya eſtàvan las Dueñas cerca de Sancho, quando el (mas blando, y mas perſuadìdo, ponièndoſe bien en la ſilla) diò roſtro, y barba à la primera, la qual le hizo una mamona muy bien ſellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesìa, menos mudas, Señora Dueña, dixo Sancho, que por Dios que traeys las manos olièndo à vinagrillo.

Finalmènte

Landesbibliothek Oldenburg

J. Vanderbank inv.t et Delin.
Vol. 4. p. 329.

Ger. Vandergucht sculp.

Landesbibliothek Oldenburg

Finalmènte todas las Dueñas le ſellaron,y otra mucha gente de caſa le pellizcaron; pero lo que el no pudo ſufrìr, fuè el punzamiènto de los alfileres, y aſſi ſe levantò de la ſilla, al parecer mohino, y aſſièndo de una hacha encendida, que junto à el eſtava, diò tras las Dueñas, y tras todos ſus verdugos, dizièndo: Afuera, miniſtros infernales, que no ſoy yo de bronze para no ſentìr tan extraordinarios Martirios.

En eſto Altiſidora (que devìa de eſtàr canſada por avèr eſtado tanto tiempo ſupina) ſe bolviò de un lado: Viſto lo qual por los circunſtantes, caſi todos à una voz dixeron: Viva es Altiſidora, Altiſidora vive. Mandò Radamanto à Sancho, que depuſieſſe la ira, pues yà ſe avìa alcançàdo el intento que ſe procurava. Aſſi como Don Quixote viò rebullir à Altiſidora, ſe fuè à ponèr de rodillas delante de Sancho, dizièndole: Aora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que Eſcudèro mio, que te des algunos de los açotes,que eſtàs obligado à darte por el deſencànto de Dulcinèa. Aora digo, que es el tiempo donde tienes ſazonàda la virtùd, y con eficàcia de obrar el bien que de ti ſe eſpèra. A lo que reſpondiò Sancho: Eſto me parece argado ſobre argado, y no miel ſobre hojuelas, bueno ſerìa, que tras pellizcos, mamonas, y alfilerazos vinièſſen aora los açotes? No tienen mas que hazèr, ſino tomàr una gran piedra, y atàrmela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que à mi no me peſarìa mucho, ſi es que para curàr los males agenos, tengo yo de ſer la vaca de la boda. Dèxenme, ſino, por Dios, que lo arroje, y lo eche todo à treze, aunque no ſe venda.

YA en eſto ſe avìa ſentàdo en el tumulo Altifidora, y al miſmo inſtante ſonàron las chirimias, à quien acompañaron las flautas, y las vozes de todos, que aclamavan: Viva Altifidora, Altifidora viva. Levantàronſe los Duques, y los Reyes Minos, y Radamanto, y todos juntos con Don Quixote, y Sancho fuèron à recibir à Altifidora, y a baxàrla del tumulo; La qual hazièndo de la deſmayàda, ſe inclinò à los Duques, y à los Reyes, y miràndo de travès à Don Quixote, le dixo: Dios te lo perdone, deſamoràdo Cavallero, pues por tu crueldad he eſtàdo en el otro mundo, à mi parecèr, mas de mil años. Y à ti, ô el mas compaſſivo Eſcudèro que contiene el Orbe, te agradezco la vida que poſſeo. Diſpon deſde oy mas, amigo Sancho, de ſeys camiſas mias, que te mando, para que hagas otras ſeys para ti, y ſino ſon todas ſanas, alomènos ſon todas limpias. Besòle por ello las manos Sancho con la coroça en la mano, y las rodillas en el ſuelo. Mandò el Duque, que ſe la quitàſſen, y le bolvièſſen ſu caperuça, y le puſièſſen el ſayo, y le quitàſſen la ropa de las llamas. Suplicò Sancho al Duque, que le dexàſſen la ropa, y mitra, que las queria llevàr à ſu tierra por ſeñal, y memoria de aquel nunca viſto ſuceſſo. La Duquèſſa reſpondiò, que ſi dexarìan, que yà ſabìa el, quan grande amiga ſuya era. Mandò el Duque deſpejàr el patio, y que todos ſe recogièſſen à ſus eſtancias, y que à Don Quixote, y à Sancho los llevàſſen à las que ellos yà ſe ſabìan.

CAPI-

Landesbibliothek Oldenburg

Jn.e Vanderbank inv.t et delin.

Ger: Vandergucht sculp.

Vol: 4 P: 330

65

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

CAPITULO LXX.

Que ſigue al de ſeſenta y nueve, y trata de coſas no eſcusàdas para la claridad deſta hiſtòria.

DURMIÒ Sancho aquella noche en una carriola en el meſmo apoſento de Don Quixote, coſa que el quiſièra eſcusàrla ſi pudièra; porque bien ſabìa, que ſu amo no le avìa de dexàr dormir à preguntas, y reſpueſtas, y no ſe hallava en diſpoſicion de hablàr mucho, porque los dolores de los martirios paſsàdos los tenìa preſentes, y no le dexavan libre la lengua; y vinièrale mas à cuento dormir en una choça ſolo, que no en aquella rica eſtancia acompañàdo. Saliòle ſu temor tan verdadèro, y ſu ſoſpecha tan cierta, que apenas hùvo entràdo ſu Señor en el lecho, quando dixo: Que te parece, Sancho, del ſuceſſo deſta noche? Grande y poderòſa es la fuerça del deſden deſamoràdo, como por tus miſmos ojos has viſto muerta à Altiſidora, no con otras ſaëtas, ni con otra eſpada, ni con otro inſtrumènto belico, ni con venenos mortiferos, ſino con la conſideracion del rigor, y el deſden con que yo ſiempre la he tratàdo. Murièraſe ella en hora buena quanto quiſièra, y como quiſièra, reſpondiò Sancho, y dexàrame à mi en mi caſa, pues ni yo la enamorè, ni la deſdeñè en mi vida. Yo no sè, ni puedo pensàr como ſea, que la ſalud de Altiſidora, Donzella mas antojadiza que diſcrèta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martirios de Sancho Pança? Aora ſi que vengo à conocèr clara, y diſtintamènte, que ày Encantadores, y encantos en

el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sè libràr. Con todo eſto ſuplico à vueſſa mercèd, me dexe dormir, y no me pregunte mas, ſino quière que me arròje por una ventana abaxo. Duerme, Sancho amigo, reſpondiò Don Quixote, ſi es que te dan lugar los alfileràzos, y pellizcos recibìdos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicò Sancho llegò à la afrenta de las mamonas, no por otra coſa, que por avèrmelas hecho Dueñas (que confundidas sèan) y torno à ſuplicàr à vueſſa mercèd, me dexe dormir, porque el ſueño es alivio de las miſerias de los que las tienen deſpièrtas. Sea aſſi, dixo Don Quixote; y Dios te acompañe. Durmièronſe los dos, y en eſte tiempo quiſo eſcrivir, y dar cuenta Cide Hamete autor deſta grande hiſtòria, que les moviò à los Duques à levantàr el edificio de la maquina referìda; y dize.

Que no avièndoſele olvidado al Bachiller Sanſon Carraſco, quando el Cavallero de los Eſpejos, fuè venciìdo, y derribado por Don Quixote, cuyo vencimièntо, y cayda borrò, y deſhizo todos ſus deſignios; quiſo bolvèr à provàr la mano, eſperando mejor ſuceſſo que el paſsàdo: Y aſſi informàndoſe del page que llevò la carta, y preſente à Tereſa Pança muger de Sancho, adonde Don Quixote quedava; buſcò nuevas armas, y cavallo, y puſo en el eſcudo la blanca Luna, llevàndolo todo ſobre un macho, à quien guiàva un labrador, y no Tomè Cecial ſu antiguo Eſcudèro, porque no fuèſſe conocìdo de Sancho, ni de Don Quixote. Llegò, pues, al caſtillo del Duque, que le informò del camìno, y derrota que Don Quixote llevava con intento de hallàrſe en las juſtas de Zaragoça. Dìxole aſſimiſmo

mo las burlas que le avìa hecho con la traça del deſencanto de Dulcinèa, que avìa de ſer à coſta de las poſadèras de Sancho. En fin diò cuenta de la burla que Sancho hizo à ſu amo, dandole à entendèr que Dulcinèa eſtàva encantàda, y transformàda en labradora; y como la Duquèſſa ſu muger avìa dado à entendèr à Sancho, que el era el que ſe engañava, porque verdaderamènte eſtàva encantada Dulcinèa, de que no poco ſe riò, y admirò el Bachiller, conſideràndo la agudeza, y ſimplicidàd de Sancho, como del eſtremo de la locura de Don Quixote. Pidiòle el Duque que ſi le hallàſſe, y le vencièſſe, ô no, ſe bolvièſſe por allì à darle cuenta del ſuceſſo. Hìzolo aſſi el Bachiller; partiòſe en ſu buſca; no le hallò en Zaragoça; paſsò adelante, y ſucediòle lo que queda referìdo. Bolviòſe por el Caſtillo del Duque, y contòſelo todo con las condiciones de la batalla, y que yà Don Quixote bolvìa à cumplìr, como buen Cavallero andante, la palabra de retiràrſe un año en ſu aldea, en el qual tiempo podìa ſer, (dixo el Bachiller,) que ſanàſſe de ſu locura. Eſta era la intencion que le avìa movìdo à hazèr aquellas transformaciones, por sèr coſa de laſtima, que un hidalgo tan bien entendìdo, como Don Quixote, fuèſſe loco. Con eſto ſe deſpidiò del Duque, y ſe bolviò à ſu lugar, eſperàndo en èl à Don Quixote, que tras el venìa.

De aquì tomò ocaſion el Duque de hazèrle aquella burla (tanto era lo que guſtàva de las coſas de Sancho, y de Don Quixote;) y hazièndo tomàr los camìnos cerca y lexos del Caſtillo, por todas las partes que imaginò, que podrìa bolvèr Don Quixote, con muchos criados de à pie, y de à ca-

cavallo para que por fuerça, ô de grado le truxèſſen al caſtillo, ſi le hallàſſen. Hallàronle, y dièron aviſo al Duque, el qual yà prevenìdo de todo lo que avìa de hazèr, aſſi como tùvo noticia de ſu llegada, mandò encender las hachas, y las luminarias del pàtio, y ponèr à Altiſidora ſobre el tumulo con todos los aparatos, que ſe han contado, tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdàd à ellos, avìa bien poca diferencia. Y dize mas Cide Hamete, que tiene para ſi, ſer tan locos los burladores, como los burlados; y que no eſtàvan los Duques dos dedos de parecèr tontos, pues tanto ahinco ponìan en burlàrſe de dos tontos, à los quales, el uno durmiendo à ſueño ſuelto, y el otro velando à penſamièntos deſatàdos, les tomò el dia, y la gana de levantàrſe; que las ocioſas plumas, ni vencìdo, ni vencedor jamas dièron guſto à Don Quixote.

Altisidora (en la opinion de Don Quixote buelta de muerte à vida) ſiguièndo el humor de ſus ſeñores, coronada con la miſma guirnalda, que en el tumulo tenìa, y veſtìda una tunicela de tafetan blanco, ſembrada de flores de oro, y ſueltos los cabellos por las eſpaldas, arrimada à un baculo de negro y finiſſimo Ebano entrò en el apoſento de Don Quixote, con cuya preſencia turbado y confuſo ſe encogiò y cubriò caſi todo con las ſabanas, y colchas de la cama, muda la lengua, ſin que acertàſſe à hazèrle cortesìa ninguna. Sentòſe Altiſidora en una ſilla junto à ſu cabeçèra, y deſpues de avèr dado un gran ſuſpiro, con voz tierna, y debilitàda le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas Donzellas atropellan por la honra, y dan licencia à la lengua, que rompa por todo

do inconveniènte, dando noticia en publico de los ſecretos que ſu coraçon encierra, en eſtrecho termino ſe hallan. Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, ſoy una deſtas, apretàda, vencìda, y enamoràda; pero con todo eſto ſufrìda, y honeſta tanto, que por ſerlo tanto, rebentò mi alma por mi ſilencio, y perdì la vida. Dos dias hà que con la conſideracion del rigor con que me has tratado, ô mas duro que marmol à mis quexas, empedernìdo cavallero, he eſtàdo muerta, ô alomenos juzgada por tal de los que me han viſto; y ſino fuera porque el amor, condolièndoſe de mi, depoſitò mi remedio en los martirios deſte buen Eſcudèro, allà me quedàra en el otro mundo. Bien pudièra el amor, dixo Sancho, depoſitàrlos en los de mi aſno, que yo ſe lo agradecièra: Pero dìgame, Señora (aſſi el Cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo) que ès lo que viò en el otro mundo? Que ày en el infierno, porque quien muere deſeſperàdo, por fuerça ha de tenèr aquel paradèro?

La verdad que os diga, reſpondiò Altiſidora, es que yo no devì de morìr del todo, pues no entrè en el infierno; que ſi allà entràra una por una, no pudièra ſalir dèl aunque quiſièra. La verdad es, que lleguè à la puerta adonde eſtàvan jugando haſta una dozena de diablos à la pelota, todos en càlças y en jubon, con balonas guarnecìdas con puntas de randas Flamencas, y con unas bueltas de lo miſmo, que les ſervìan de puños, con quatro dedos de braço de fuera, porque parecièſſen las manos mas largas, en las quales tenìan unas palas de fuego; y lo que mas me admirò fuè, que les ſervìan en lugar de pelotas, libros, al parecèr

cèr llenos de viento, y de borra (coſa maravilloſa, y nueva) pero eſto no me admirò tanto, como el ver, que ſiendo natural de los jugadores el alegràrſe los gananciòſos, y entriſtecèrſe los que pierden, allì en aquel juego todos gruñìan, todos regañavan, y todos ſe maldezìan. Eſſo no es maravilla, reſpondiò Sancho, porque los diablos jueguen, ô no jueguen, nunca pueden eſtàr contentos, ganen, ô no ganen. Aſſi deve de ſer, reſpondiò Altiſidora: Mas ày otra coſa que tambien me admira (quiero dezir, me admirò entonces) y fuè, que al primer volèo no quedàva pelota en pie, ni de provecho para ſervìr otra vez; y aſſi menudeàvan libros nuevos, y viejos, que era una maravilla. A uno dellos nuevo, flamante, y bien enquadernado le dièron un papirotazo, que le ſacàron las tripas, y le eſparcièron las hojas; y dixo un diablo à otro: Miràd que libro es eſſe? Y el diablo le reſpondiò: Eſta es la ſegunda parte de la hiſtòria de Don Quixote de la Mancha, no compueſta por Cide Hamete ſu primer autor, ſino por un Aragones, que el dize ſer natural de Tordeſillas. Quitàdmele de ayˋ, reſpondiò el otro diablo, y metèdle en los abyſmos del infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? reſpondiò el otro. Tan malo, replicò el primero, que ſi de propoſito yo miſmo me puſièra, à hazèrle peor no acertàra. Proſiguièron ſu juego peloteàndo otros libros, y yo por avèr oydo nombràr à Don Quixote, à quien tanto adamo, y quièro, procurè, que ſe me quedàſſe en la memoria eſta viſion. Viſion deviò de ſer ſin duda, dixo Don Quixote, porque no ày otro yo en el mundo, y yà eſſa hiſtòria anda por acà de mano en mano, pero no para en nin-

ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alteràdo en oyr, que ando como cuerpo fantaſtico por las tinieblas del abyſmo, ni por la claridad de la tierra, porque no sòy aquel de quien eſſa hiſtòria trata. Si ella fuère buena, fiel, y verdadèra, tendrà ſiglos de vida ; pero ſi fuère mala, de ſu parto à la ſepultura no ſerà muy largo el camìno.

Iva Altiſidora à proſeguìr en quexàrſe de Don Quixote, quando le dixo Don Quixote: Muchas vezes os he dicho, Señora, que à mi me peſa de que ayais colocàdo en mi vueſtros penſamièntos, pues de los mios antes pueden ſer agradecìdos, que remediàdos. Yo nacì para ſer de Dulcinèa del Tobòſo, y los hados (ſi los huvièra) me dedicàron para ella ; y pensàr que otra alguna hermosùra hà de ocupàr el lugar que ella en mi alma tiene, es pensàr lo impoſſible. Suficiente deſengaño es eſte, para que os retirèys en los limites de vueſtra honeſtidàd, pues nadie ſe puede obligàr à lo impoſſible. Oyendo lo qual Altiſidora, moſtràndo enojàrſe, y alteràrſe, le dixo: Vive el Señor, Don Vacallào, alma de almirez, cuèſco de datil, mas terco, y duro que villano rogàdo, quando tiene la ſuya ſobre el hito, que ſi arremèto à vos, que os tengo de ſacàr los ojos. Pensàys, por ventura, Don vencìdo, y Don molìdo à palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que avèys viſto en eſta noche, ha ſido fingìdo; que no ſoy yo muger, que por ſemejantes camellos avìa de dexàr que me dolièſſe un negro de la uña, quanto mas morìrme. Eſſo crèo yo muy bien, dixo Sancho, que eſto de morìrſe los enamorados, es coſa de riſa ; bien lo pueden ellos dezir, pero hazèr, crealo Judas,

Estàndo en eſtas platicas entrò el muſico cantor, y Poëta, que avìa cantàdo las dos yà referidas eſtancias: El qual hazièndo una gran reverencia à Don Quixote, dixo: vueſſa mercèd, Señor Cavallero, me cuente, y tenga en el numero de ſus mayores ſervidores, porque ha muchos dias, que le ſoy muy aficionàdo aſſi por ſu fama, como por ſus hazañas. Don Quixote le reſpondiò: Vueſſa mercèd me diga quien es, para que mi cortesìa reſponda à ſus merecimièntos. El moço reſpondiò, que era el Muſico, y Panegirico de la noche antes. Por cierto, replicò Don Quixote, vueſſa mercèd tiene eſtremada voz; pero lo que cantò, no me parece que fuè muy à propoſito; porque que tienen que vèr las eſtancias de Garcilaſſo con la muerte deſta Señora? No ſe maraville vueſſa mercèd deſſo, reſpondiò el muſico, que yà entre los intònſos Poëtas de nueſtra edàd ſe ùſa, que cada uno eſcriva como quiſière, y hurte de quien quiſière, venga, ô no venga à pelo de ſu intento; y yà no ày neceſſidad que canten, ô eſcrivan, que no ſe atribuya à licencia poëtica.

Responder quiſièra Don Quixote, pero eſtorvàronlo el Duque y la Duquèſſa que entràron à vèrle, entre los quales paſſaron una larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donayres, y tantas malicias, que dexàron de nuevo admiràdos à los Duques, aſſi con ſu ſimplicidad, como con ſu agudèza. Don Quixote les ſuplicò, le dièſſen licencia para partìrſe aquel miſmo dia, pues à los vencìdos Cavalleros como el, mas les convenìa habitàr una zahurda, que no Reales Palacios. Dièronſela de muy buena gana, y la Duquèſſa le preguntò, ſi quedava en ſu gracia Altiſidora?

El

El reſpondiò, Señora mia, ſepa vueſſa Señoria, que todo el mal deſta Donzella nace de ocioſidàd, cuyo remedio es la ocupacion honèſta, y contìnua. Ella me ha dicho aquì, que ſe uſan randas en el infierno, y pues ella las deve de ſaber hazèr, no las dexe de la mano; que ocupada en meneàr los palillos, no ſe mencaràn en ſu imaginacion la imagen, ô imagenes de lo que bien quière; y eſta es la verdàd, eſte mi parecer, y eſte mi conſejo. Y el mio, añadiò Sancho, pues no he viſto en toda mi vida randera, que por amor ſe aya muerto; que las Donzellas ocupadas mas ponen ſus penſamièntos en acabàr ſus tareas, que en pensàr en ſus amores: Por mi lo digo, pues mientras eſtòy cabando, no me acuerdo de mi oyſlo, digo de mi Tereſa Pança, à quien quiero mas que à las peſtañas de mis ojos. Vos dezis muy bien, Sancho, dixo la Duquèſſa, y yo harè, que mi Altiſidora ſe ocupe de aquì adelante en hazèr alguna labor blanca, que la ſabe hazèr por eſtremo. No ày para que, Señora, reſpondiò Altiſidora, uſar deſſe remedio, pues la conſideracion de las crueldades, que conmigo ha uſado eſte malandrìn moſtrenco, me le borraràn de la memoria ſin otro artificio alguno, y con licencia de vueſtra Grandeza me quiero quitàr de aquì, por no vèr delante de mis ojos, yà no ſu triſte figura, ſino ſu fea, y abominable catadura. Eſſo me parece, dixo el Duque, à lo que ſuele dezirſe; que aquel que dize injurias, cerca eſtà de perdonàr. Hizo Altiſidora mueſtra de limpiàrſe las lagrimas con un pañuelo, y hazièndo reverencia à ſus Señores, ſe ſaliò del apoſento. Màndote yo, dixo Sancho, pobre Donzella, màndote, digo, mala ventùra, pues las has

avìdo con una alma de eſparto, y con un coraçon de encina: A fè, que ſi las huvièras conmigo, que otro gallo te cantàra. Acabòſe la platica, viſtiòſe Don Quixote, comiò con los Duques, y partiòſe aquella tarde.

CAPITULO LXXI.

De lo que à Don Quixote le ſucediò con ſu eſcudero Sancho yèndo à ſu aldea.

IVA el vencìdo, y aſſendereàdo Don Quixote, penſatìvo ademàs por una parte, y muy alegre por otra. Cauſava ſu triſteza el vencimièntо, y la alegria el conſideràr en la virtùd de Sancho (como lo avìa moſtrado en la reſurrecion de Altiſidora, aunque con algun eſcrupulo ſe perſuadìa, à que la enamorada Donzella fuèſſe muerta de veras) el caſi cierto deſencànto de Dulcinèa. No iva nada alegre Sancho, porque le entriſtecìa ver, que Altiſidora no le avìa cumplìdo la palabra de dàrle las camiſas; y yèndo, y vinièndo en eſto, dixo à ſu amo: En verdàd, Señor, que sòy el mas deſgraciado Medico, que ſe deve de hallàr en el mundo, en el qual ày Fiſicos, que con matàr al enfermo que curan, quieren sèr pagàdos de ſu trabajo, que no es otro ſino firmàr una cedulilla de algunas medicinas, que no las haze el, ſino el Boticario, y càtalo cantusàdo: Y à mi, que la ſalud agena me cueſta gotas de ſangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos, y açotes, no me dan un ardite: Pues yo les voto à tal, que ſi me traen à las manos algun otro enfermo, que antes que le cure, me han de untàr las mias; que *el Abad de lo que canta, yanta*; y no quiero creèr, que me

me àya dado el Cielo la virtùd que tengo, para que yo la comunique con otros *de Bobilis Bobilis*. Tu tienes razon, Sancho amigo, dixo Don Quixote, y hàlo hecho muy mal Altisidora en no avèrte dado las prometìdas camisas, y puesto que tu virtùd es *gratis data*, que no te ha costàdo estudio alguno, mas que estudio es recibìr martìrios en tu persona. De mi te sè dezir, que si quisièras paga por los açotes del dessencanto de Dulcinèa, yà te la huvièra dado tal como buena; pero no sè, si vendrà bien con la cura la paga, y no querrìa, que impidièsse el premio à la medicina: Con todo esso me parece, que no se perderà nada en provàrlo: Mira, Sancho, el que quieres, y açòtate luego, y pàgate de contado, y de tu propia mano pues tienes dineros mios.

A estos ofrecimièntos abriò Sancho los ojos, y las orejas de un palmo, y diò consentimiènto en su coraçon à açotàrse de buena gana, y dixo à su amo: Agora bien, Señor, yo quièro disponèrme à dar gusto à vuessa mercèd en lo que dessèa con provecho mio; que el amor de mis hijos, y de mi muger me haze, que me muestre interessàdo. Dìgame vuessa mercèd, quanto me darà por cada açote que me dière? Si yo te huvièra de pagàr, Sancho, respondiò Don Quixote, conforme lo que merece la grandeza, y calidàd deste remedio, el tesoro de Venecia, y las minas del Potosì fueran poco para pagàrte: Toma tu el tiento à lo que llevas mio, y pon el precio à cada açote. Ellos, respondiò Sancho, son tres mil, y trecìentos, y tantos: Dellos me he dado hasta cinco: Quedan los demas: Entren, entre los tantos estos cinco y vengàmos à los tres mil, y trecientos, que à quartillo cada uno (que no llevarè menos, si todo el

mundo

mundo me lo mandàſſe) montan à tres mil, y treſcientos quartillos, que ſon los tres mil; mil y quinientos medios reales, que hazen ſetecientos y cincuenta reales; y los trecientos hazen ciento y cinquenta medios reales, que vienen à hazèr ſetenta y cinco reales, que juntandoſe à los ſetecientos y cinquenta, ſon por todos ochocientos y veynte y cinco reales. Eſtos desfalcarè yo de los que tengo de vueſſa mercèd, y entrarè en mi caſa rico, y contento, aunque bien açotàdo; porque no ſe toman truchas... y no digo mas. O Sancho bendito! O Sancho amable, reſpondiò Don Quixote, y quan obligados hemos de quedàr Dulcinèa, y yo à ſervìrte todos los dias que el Cielo nos dière de vida, ſi ella buelve al ſer perdìdo: (que no es poſſible, ſino que buelva.) Su deſdicha avrà ſido dicha, y mi vencimièntо, feliciſſimo triunfo. Y mira, Sancho, quando quières començàr la diſciplina, que porque la abrèvies, te añado cien reales. Quando? eſta noche ſin falta, reſpondiò Sancho; procùre vueſſa mercèd que la tengàmos en el campo al Cielo abièrto, que yo me abrirè mis carnes.

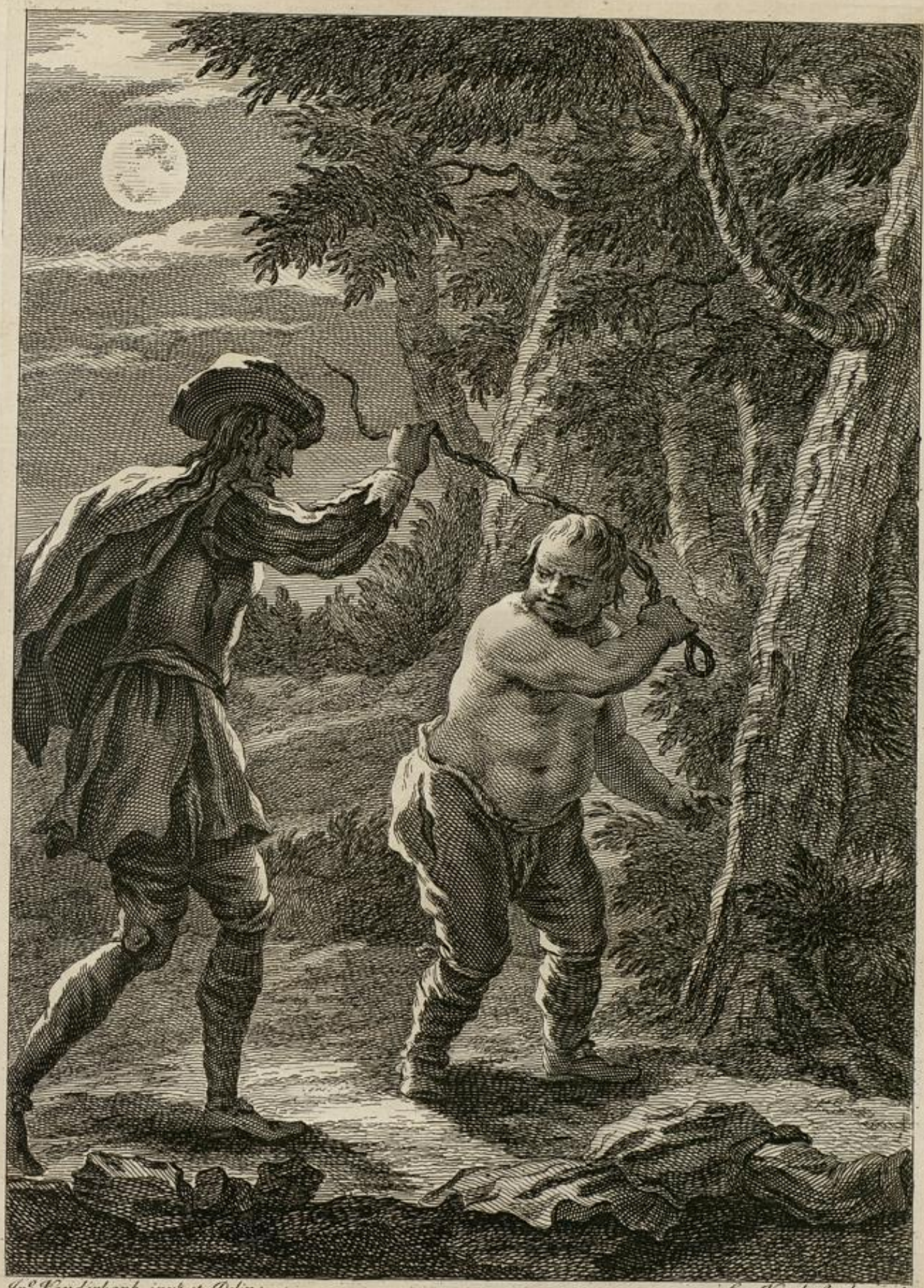
Llegò la noche tan eſperàda de Don Quixote con la mayor anſia del mundo, parecièndole, que las ruedas del carro de Apolo ſe avìan quebrado, y que el dia ſe alargàva mas de lo acoſtumbràdo: Bien aſſi como acontece à los enamoràdos, que jamas ajuſtan la cuenta de ſus deſsèos. Finalmènte ſe entràron entre unos amenos arboles, que poco deſviados del camìno eſtàvan, donde dexando vacìas la ſilla y albarda de Rozinante, y el Ruzio, ſe tendièron ſobre la verde yerva, y cenàron del repueſto de Sancho; el qual hazièndo del cabeſtro y de la xaquima del Ruzio un poderòſo,

y

y flexible açote, ſe retirò haſta veynte paſſos de ſu amo entre unas hayas. Don Quixote, que le viò ir con denuedo, y con brio, le dixo. Mira amigo, que no te hagas pedaços; dà lugar que unos açotes aguarden à otros; no quieras apreſuràrte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento (quiero dezìr) que no te des tan rezio, que te falte la vida antes de llegàr al numero deſſeàdo: Yporque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo eſtarè deſde à parte contàndo por eſte mi roſario los açotes que te dières. Favorèzcate el Cielo conforme tu buena intencion merece. *Al buen pagador no le duelen prendas*, reſpondiò Sancho; yo pienſo darme de manera, que ſin matàrme, me duela; que en eſto deve de conſiſtìr la ſuſtancia deſte milagro. Deſnudòſe luego de medio cuerpo arriba, y arrebatàndo el cordel, començò à dàrſe, y començò Don Quixote à contàr los açotes. Haſta ſeys, ô ocho ſe avrìa dado Sancho, quando le pareciò ſer peſada la burla, y muy barato el precio della, y detenièndoſe un poco, dixo à ſu amo, que ſe llamava à engaño, porque merecìa cada açote de aquellos ſer pagado à medio real, no que à quartillo. Proſigue, Sancho amigo, y no deſmàyes, le dixo Don Quixote, que yo doblo la parada del precio. Deſſe modo, dixo Sancho, à la mano de Dios, y lluevan açotes: Pero el ſocarron dexò de dàrſelos en las eſpaldas, y dava en los arboles, con unos ſuſpìros de quando en quando, que parecìa, que con cada uno dellos ſe le arrancàva el alma. Tierna la de Don Quixote, temeròſo de que no ſe le acabàſſe la vida, y no conſiguièſſe ſu deſsèo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida, amigo, que ſe quede en eſte punto eſte negocio, que me parece muy aſpera

pera eſta medicìna, y ſerà bien dàr tiempo al tiempo; que *no ſe ganò Zamora en una hora.* Mas de mil açotes, ſi yo no he contado mal, te has dado; baſtan por aora; que el aſno (hablando à lo groſſero) ſufre la carga, mas no la ſobrecarga. No, no Señor, reſpondiò Sancho, no ſe ha de dezìr por mi, *à dineros pagados, braços quebrados.* Apàrteſe vueſſa mercèd otro poco, y dèxeme dar otros mil açotes ſiquièra; que à dos llevadas deſtas, avrèmos cumplìdo con eſta partìda, y aun nos ſobrarà ropa. Pues tu te hallas con tan buena diſpoſicion, dixo Don Quixote, el Cielo, te ayude, y pègate, que yà me aparto. Bolviò Sancho à ſu tarèa con tanto denuèdo, que yà avìa quitàdo las cortezas à muchos arboles (tal era la riguridad con que ſe daya) y alçando una vez la voz, y dando un deſſaforado açote en una haya, dixo: Aquì morirà Sanſon, y quantos con el ſon. Acudiò Don Quixote luego al ſon de la laſtimada voz, y del golpe del riguroſo açote, y aſiendo del torcìdo cabeſtro, que le ſervìa de corvacho à Sancho, le dixo: No permìta la ſuerte, Sancho amigo, que por el guſto mio, pierdas tu la vida, que ha de ſervìr para ſuſtentàr à tu muger, y à tus hijos. Eſpere Dulcinèa mejor coyuntùra, que yo me contendrè en los limites de la eſperança propinqua, y eſperarè, que cobres fuerças nuevas para que ſe concluya eſte negocio à guſto de todos. Pues vueſſa mercèd, Señor mio, lo quière aſſi, reſpondiò Sancho, ſea en buena hora, y echeme ſu ferreruelo ſobre eſtas eſpaldas, que eſtòy ſudando, y no querrìa reſfriàrme; que los nuevos diciplinantes corren eſte peligro. Hìzolo aſſi Don Quixote, y quedàndoſe en pelota, abrigò à Sancho, el qual

ſe



Jn.º Vanderbank inv.t et Delin:
Vol·4·p·344·

Ger: VanderGucht Sculp:
66

Landesbibliothek Oldenburg

Landesbibliothek Oldenburg

ſe durmiò haſta que le deſpertò el ſol; y luego bolvièron à proſeguìr ſu camìno, à quien dièron fin por entonces en un lugar, que tres leguas de alli eſtàva.

APEARONSE en un meſon, que por tal le reconociò Don Quixote, y no por Caſtillo de cava honda, torres, raſtrillos, y puente levadìza (que deſpues que le vencièron, con mas juyzio en todas las Coſas diſcurrìa, como aora ſe dirà.) Alojàronle en una ſala baxa à quien ſervìan de guadamacìles unas ſargas viejas pintadas, como ſe ùſan en las aldeas. En una dellas eſtàva pintada de maliſſima mano el robo de Elena, quando el hueſped atrevìdo ſe la llevò à Menelào; y en otra eſtàva la hiſtòria de Dido, y Eneas, ella ſobre una alta torre, como que hazìa de ſeñas con una media ſabana al fugitìvo hueſpèd, que por el mar ſobre una fragata, ô vergantin ſe iva huyèndo. Notò en las dos hiſtòrias, que Elena no iva de muy mala gana, porque ſe reỳa à ſocàpa, y à lo ſocarron; pero la hermoſa Dido moſtràva vertèr lagrimas del tamaño de nuezes por los ojos: Vièndo lo qual Don Quixote, dixo: Eſtas dos Señoras fuèron deſdichadiſſimas por no avèr nacìdo en eſta edàd, y yo ſobre todos deſdichàdo por no avèr nacìdo en la ſuya; pues ſi yo encontràra à aqueſtos Señores, ni fuèra abraſsàda Troya, ni Cartago deſtruỳda, pues con ſolo que yo matàra à Parìs, ſe eſcusàran tantas deſgracias. Yo apoſtarè, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de avèr bodegòn, venta, ni meſon, ô tienda de barbero, donde no ande pintada la hiſtòria de nueſtras hazañas; pero querrìa yo, que la pintàſſen manos de otro mejor pintor, que el que ha pintàdo à eſtas. Tienes razon, Sancho, dixo Don Quixote, porque

eſte Pintor es como Orbaneja, un Pintor que eſtàva en Ubeda, que quando le preguntavan, que pintava? Reſpondìa: Lo que ſalière; y ſi por ventùra pintava un gallo, eſcrivia debaxo: *Eſte es gallo*, porque no pensàſſen, que era *Zorra*. Deſta manera me parece à mi, Sancho, que deve de ſer el pintor, ô eſcritor (que todo es uno) que ſacò à luz la hiſtòria deſte nuevo Don Quixote que ha ſalìdo; que pintò, ô eſcriviò lo que ſalière: O avrà ſido como un Poëta, que andava los años paſsàdos en la Corte, llamado Mauleon, el qual reſpondìa de repente à quanto le preguntavan; y preguntàndole uno, que que querìa dezìr: *Deum de Deo?* reſpondiò: *Dè donde dière.*

Pero dexàndo eſto à parte, dime, ſi pienſas, Sancho, darte otra tanda eſta noche? Y ſi quières que sèa debaxo de techado, ô al Cielo abièrto? Par diez, Señor, reſpondiò Sancho, que para lo que yo pienſo dàrme, eſſo ſe me dà en caſa, que en el campo; pero con todo eſſo querrìa que fuèſſe entre arboles, que parece que me acompañan, y me ayùdan à llevàr mi trabajo maravilloſamènte. Pues no ha de sèr aſſi, Sancho amigo, reſpondiò Don Quixote, ſino que para que tomes fuerças, lo hemos de guardar para nueſtra aldea, que à lo mas tarde llegarèmos à ella deſpues de mañana. Sancho reſpondiò, que hizièſſe ſu guſto; pero que el quiſière concluỳr con brevedàd aquel negocio à ſangre caliente, y quando eſtàva picado el molino, porque en la tardança ſuele eſtàr muchas vezes el peligro; y *à Dios rogando, y con el maço dando*; y que *mas valia un toma, que dos te darè*; y *el paxaro en la mano, que el Buytre volàndo.* No mas refranes, Sancho, por un ſolo Dios, dixo

dixo Don Quixote, que parece, que te buelves al *Sicut erat*. Habla à lo llano, à lo liſo, à lo no intricàdo, como muchas vezes te he dicho, y veràs como te vale un pan por ciento. No sè que mala ventùra es eſta mia, reſpondiò Sancho, que no sè dezìr razon ſin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me enmendarè ſi pudière; y con eſto ceſsò por entonces ſu platica.

CAPITULO LXXII.

De como Don Quixote, y Sancho llegàron à ſu aldea.

TODO aquel dia, eſperàndo la noche, eſtuvièron en aquel lugar y meſon Don Quixote, y Sancho, el uno para acabàr en la campaña raſa la tanda de ſu diſciplina; y el otro para vèr el fin della, en el qual conſiſtia el de ſu deſsèo. Llegò en eſto al meſon un caminante à cavallo con tres, ô quatro criados, uno de los quales dixo al que el Señor dellos parecìa: Aquì puede vueſſa mercèd, Señor Don Alvaro Tarfe, paſsàr oy la ſieſta; La poſada parece limpia, y freſca. Oyèndo eſto Don Quixote, dixo à Sancho: Mira, Sancho, quando yo hojeè aquel libro de la ſegunda parte de mi hiſtòria, me parece que de paſſada topè allì eſte nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien podrà ſer, reſpondiò Sancho: Dexèmoſle apeàr, que deſpues ſe lo preguntarèmos. El Cavallero ſe apeò, y frontèro del apoſento de Don Quixote la hueſpeda le diò una ſala baxa enjaezada con otras pintadas ſargas, como las que tenìa la eſtancia de Don Quixote. Pùſoſe el rezien venido Cavallero à lo de verano; y ſalièndoſe al portal del meſon, que era

eſpaciòſo, y freſco, por el qual ſe paſſeàva Don Quixote, le preguntò, adonde bueno camìna vueſſa mercèd, Señor Gentilhombre? Y Don Quixote le reſpondiò: A una aldea que eſtà aquì cerca, de donde ſoy natural. Y vueſſa mercèd donde camìna? le preguntò Don Quixote. Yo, Señor, reſpondiò el Cavallero, voy à Granada, que es mi patria. Y buena patria, reſpondiò Don Quixote; pero dìgame vueſſa mercèd por cortesìa ſu nombre, porque me parece, que me ha de importàr ſabèrlo mas de lo que buenamènte puede dezìrſe. Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, reſpondiò el hueſpèd. A lo que replicò Don Quixote: Sin duda alguna pienſo que vueſſa mercèd deve de ſer aquel Don Alvaro Tarfe que anda imprèſſo en la ſegunda parte de la hiſtòria de Don Quixote de la Mancha, rezien imprèſſa, y dada à la luz del mundo por un autor moderno. El miſmo ſoy, reſpondiò el Cavallero, y el tal Don Quixote, Sujeto principal de la tal hiſtòria, fuè grandiſſimo amigo mio, y yo fuỳ el que le ſacò de ſu tierra, ô alomènos le movì à que vinièſſe à unas juſtas que ſe hazìan en Zaragoça, adonde yo iva; y en verdàd en verdàd que le hize muchas amiſtàdes, y que le quitè de que no le palmeàſſe las eſpaldas el verdugo, por ſer demaſiadamènte atrevìdo. Y dìgame vueſſa mercèd, Señor Don Alvaro, parezco yo en algo à eſſe tal Don Quixote que vueſſa mercèd dize? No por cierto, reſpondiò el hueſpèd, en ninguna manera. Y eſſe Don Quixote, dixo el nueſtro, trayỳa conſigo à un Eſcudero llamado Sancho Pança? Si trayỳa, reſpondiò Don Alvaro; y aunque tenìa fama de muy graciòſo, nunca le oỳ dezir gracia, que la tuvièſſe. Eſſo creo yo muy bien, dixo

à

à eſta ſazon Sancho, porque el dezìr gracias no es para todos; y eſſe Sancho que vueſſa mercèd dize, Señor Gentilhombre, deve de ſer àlgun grandiſſimo vellaco, frion, y ladron juntamènte; que el verdadèro Sancho Pança ſoy yo, que tengo mas gracias que llovìdas; y ſino haga vueſſa mercèd la experiencia, y andeſe tras de mi por lo menos un año, y verà, que ſe me caen à cada paſſo; y tales, y tantas, que ſin ſaber yo las mas vezes lo que me digo, hago reỳr à quantos me eſcuchan: Y el verdadèro Don Quixote de la Mancha, el famoſo, el valiente, y el diſcreto, el enamoràdo, el desfazedor de agravios, el tutor de pupilos, y huerfanos, el amparo de las viudas, el matador de las donzellas, el que tiene por unica Señora à la ſin par Dulcinèa del Tobòſo, es eſte Señor que eſtà preſente, que es mi amo: Todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Pança es burlerìa, y coſa de ſueño. Por Dios que lo creo, reſpondiò Don Alvaro, porque mas gracias avèys dicho, vos amigo, en quatro razones que avèys hablado, que el otro Sancho Pança en quantas yo le he oydo hablàr, que fuèron muchas. Mas tenìa de comilon, que de bienhablàdo, y mas de tonto, que de graciòſo; y tengo por ſin duda, que los encantadores que perſiguen à Don Quixote el bueno, han querìdo perſeguìrme à mi con Don Quixote el malo; pero no sè que me diga; que oſarè yo juràr, que le dexo metìdo en la caſa del Nuncio en Toledo para que le curen; y aora remanece aquì otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no sè, ſi ſoy el bueno; pero sè dezir, que no ſoy el malo. Para prueva de lo qual quièro que ſepa vueſſa mercèd, mi

Señor

Señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he eſtàdo en Zaragoça; antes por avèrme dicho, que eſſe Don Quixote fantaſtico ſe avìa hallado en las juſtas deſſa ciudad, no quìſe yo entràr en ella, por ſacàr à las barbas del mundo ſu mentìra; y aſſi me paſsè de claro à Barcelona, Archivo de la cortesìa, albergue de los eſtrangèros, hoſpital de los pobres, patria de los valientes, vengança de los ofendìdos, y correſpondencia grata de firmes amiſtades; y en ſitio, y en belleza, unica: Y aunque los ſuceſſos que en ella me han ſucedìdo, no ſon de mucho guſto, ſino de mucha peſadumbre, los llevo ſin ella, ſolo por avèrla viſto. Finalmènte, Señor Don Alvaro Tarfe, yo ſoy Don Quixote de la Mancha, el miſmo que dize la fama, y no eſſe deſventuràdo que ha querìdo uſurpàr mi nombre, y honràrſe con mis penſamièntos. A vueſſa mercèd ſuplico, por lo que deve à ſer Cavallero, ſea ſervìdo de hazèr una declaracion ante el Alcalde deſte lugar de que vueſſa mercèd no me ha viſto en todos los dias de ſu vida haſta aora; y de que yo no sòy el Don Quixote imprèſſo en la ſegunda parte, ni eſte Sancho Pança mi Eſcudero es aquel que vueſſa mercèd conociò. Eſſo harè yo de muy buena gana, reſpondiò Don Alvaro, pueſto que cauſe admiracion vèr dos Don Quixotes, y dos Sanchos à un miſmo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: Y buelvo à dezìr, y me afirmo, que no he viſto lo que he viſto, ni ha paſsàdo por mi lo que ha paſsàdo. Sin duda, dixo Sancho, que vueſſa mercèd deve de eſtàr encantàdo, como mi Señora Dulcinèa del Tobòſo; y pluguièra al Cielo, que eſtuvièra el deſencanto de vueſſa mercèd en darme otros

tres

Landesbibliothek Oldenburg

Jnᵒ Vanderbank invᵗ et Delin
Vol: 4. P: 351

Ger. Vandergucht sculp.

67

Landesbibliothek Oldenburg

tres mil, y tantos açotes, como me dòy por ella, que yo me los dièra ſin interes alguno. No entiendo eſſo de açotes, dixo Don Alvaro. Y Sancho le reſpondiò, que era largo de contàr, pero que el ſe lo contarìa, ſi à caſo ivan un meſmo camìno.

Llegò en eſto la hora de comèr: comièron juntos Don Quixote, y Don Alvaro: entrò à caſo el Alcalde del pueblo en el meſon con un eſcrivano, ante el qual Alcalde pidiò Don Quixote por una peticion, de que à ſu derecho convenìa de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero que allì eſtàva preſente, declaràſſe ante ſu mercèd, como no conocìa à Don Quixote de la Mancha, que aſſi meſmo eſtàva allì preſente, y que no era aquel que andava imprèſſo en una hiſtòria intitulada: *Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha, compueſta por un tal de Abellaneda, natural de Tordeſillas.* Finalmènte el Alcalde proveyò juridicamènte: La declaracion ſe hizo con todas las fuerças, que en tales caſos devìan hazèrſe, con lo que quedàron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como ſi les importàra mucho ſemejante declaracion, y no moſtràra claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, ſus obras, y ſus palabras. Muchas corteſìas, y ofrecimièntos paſsàron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales moſtrò el gran Manchego ſu diſcrecion de modo, que deſengañò à Don Alvaro Tarfe del error en que eſtàva; el qual ſe diò à entendèr, que devìa de eſtàr encantado, pues tocàva con la mano dos tan contrarios Don Quixotes. Llegò la tarde; partièronſe de aquel lugar, y à obra de media legua ſe apartavan dos camìnos diferentes, el uno que guiava à la aldea de Don Qui-

Quixote; y el otro el que avìa de llevàr Don Alvaro. En eſte poco eſpacio le contò Don Quixote la deſgracia de ſu vencimièntо, y el encanto, y el remedio de Dulcinea, que todo pùſo en nueva admiracion à Don Alvaro; el qual abraçando à Don Quixote, y à Sancho, ſiguiò ſu camìno, y Don Quixote el ſuyo, que aquella noche la paſsò entre otros arboles por dar lugar à Sancho de cumplìr ſu penitencia, que la cumpliò del miſmo modo, que la paſsàda noche à coſta de las cortezas de las hayas, harto mas que de ſus eſpaldas, que las guardò tanto, que no pudièran quitàr los açotes una moſca, aunque la tuvièra encima. No perdiò el engañado Don Quixote un ſolo Golpe de la cuenta, y hallò que con los de la noche paſſada eran tres mil, y veynte y nueve.

Parece que avìa madrugàdo el Sol à vèr el ſacrificio, con cuya luz bolvièron à proſeguìr ſu camìno, tratàndo entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado avìa ſido tomàr ſu declaracion ante la Juſticia, y tan autenticamènte. Aquel dia, y aquella noche caminaron ſin ſucedèrles coſa digna de contàrſe, ſino fuè, que en ella acabò Sanchò ſu tarèa, de que quedò Don Quixote contento ſobre modo, y eſperàva el dia por vèr ſi en el camìno topàva yà deſencantàda à Dulcinèa ſu Señora; y ſiguièndo ſu camìno, no topàva muger ninguna, que no iva à reconocèr, ſi era Dulcinèa del Tobòſo, tenièndo por infalible, no podèr mentìr las promèſſas de Merlin. Con eſtos penſamièntos, y deſsèos ſubièron una cueſta arriba, deſde la qual deſcubrièron ſu aldea, la qual viſta de Sancho, ſe hincò de rodillas, y dixo: Abre los ojos, deſsèada patria,

patria, y mìra que buelve à ti Sancho Pança tu hijo, ſino muy rìco, muy bien açotàdo. Abre los braços, y recìbe tambien tu hijo Don Quixote, que ſi viene vencìdo de los braços agenos, viene vencedor de ſi meſmo, que ſegun el me ha dicho, es el mayor vencimièntо que deſsèarſe puede. Dineros llevo, porque ſi buenos açotes me davan, bien Cavallero me iva. Dèxate deſſas ſandezes, Sancho, dixo Don Quixote, y vàmos con pie derecho à entràr en nueſtro lugar, donde darèmos vado à nueſtras imaginaciones, y la traça que en la paſtoràl vida pensàmos exercitàr. Con eſto baxàron de la cueſta, y ſe fuèron à ſu pueblo.

CAPITULO LXXIII.

De los agueros que tùvo Don Quixote al entràr de ſu aldea, con otros ſuceſſos què adòrnan, y acreditan eſta grande hiſtoria.

ALa entràda del qual, ſegun dize Cide Hamete, viò Don Quixote, que en las heras del lugar eſtàvan riñendo dos muchachos, y el uno dixo al otro: No te canſes Periquillo, que no la has de vèr en todos los dias de tu vida. Oyòlo Don Quixote, y dixo à Sancho: No advièrtes, amigo, lo que aquel muchacho hà dicho? No la has de vèr en todos los dias de tu vida. Pues bien, que importa, reſpondiò Sancho, que àya dicho eſſo el muchacho? Que? replicò Don Quixote, no vèes tu, que aplicàndo aquella palabra à mi intencion, quière ſignificàr, que no tengo de vèr mas à Dulcinèa. Querìale reſpondèr Sancho, quando ſe lo eſtorvò, vèr que por aquella campaña venìa

huyèndo una liebre ſeguida de muchos galgos, y caçadores, la qual temeròſa, ſe vino à recogèr, y à agaçapàr debaxo de los pies del Ruzio. Cogiòla Sancho à mano ſalva, y preſentòſela à Don Quixote, el qual eſtàva dizièndo: *Malum ſignum, malum ſignum:* liebre huye, galgos la ſiguen, Dulcinèa no parece. Eſtraño es vueſſa mercèd, dixo Sancho: Preſupongàmos que eſta liebre es Dulcinèa del Tobòſo, y eſtos galgos que la persìguen ſon los malandrines encantadòres, que la transformàron en labradora; ella hùye, yo la cojo, y la pongo en podèr de vueſſa mercèd, que la tiene en ſus braços, y la regàla: Que mala Señal es eſta? Ni que mal aguèro ſe puede tomàr de aquì? Los dos muchachos de la pendencia ſe llegàron à vèr la liebre, y al uno dellos preguntò Sancho, que porque reñian? Y fuèle reſpondìdo por el que avìa dicho, *no la veràs mas en toda tu vida*: Que el avìa tomàdo al otro muchacho una xaula de grillos, la qual no pensàva bolvèrſela en toda ſu vida. Sacò Sancho quatro quartos de la faldriquèra, y diòſelos al muchacho por la xaula, y pùſoſela en las manos à Don Quixote, dizièndo: Hè aquì, Señor, rompidos, y desbaratàdos eſtos aguèros, que no tienen que ver mas con nueſtros ſuceſſos, ſegun que yo imagino aunque tonto, que con las nubes de Antaño: Y ſi no me acuerdo mal, hè oỳdo dezìr al Cura de nueſtro pueblo, que no es de perſonas Chriſtianas ni diſcretas, miràr en eſtas niñerias; y aun vueſſa mercèd miſmo me lo dixo los dias paſsàdos, dandome à entendèr, que eran tontos todos aquellos Chriſtianos que miràvan en aguèros; y no es meneſtèr hazèr hincapie en eſto, ſino paſsèmos adelante, y entrèmos en nueſtra aldea.

LIE-

LLEGÀRON los caçadores, pidièron ſu liebre, y diòſela Don Quixote; paſsàron adelante, y à la entràda del pueblo topàron en un pradezillo rezando al Cura, y al Bachiller Carraſco: Y es de ſabèr, que Sancho Pança avìa echàdo ſobre el Ruzio, y ſobre el lio de las armas, para que ſirvièſſe de repoſtèro, la tunica de bocacì pintàda de llamas de fuego, que le viſtièron en el caſtillo del Duque la noche que bolviò en ſi Altiſidora: Acomodòle tambien la coroça en la cabeça, que fuè la mas nueva transformacion, y adorno, con que ſe viò jamas jumento en el mundo. Fuèron luego conocìdos los dos del Cura y del Bachiller, que ſe vinièron à ellos con los braços abièrtos. Apeòſe Don Quixote, y abraçòlos eſtrechamènte; y los muchachos (que ſon Linces no eſcusàdos) divisàron la coroça del jumento, y acudièron à vèrle, y dezìan unos à otros: venìd mochachos, y verèys el aſno de Sancho Pança mas galan que Mingo, y la beſtia de Don Quixote mas flaca oy que el primer dia. Finalmènte rodeàdos de mochachos y acompañados del Cura,y del Bachiller entràron en el pueblo, y ſe fuèron à caſa de Don Quixote, y hallàron à la puerta della al ama, y à ſu Sobrina, à quien ya avìan llegado las nuevas de ſu venìda.

NI mas ni menos ſe las avìan dado à Tereſa Pança muger de Sancho, la qual deſgreñada, y medio deſnuda, trayèndo de la mano à Sanchica ſu hija, acudiò à vèr à ſu marìdo; y vièndole no tan bien deliñado como ella ſe penſava, que avìa de eſtàr un Governador, le dixo: Como venis aſſi, marìdo mio? Que me parece que venìs à pie, y deſpeàdo; y mas traeys ſemejança de deſgovernàdo, que

de Governador? Calla Tereſa, reſpondiò Sancho, que muchas vezes, donde ày eſtacas, no ày tocìnos; y vàmonos à nueſtra caſa, que allà oyràs maravìllas: dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi induſtria, y ſin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marìdo, dixo Tereſa, y sèan ganados por aquì, ô por allì; que como quièra que los ayàis ganàdo, no avrèys hecho uſança nueva en el mundo. Abraçò Sanchica à ſu padre, y preguntòle, ſi le traìa algo, que le eſtàva eſperàndo como el agua de Mayo; y aſièndole de un lado del cinto, y ſu muger de la mano, tirando ſu hija al Ruzio, ſe fuèron à ſu caſa, dexando à Don Quixote en la ſuya en poder de ſu ſobrìna, y de ſu ama, y en compañìa del Cura, y del Bachiller.

Don Quixote ſin guardàr terminos, ni horas, en aquel miſmo punto ſe apartò à ſolas con el Bachiller, y el Cura, y en breves razones les contò ſu vencimièntо, y la obligacion en que avìa quedado de no ſalìr de ſu aldea en un año, la qual pensàva guardàr al pie de la letra, ſin traſpaſsàrla en un atomo, bien aſſi como Cavallero andante obligado por la puntualidad, y orden de la andante Cavallerìa; y que tenìa penſado de hazèrſe aquel año paſtòr, y entretenèrſe en la ſoledàd de los campos, donde à rienda ſuelta podìa dàr vado à ſus amoròſos penſamièntos, exercitàndoſe en aquel paſtoral, y virtuòſo exercìcio; y que les ſuplicava, ſino tenìan mucho que hazèr, y no eſtàvan impedìdos en negocios mas importantes, quiſièſſen ſer ſus compañeros; que el comprarìa ovejas, y ganado ſuficiente, que les dièſſe nombre de paſtores; y que les hazìa ſaber, que lo mas principal de aquel negocio eſtàva hecho, porque les tenìa

pueſto

pueſto los nombres, que les vendrìan como de molde. Dìxole el Cura que los dixèſſe. Reſpondiò Don Quixote: Que el ſe avìa de llamàr el paſtor Quixotiz; y el Bachiller, el paſtor Carraſcon; y el Cura, el paſtor Curambro; y Sancho Pança, el paſtor Pancìno. Paſmàronſe todos de ver la nueva locura de Don Quixote; pero porque no ſe les fuèſſe otra vez del pueblo à ſus Cavallerìas, eſperàndo que en aquel año podrìa sèr curàdo, concedièron con ſu nueva intencion, y aprovàron por diſcreta ſu locura, ofrecièndoſele por compañeros en ſu exercìcio: Y mas dixo Sanſon Carraſco, que como yà todo el mundo ſabe, yo ſoy celeberrimo Poëta, à cada paſſo compondrè verſos paſtorales, ô corteſanos, ô como mas me vinière à cuento, para que nos entretengàmos por eſſos andurriales, donde avèmos de andàr: Y lo que mas es meneſtèr, ſeñores mios, es que cada uno eſcoja el nombre de la paſtora, que pienſa celebràr en ſus verſos, y que no dexèmos arbol por duro que ſea, donde no ſe retùle y grave ſu nombre, como es uſo, y coſtumbre de los enamorados paſtores. Eſſo eſtà de molde, reſpondiò Don Quixote, pueſto que yo eſtòy libre de buſcàr nombre de paſtora fingida, pues eſtà aỳ la ſin par Dulcinèa del Tobòſo, gloria deſtas riberas, adorno deſtos prados, ſuſtento de la hermosùra, nata de los donayres, y finalmènte ſujeto ſobre quien puede aſſentàr bien toda alabança, por Hyperbole que ſea. Aſſi es verdad, dixo el Cura; pero noſotros buſcarèmos por aỳ paſtoras mas mañeruelas, que ſi no nos quadràren, nos eſquinen. A lo que añadiò Sanſon Carraſco; y quando faltare, darèmoſles los nombres de las eſtampadas, è impreſſas,

de

de quien eſtà lleno el mundo: Filidas, Amarilis, Dianas, Fleridas, Galateas, y Beliſardas; que pues las venden en las plaças, bien las podèmos compràr noſotros, y tenèrlas por nueſtras. Si mi dama (ô por mejor dezìr mi paſtora) por ventura ſe llamàre Ana, la celebrarè debaxo del nombre de Anarda, y ſi Franciſca, la llamarè yo Francenia, y ſi Lucia, Lucinda; que todo ſe ſale allà: Y Sancho Pança, ſi es que ha de entràr en eſta cofradia, podrà celebràr à ſu muger Tereſa Pança con nombre de Tereſaina. Rièſe Don Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabò infinito ſu honeſta, y honràda reſolucion, y ſe ofreciò de nuevo à hazèrle compañìa todo el tiempo que le vacàſſe de atendèr à ſus forçòſas obligaciones. Con eſto ſe deſpidièron dèl, y le rogàron, y aconſejàron, tuvièſſe cuenta con ſu ſalud, y con regalàrſe lo que fuèſſe bueno.

Quiso la ſuerte que ſu ſobrìna, y ama oyèron la platica de los tres, y aſſi como ſe fuèron, ſe entràron entrambas con Don Quixote, y la ſobrìna le dixo: Que es eſto, Señor Tio? Aora que pensàvamos noſotras, que vueſſa merced bolvia à reduzìrſe en ſu caſa, y paſsàr en ella una vida quièta, y honràda, ſe quière metèr en nuevos laberintos, hazièndoſe, paſtorcìllo tu que vienes, paſtorcìco tu que vas? Pues en verdad, que eſtà yà duro el alcacèr para zampoñas. A lo que añadiò el ama: Y podrà vueſſa mercèd paſsàr en el campo las fieſtas del verano, los ſerenos del invierno, y el aullìdo de los lobos? No por cierto, que eſte es exercicio, y oficio de hombres robuſtos, curtìdos, y criados para tal miniſterio caſi deſde las fajas y mantillas: Aun mal por mal, mejor es ſer Cavallero andante que

paſtor.

paſtor. Mire Señor, tome mi conſejo, que no ſe le doy ſobre eſtàr harta de pan y vino, ſino en ayunas, y ſobre cincuènta años que tengo de edad: Eſtèſe en ſu caſa, atienda à ſu hazienda, confièſſe à menudo, favorezca à los pobres, y ſobre mi anima ſi mal le fuère. Callad hijas, les reſpondiò Don Quixote, que yo sè bien lo que me cumple. Llevadme al lecho, que me parece que no eſtòy muy bueno; y tenèd por cierto, que aora ſea Cavallero andante, ô paſtor por andar, no dexarè ſiempre de acudìr à lo que huvièredes meneſtèr, como lo verèys por la obra; y las buenas hijas (que lo eran ſin duda) ama y ſobrìna le llevaron à la cama, donde le dièron de comèr, y regalàron lo poſſible.

CAPITULO LXXIV.

De como Don Quixote cayò malo, y del teſtamento que hizo, y ſu muerte.

COMO las coſas humanas no sèan eternas, yèndo ſiempre en declinacion de ſus principios haſta llegàr à ſu ultimo fin, eſpecialmènte las vidas de los hombres; y como la de Don Quixote no tuvièſſe privilegio del cielo, para detenèr el curſo de la ſuya, llegò ſu fin, y acabamiento, quando el menos lo pensàva; porque, ô yà fuèſſe de la melancolìa que lè causàva el vèrſe vencìdo, ô yà por la diſpoſicion del cielo, que aſſi lo ordenàva, ſe le arraygò una calentura, que le tùvo ſeys dias en la cama, en los quales fuè viſitàdo muchas vezes del Cura, del Bachiller, y del Barbero ſus amigos, ſin quitàrſele de la cabecèra Sancho

cho Pança ſu buen Eſcudèro. Eſtos (creyèndo que la peſadumbre de vèrſe vencìdo, y de no vèr cumplìdo ſu deſsèo en la libertad, y deſencànto de Dulcinèa, le tenìa de aquella ſuerte) por todas las vias poſſibles procuràvan alegràrle, dizièndole el Bachiller, que ſe animàſſe, y levantàſſe para començàr ſu paſtoral exercìcio, para el qual tenìa yà compueſta unà Ecloga; que mal año para quantas Sanazaro avìa compueſto; y que yà tenìa comprados de ſu propio dinero dos famoſos Perros para guardàr el ganado, el uno llamado Barcìno, y el otro Butron, que ſe los avìa vendìdo un ganadero del Quintanar: Pero no por eſto dexava Don Quixote ſus triſtezas. Llamàron ſus amigos al medico; tomòle el pulſo, y no le contentò mucho, y dixo, que por ſi, ô por no, atendièſſe à la ſalud de ſu alma, porque la del cuerpo corrìa pelìgro. Oyòlo Don Quixote con animo ſoſſegàdo, pero no lo oyèron aſſi ſu ama, ſu ſobrina, y ſu Eſcudèro, los quales començaron à lloràr tiernamènte, como ſi yà le tuvièran muerto delante. Fuè el parecèr del medico, que melancolìas, y deſabrimièntos le acabavan. Rogò Don Quixote que le dexàſſen ſolo, porque querìa dormìr un poco. Hizièronlo aſſi, y durmiò de un tiron, como dizen, mas de ſeys horas, tanto que pensàron el ama, y la ſobrina, que ſe avìa de quedàr en el ſueño. Deſpertò al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: Bendito ſea el poderòſo Dios, que tanto bien me ha hecho: En fin ſus miſericordias no tienen limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Eſtùvo atenta la ſobrìna à las razones del Tio, y parecièronle mas concertàdas, que el ſolìa dezìrlas, alomènos en aquella enfermedad;

fermedàd ; y preguntòle : Que es lo que vueſſa mercèd dize, Señor ? Tenèmos algo de nuevo ? Que miſericordias ſon eſtas ? ô que pecados de los hombres ? Las miſericordias, reſpondiò Don Quixote, ſobrìna, ſon las que en eſte inſtante ha uſado Dios conmigo, à quien, como dixe, no las impiden mis pecados. Yo tengo yà juyzìo libre y claro ſin las ſombras caliginòſas de la ignorancia que ſobre èl me puſièron mi amarga, y continua leyènda de los deteſtables libros de las Cavallerìas. Yà conozco ſus diſparates, y ſus embelecos, y no me peſa, ſino que eſte deſengaño hà llegàdo tan tarde, que no me dexa tiempo para hazèr alguna recompenſa, leyèndo otros que sèan luz del alma. Yo me ſiento, ſobrìna, à punto de muerte ; y querrìa hazèrla de tal modo, que dièſſe à entendèr, que no avìa ſido mi vida tan mala, que dexàſſe renombre de loco (que pueſto que lo hè ſido, no querrìa confirmàr eſta verdad en mi muerte.) Llàmame, amiga, à mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sanſon Carraſco, y à Maeſſe Nicolas el Barbero ; que quièro confeſsàrme, y hazèr mi teſtamento : Pero deſte trabajo ſe eſcusò la ſobrìna con la entrada de los tres.

APENAS los viò Don Quixote, quando dixo : Dadme albricias, buenos ſeñores, de que yà yo no sòy Don Quixote de la Mancha, ſino Alonſo Quixano, à quien mis coſtumbres me dièron renombre de bueno. Yà ſoy enemigo de Amadìs de Gaula, y de toda la infinita caterva de ſu linage. Yà me ſon odiòſas todas las hiſtòrias profanas de la andante Cavallerìa. Yà conozco mi necedàd, y el peligro en que me puſièron avèrlas leỳdo. Yà por

miſericordia de Dios, eſcarmentàndo en cabeça propia, las abomìno.

QUANDO eſto le oyèron dezìr los tres, creyèron ſin duda, que alguna nueva locura le avìa tomàdo; y Sanſon le dixo: Aora, Señor Don Quixote, que tenèmos nuevas, que eſtà deſencantàda la Señora Dulcinèa, ſale vueſſa mercèd con eſſo: Y aora que eſtàmos tan à pìque de sèr paſtores, para paſsàr cantàndo la vida como unos principes, quière vueſſa mercèd hazèrſe Ermitaño? Calle por ſu vida, buelva en ſi, y dèxeſe de cuentos. Los de haſta aquì, replicò Don Quixote, que han ſido verdadèros en mi daño, los ha de bolvèr mi muerte con ayùda del cielo en mi provècho. Yo, Señores, ſiento, que me voy murièndo à toda prièſſa: Dèxenſe burlas à parte, y tràyganme un confeſſor, que me confièſſe, y un Eſcrivano que haga mi teſtamènto; que en tales trances como eſte, no ſe ha de burlàr el hombre con el alma; y aſſi ſuplìco, que en tanto, que el ſeñor Cura me confièſſa, vayan por el Eſcrivano. Miràronſe unos à otros, admiràdos de las razones de Don Quixote, y aunque en duda, le quifièron crèer; y una de las ſeñales por donde conjeturàron ſe morìa, fuè el avèr buelto con tanta facilidàd de loco à cuèrdo; porque à las yà dichas razones añadiò otras muchas tan bien dichas, tan Chriſtianas, y con tanto concièrto, que del todo les vino à quitàr la duda, y à creèr, que eſtàva cuèrdo. Hizo ſalìr la gente el Cura, y quedòſe ſolo con el, y confeſsòle. El Bachiller fuè por el Eſcrivano, y de allì à poco bolviò con el, y con Sancho Pança, el qual Sancho (que yà ſabìa por nuevas del Bachiller en que eſtàdo eſtàva ſu Señor) hallando à

la

Landesbibliothek Oldenburg

J. Vänderbank inv.

Ger: Vänder Gucht Sculp.

Vol: 4 · p: 363

68

Landesbibliothek Oldenburg

la ama, y à la ſobrìna lloròſas, començò à hazèr pucheros, y à derramàr lagrimas. Acabòſe la confeſſion, y ſaliò el Cura, dizièndo: verdaderamènte ſe muere, y verdaderamènte eſtà cuerdo Alonſo Quixano el bueno: Bien podèmos entràr para que haga ſu teſtamento. Eſtas nuevas dièron un terrible empujon à los ojos preñados de ama, ſobrìna, y de Sancho Pança ſu buen Eſcudèro de tal manera, que les hizo rebentàr las lagrimas de los ojos, y mil profundos ſuſpìros del pecho; porque verdaderamènte, (como alguna vez ſe ha dicho) en tanto que Don Quixote fuè Alonſo Quixano el bueno à ſecas; y en tanto que fuè Don Quixote de la Mancha, fuè ſiempre de apacìble condicion, y de agradable trato, y por eſto no ſolo era bien querìdo de los de ſu caſa, ſino de todos quantos le conocìan.

Entrò el Eſcrivàno con los demàs, y deſpues de avèr hecho la cabeça del teſtamento, y ordenàdo ſu alma Don Quixote con todas aquellas circunſtancias Chriſtianas, que ſe requièren, llegàndo à las mandas, dixo: Iten, es mi voluntàd, que de ciertos dineros, que Sancho Pança (à quien en mi locura hize mi Eſcudèro) tiene; que porque ha avido entre el y mi ciertas cuentas, y dares, y tomares, quièro que no ſe le haga cargo dellos, ni ſe le pida cuenta alguna; ſino que ſi ſobràre alguno, deſpues de avèrſe pagado de lo que le devo, el reſtante ſea ſuyo (que ſerà bien poco) y buen provecho le haga: Y ſi como eſtàndo yo loco, fuỳ parte para dàrle el Govierno de la inſula, pudièra aora, eſtàndo cuèrdo, darle el de un Reyno, ſe le dièra, porque la ſencillez de ſu condicion, y fidelidàd de ſu trato lo merèce. Y bolvièndoſe à Sancho, le dixo: perdona-

me, amigo, de la ocaſion que te he dado de parecèr loco como yo, hazièndote caèr en el error en que yo he caỳdo, de que hùvo, y àỳ Cavalleros andantes en el mundo. Ay! reſpondiò Sancho, lloràndo, no ſe muera vueſſa mercèd, Señor mio, ſino tome mi conſejo, y viva muchos años; pòrque la mayor locura, que puede hazèr un hombre en eſta vida, es dexàrſe morir ſin mas ni mas, ſin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolia. Mire no ſea pereçòſo, ſino levànteſe deſſa cama, y vàmonos al campo veſtìdos de paſtores, como tenèmos concertàdo, quiçà tras de alguna mata hallarèmos à la Señora Doña Dulcinèa del Tobòſo deſencantàda, que no àya mas que vèr. Si es que ſe muere de pesàr de vèrſe vencìdo, echeme à mi la culpa, dizièndo, que por avèr yo cinchado mal à Rozinante, le derribàron: Quanto mas, que vueſſa mercèd avrà viſto en ſus libros de Cavallerìas, ſer coſa ordinaria derribàrſe unos Cavalleros à otros, y el que es vencìdo oy, ſer vencedòr mañana. Aſſi es, dixo Sanſon, y el buen Sancho Pança eſtà muy en la verdad deſtos caſos. Señores, dixo Don Quixote, vàmonos poco à poco, pues yà *en los nidos de Antaño, no ay pàxaros ogaño.* Yo fuỳ loco, y yà ſoy cuèrdo: Fuỳ Don Quixote de la Mancha, y sòy aora, como hè dicho, Alonſo Quixano el bueno. Pueda con vueſſas mercèdes mi arrepentimiento, y mi verdad, bolvèrme à la eſtimacion que de mi ſe tenìa: Y proſiga adelante el Señor Eſcrivàno.

ITEN, mando toda mi hazienda à puerta cerrada à Antonia Quixano mi ſobrìna, que eſtà preſente, avièndo ſacàdo primero de lo mas bien paràdo della lo que fuère meneſtèr

neſtèr pàra cumplir las mandas que dexo hechas; y la primera ſatisfacion que ſe haga, quièro que ſea pagàr el ſalario, que devo, del tiempo que mi ama me ha ſervìdo; y mas veynte ducados para un veſtìdo. Dexo por mis Albaceas al Señor Cura, y al Señor Bachiller Sanſon Carraſco, que eſtàn preſentes. Iten es mi voluntàd, que ſi Antonia Quixano mi ſobrìna quiſière casàrſe, ſe caſe con hombre, de quien primero ſe àya hecho informacion, que no ſabe que coſas ſean libros de Cavallerìas; y en caſo que ſe averiguàre, que lo ſabe, y con todo eſſo mi ſobrìna quiſière casàrſe con el, y ſe casàre, pièrda todo lo que le he mandado, lo qual puedan mis Albaceas diſtribuỳr en obras pias à ſu voluntàd. Iten ſuplìco à los dichos Señores mis Albaceas, que ſi la buena ſuerte les truxère à conocèr al autor, que dizen, que compuſo una hiſtòria, que anda por aì con el titulo de, *La ſegunda parte de las hazañas de Don Quixote de la Mancha*; de mi parte le pidan quan encarecidamènte ſer pueda, perdone la ocaſion, que ſin yo pensàrlo, le dì de avèr eſcrìto tantos, y tan grandes diſparates como en ella eſcrìve; porque parto deſta vida con eſcrupulo de avèrle dado motivo para eſcrivìrlos. Cerrò con eſto el teſtamènto, y tomàndole un deſmayo, ſe tendiò de largo à largo en la cama. Alborotàronſe todos, y acudièron à ſu remedio, y en tres dias que viviò deſpues deſte, donde hizo el teſtamento, ſe deſmayava muy amenudo. Andava la caſa alborotàda, pero con todo comìa la ſobrìna, brindava el ama, y ſe regozijàva Sancho Pança (que eſto del heredàr algo, borra, ô templa en el heredèro la memoria de la pena, que es razon que dexe el muerto.)

En

En fin llegò el ultimo de Don Quixote deſpues de recibìdos todos los Sacramèntos, y deſpues de avèr abominàdo con muchas, y eficaces razones de los libros de Cavallerìas. Hallòſe el eſcrivàno preſente, y dixo, que nunca avìa leỳdo en ningun libro de Cavallerìas, que algun Cavallero andante huvièſſe muerto en ſu lecho tan ſoſſegadamènte, y tan Chriſtiano como Don Quixote; el qual entre compaſſiones, y lagrimas de los que allì ſe hallàron, diò ſu eſpiritu (quìero dezìr) muriò. Vièndo lo qual el Cura, pidiò al Eſcrivano, le dièſſe por teſtimonio, como Alonſo Quixano el bueno, llamàdo comunmènte Don Quixote de la Mancha, avìa paſsàdo deſta preſente vida, y muerto naturalmènte; y que pedìa el tal teſtimonio, para quitàr la ocaſion de que algun otro autor, que Cide Hamete Benengeli, le reſucitàſſe falſamènte, y hizièſſe inacabables hiſtòrias de ſus hazañas.

Este fin tùvo el ingenioſo hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiſo ponèr Cide Hamete puntualmènte, por dexàr que todas las villas, y lugares de la Mancha contendièſſen entre ſi por ahijàrſele, y tenèrle por ſuyo, como contendièron las ſiete ciudades de Grecia por Homero. Dèxanſe de ponèr aquì los llantos de Sancho, ſobrìna, y ama de Don Quixote, los nuevos Epitafios de ſu ſepultùra, aunque Sanſon Carraſco le puſo eſte.

Yaze aquì el hidalgo fuerte,
Que à tanto eſtremo llegò
De valiente, que ſe advièrte,
Que la muerte no triunfò
De ſu vida con ſu muerte.

Tùvo

Tùvo à todo el mundo en poco,
Fuè el eſpantajo, y el coco
Del mundo en tal coyuntùra,
Que acreditò ſu ventùra
Morir cuèrdo, y vivìr loco.

Y el prudentiſſimo Cide Hamete dixo à ſu pluma: Aquì quedaràs colgàda deſta eſpetera, y deſte hilo de alambre, ni sè, ſi bien cortàda, ô mal tajada, Peñola mia, adonde viviràs luengos ſiglos, ſi preſuntuòſos, y malandrìnes hiſtoriadòres no te deſcuelgan para profanàrte; pero antes que à ti lleguen, les puedes advertìr, y dezìrles en el mejor modo que pudières: Tate, tate, follonzicos, de ninguno ſea tocàda, porque eſta empreſſa, buen Rey, para mi eſtàva guardada. Para mi ſola nacio Don Quixote, y yo para el. El ſupo obràr, y yo eſcrivìr: Solos los dos ſomos para en uno à deſpecho, y pesàr del eſcritòr fingìdo, y Tordeſilleſco, que ſe atreviò, ô ſe ha de atrevèr à eſcrivìr con pluma de Aveſtruz groſsèra, y mal deliñada las hazañas de mi valeròſo Cavallero; porque no es carga de ſus ombros, ni aſſunto de ſu resfriàdo ingenio, à quien advertiràs (ſi à caſo llegas à conocèrle) que dexe reposàr en la ſepultùra los canſados, y yà podrìdos hueſſos de Don Quixote; y no le quiera llevàr contra todos los fueros de la muerte à Caſtilla la vieja, hazièndole ſalir de la fueſſa, donde real, y verdaderamente yaze tendido de largo à largo, impoſſibilitàdo de hazèr tercera jornada, y ſalìda nueva; que para hazèr burla de tantas como hizièron tantos andantes Cavalleros, baſtan las dos que el hizo tan à guſto, y beneplacito de las gentes,

à

à cuya noticia llegàron, aſſi en eſtos, como en los eſtraños Reynos: Y con eſto cumpliràs con tu Chriſtiana profeſſion, aconſejàndo bien à quien mal te quière; y yo quedarè ſatisfecho, y ùfano de avèr ſido el primero que gozò el fruto de ſus eſcritos enteramènte, como deſeàva, pues no hà ſido otro mi deſèo, que ponèr en aborrecimiènto de los hombres las fingìdas, y diſparatàdas hiſtòrias de los libros de Cavallerìas, que por las de mi verdadero Don Quixote van yà tropeçando, y han de caer del todo ſin duda alguna. Vale.

Fin de la Segunda Parte, y Quarto Tomo.

Landesbibliothek Oldenburg